

Trece años asombrosos que dieron forma al Ejército de Salvación

1878-1890

Cuando en 1878 William Booth adoptó el nombre de Ejército de Salvación para el movimiento que había creado, una “irresistible ofensiva espiritual se extendió por ciudades, pueblos y aldeas en todas direcciones e incendió todo el país”. Fue un big bang eclesiástico de proporciones espectaculares, cuyos efectos pronto se extendieron a los rincones más lejanos del globo.

Los siguientes trece años, que culminaron con la introducción del trabajo social a gran escala en 1890, resultaron asombrosos en toda medida. En una serie de viñetas fascinantes, el autor cuenta la historia de esos años y presenta personalidades clave a través de las cuales el Señor obró.

Él comenta: “Prácticamente todo lo que el Ejército es actualmente, se forjó en esos primeros años y, así como todos los cristianos se inspiran en la historia de la Iglesia Primitiva del Libro de los Hechos, los salvacionistas de hoy también pueden inspirarse en la asombrosa historia del Ejército primitivo.”



El General John Larsson fue líder mundial del Ejército de Salvación desde 2002 hasta 2006. Esta fue la culminación de una vida de servicio como oficial del Ejército de Salvación en el Reino Unido, Sudamérica, Nueva Zelanda, Suecia y como Jefe de Estado Mayor en el Cuartel General Internacional. Fue autor de varios libros centrados en hacer que los aspectos importantes de la historia del Ejército de Salvación sean más accesibles para todos los lectores.



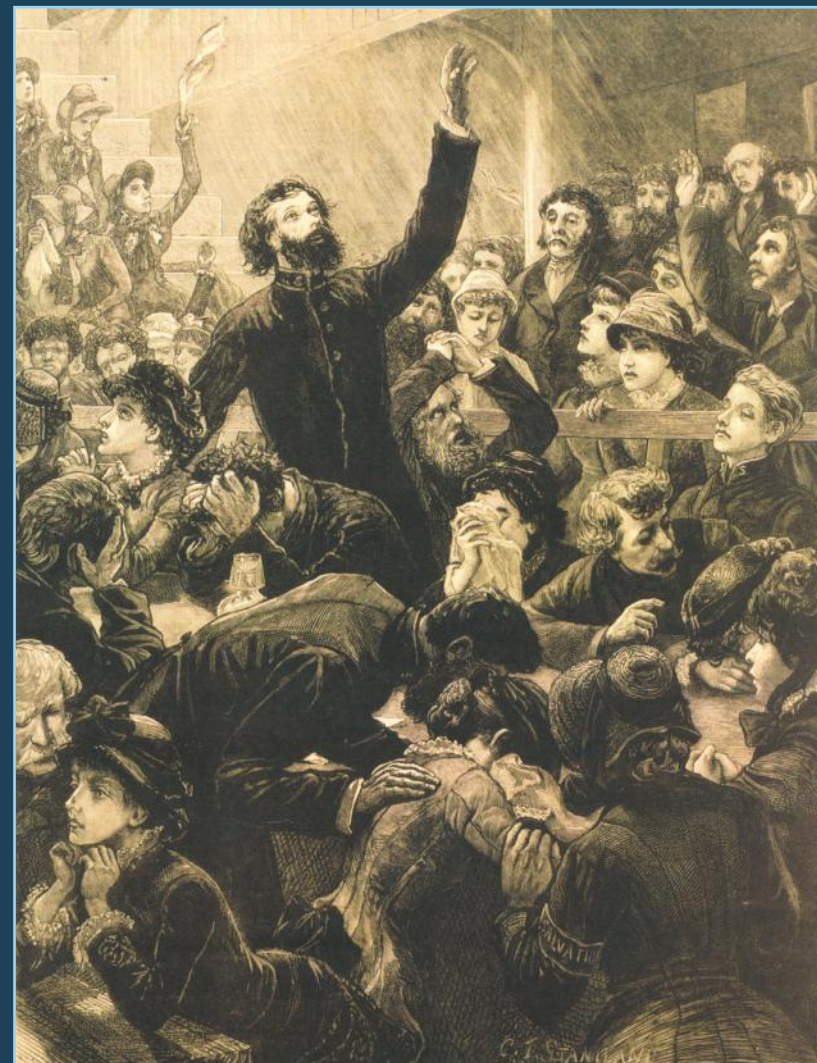
Trece años asombrosos que dieron forma al Ejército de Salvación – 1878-1890

JOHN LARSSON

MIRADAS POR EL ESPEJO RETROVISOR

Trece años asombrosos que dieron forma al Ejército de Salvación

1878-1890



JOHN LARSSON

Trece Años Asombrosos

Trece Años Asombrosos

**que dieron forma al Ejército de
Salvación**

John Larsson



**Salvation Books
Cuartel General Internacional del Ejército de Salvación,
Londres, Reino Unido**

Un registro de catálogo de este libro en inglés está disponible en la Biblioteca Británica.

Editor del proyecto: Mayor David Dalziel

Traducción: Coroneles (R) Sonia y Ricardo Bouzigues

Diseño de portada: Berni Georges

La imagen de la portada es de Charles Joseph Stannard y se publicó en *The Illustrated London News*, el 31 de diciembre de 1881.

Representa una reunión en el salón del Ejército de Salvación en la calle Whitechapel, Londres.

A menos que se indique lo contrario, en las referencias bíblicas en las que el autor usó la versión *King James (Authorised)* por ser la de uso común en aquella época, en la traducción se usó la versión Reina Valera Revisada, © 1960 de las Sociedades Bíblicas en América Latina, que es una de las versiones en español más antigua, todavía en uso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida de ninguna forma o por ningún medio sin el permiso previo por escrito del editor, ni ser difundida de ninguna otra manera en cualquier forma de encuadernación o cubierta distinta de aquella en la que se publica y sin que se imponga una condición similar al comprador posterior.

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente el punto de vista oficial del Ejército de Salvación.

La política del Ejército de Salvación es utilizar papeles que sean productos naturales, renovables, reciclables y hechos de madera cultivada en bosques sostenibles. Se espera que los procesos de tala y fabricación se ajusten a la normativa medioambiental del país de origen.

La Compañía Fiduciaria Internacional del Ejército de Salvación es una organización caritativa registrada en Inglaterra y Gales (No. 1000566) cuyo único fideicomiso es La Compañía Fiduciaria Internacional del Ejército de Salvación. Una compañía limitada por garantía y registrada en Inglaterra y Gales (No. 02538134) en 101 Queen Victoria Street, London ECV4 4EH.

www.salvationarmy.org



Impreso en el Reino Unido por Page Bros Ltd, Norwich NR6 6SA

Publicado por Salvation Books

Cuartel General Internacional del Ejército de Salvación
101 Queen Victoria Street, Londres EC4V 4EH, Reino Unido

Palabras del autor	vii
1. El "Big Bang"	1
2. Un principio fundamental	5
3. El ardiente radical	9
4. El evangelista sensacional	13
5. Las chicas Aleluya	17
6. Militarizando la misión	21
7. El ángel del valle del Rhondda	25
8. Vayamos a ellos	29
9. Atráiganlos	33
10. Sálvénlos	37
11. Utilícenlos	41
12. Suenan las trompetas	45
13. Vistiendo salvación	49
14. Forjando una fuerza de combate	53
15. Formando santos	57
16. ¡Debemos ir!	61
17. "Por favor, ¿puedo ir a la reunión?"	65
18. A pasos agigantados	69
19. La Mariscala	73
20. El primer caballero de Booth	77
21. Los Esqueletos atacan	81
22. La calumnia se suma a los disturbios	85
23. Demasiado inteligente para el Ejército	89
24. El Mariscal de Australasia	93
25. "Dios mío, ¿quién me ha besado?"	97
26. La chica Armstrong	101
27. Un año importante	105
28. Viviendo sin postre	109
29. Un cambio de mentalidad	113
30. Una vida marcada por dos acontecimientos	117
31. Buscando al mismo Señor	121
32. Drama en Zululandia	125
33. "El martes zarpa hacia Sudamérica"	129
34. El fin de una era	133
35. La oscura Inglaterra	137
36. Un desarrollo extraordinario	141
Agradecimientos y notas sobre las fuentes	145

Palabras del autor

Bienvenidos a los trece años más trascendentales en la vida del Ejército de Salvación, una historia que relato en forma de 36 miradas por el espejo retrovisor.

A través de estos vislumbres, les invito a revivir la experiencia del “*big bang*” de 1878 y a observar los asombrosos eventos que siguieron, hasta llegar a un punto culminante en 1890.

Conozcan a personalidades impresionantes, así como a gente con los pies en la tierra, y maravíllense ante el ingenio creativo que juntos desplegaron.

Celebren el coraje de los primeros salvacionistas frente a la amarga oposición, y maravíllense ante el poder del Espíritu Santo obrando, de manera tan evidente, a través de ellos.

Luego agradezcan al Señor que el ADN con el que nació el Ejército sigue operativo hoy en día.

Y, si desean profundizar en este fascinante periodo, las notas de las fuentes les proporcionarán la clave.

John Larsson

El “*Big Bang*”



De un plumazo, William Booth le da el nombre al Ejército de Salvación

MUY temprano, en una mañana de mayo de 1878, un hombre alto y barbudo, vestido con una larga bata amarilla y chinelas de fieltro, provocó una explosión en su habitación de Londres. La detonación fue tan potente que sus ondas expansivas pronto alcanzaron los cuatro puntos cardinales. Y todo se hizo con un trazo de su pluma.

El hombre era William Booth, Superintendente General de La Misión Cristiana, una misión que había fundado en 1865. Estaba reunido con Bramwell, su hijo y mano derecha, y George Scott Railton, secretario general de la Misión, para tener su conferencia diaria.

William Booth se paseaba por la sala mientras Railton y Bramwell trabajaban en una mesa. Railton le pidió que revisara la prueba de imprenta de un folleto que él había preparado sobre la Misión.

Cuando leyó el encabezado, “La Misión Cristiana es un Ejército de Voluntarios”, Bramwell exclamó: “¡Voluntarios! Yo no soy un voluntario. Soy un soldado regular o nada”.

“William Booth, que había dejado de caminar ante esta interrupción”, describe su biógrafo Harold Begbie, “miró a su hijo un momento y luego, acercándose a la mesa, se inclinó sobre el hombro de Railton, le quitó la pluma, tachó la palabra ‘Voluntarios’ y, en su lugar, escribió: ‘Salvación’”.

“El efecto de esa palabra sobre Railton y sobre mí fue realmente extraordinario”, recuerda Bramwell. “Ambos saltamos de nuestras sillas. Recuerdo que exclamé: ‘¡Gracias, Dios, por esto!’ Y Railton estaba igualmente entusiasmado”.

De un plumazo, la Misión Cristiana había recibido un nuevo nombre. Se había convertido en el Ejército de Salvación. Y con ese cambio, William Booth no sólo había encontrado una palabra clave que infundió un nuevo dinamismo para la Misión, como si se les hubiera dicho “levántate y ve”, sino que también había escrito en el corazón mismo del movimiento que su objetivo inamovible es proclamar la salvación y hacer que la gente se salve.

Las consecuencias del cambio de nombre fueron dramáticas. “Desde el momento en que el Ejército recibió su nombre, su destino quedó fijado”, afirma William T. Stead, célebre periodista y reformador social. “Toda la organización estaba dominada por el nombre”. Una nueva energía estaba en todas partes. Una “irresistible ofensiva espiritual se extendió por ciudades, pueblos y aldeas en todas direcciones e incendió todo el país”, añade Robert Sandall, el primer historiador oficial del Ejército.

Las fuerzas creativas liberadas por el nuevo nombre se sumaron al *big bang* eclesiástico, alcanzando proporciones espectaculares. Y todo ello ocurrió a una velocidad pasmosa.

En el momento del cambio de nombre, en 1878, la Misión Cristiana era pequeña. Durante la Conferencia Anual anterior, William Booth había anunciado que la Misión estaba trabajando ahora en 29 estaciones (lugares de predicación), tenía 31 evangelistas a tiempo completo y 2.669 miembros. En sus 13 años de ministerio, la Misión había sido fundamental para transformar las vidas de cientos de personas, pero como misión seguía siendo pequeña y desconocida. Pocas personas habían oído hablar de su líder.

Ni en su imaginación más desmesurada podría William Booth en esa mañana de mayo de 1878 haber visualizado la escena que vería sólo ocho años más tarde. Imagínelo:

Es 1886 y el Ejército de Salvación celebra un congreso en Londres. No es una reunión de la Conferencia Anual en un pequeño salón del Este de Londres con unos 70 delegados.

Es nada menos que un Congreso Internacional celebrado en el corazón de la capital con miles de asistentes. Se utilizan algunos de los salones más grandes de Londres y, cuando 5,000 salvacionistas uniformados marchan a través de la ciudad al ritmo de 30 bandas de música, la procesión es de un kilómetro y medio de largo, con 100,000 londinenses que acuden a observar.

El General William Booth, ya una figura bien conocida en Gran Bretaña y más allá, anuncia a sus tropas reunidas que en los ocho años desde 1878 el Ejército de Salvación se ha extendido a 19 países y colonias, está trabajando en 1.552 Cuerpos y tiene 3.602 oficiales comisionados.

Sólo en Gran Bretaña, los 31 evangelistas de tiempo completo de 1877 se han convertido en 2.260 oficiales del Ejército de Salvación y las 29 estaciones misioneras se han convertido en 1.006 Cuerpos: el equivalente a la apertura de un nuevo Cuerpo cada tres días durante esos años.

Los efectos del *big bang* continúan hasta el día de hoy: el Ejército sigue expandiéndose por todo el mundo.

Prácticamente todo lo que el Ejército es actualmente, se forjó en esos primeros años y, así como todos los cristianos se inspiran en la historia de la Iglesia Primitiva del Libro de los Hechos, los salvacionistas de hoy también pueden inspirarse en la asombrosa historia del Ejército primitivo.

Un principio fundamental

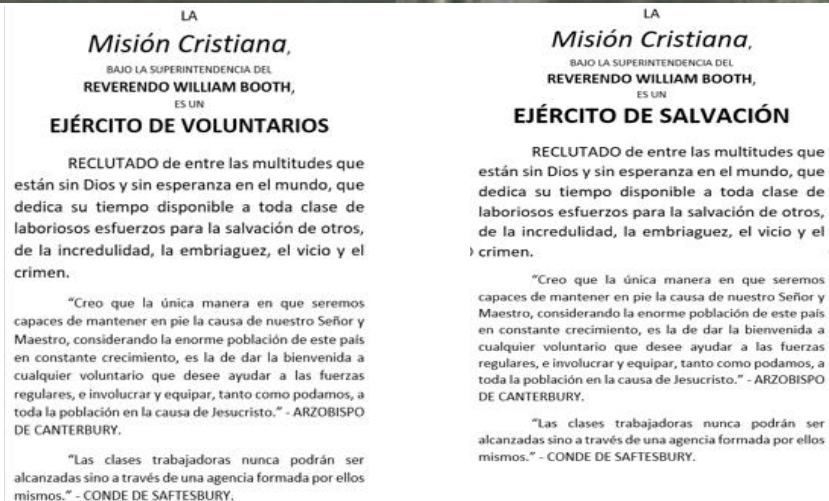
“Los logros del Ejército se basan en el gran principio fundamental de la adaptación”, dijo Catherine Booth en 1880. Más de cien años después, el General John Gowans solía decir a los salvacionistas que el Ejército no tenía once doctrinas - tenía doce, siendo la duodécima doctrina: “Creemos en la adaptación de los métodos”. Ambos se hacían eco de Pablo, ese gran modelo de adaptabilidad, quien dijo a los Corintios: “Me hice todo para todos, a fin de salvar a algunos por todos los medios posibles” (1 Corintios 9:22 [b] NVI).

Como se nos recordará en estos vistazos al espejo retrovisor, los primeros salvacionistas fueron hábiles en usar “todos los medios posibles” para alcanzar a la gente con el evangelio. Sus consignas eran adaptarse, experimentar e innovar.

“Comenzando como lo hice, por así decirlo, con una hoja de papel en blanco”, recuerda William Booth, “sin apegarme a ningún plan, y dispuesto a tomar una hoja del libro de cualquiera que pareciera que valía la pena adoptar y, sobre todo, a obedecer la dirección del Espíritu Santo, he ido paso a paso. Probamos varios métodos, y los que no respondieron los tiramos por la borda sin vacilar y adoptamos otra cosa”.

El Ejército nació con el ADN de la adaptabilidad en su sistema, y el resultado más espectacular de esta adaptabilidad fue el cambio de nombre en mayo de 1878 cuando, por un plumazo de William Booth, se declaró que “La Misión Cristiana es un Ejército de Salvación”.

El nuevo nombre fue rápidamente adoptado por las bases, pero William Booth dudó en abandonar por completo el



Prueba de imprenta (izquierda) y portada modificada (derecha) del Informe de la Misión Cristiana, que finalmente fue publicado en mayo de 1878, y que ilustra cómo se produjo el cambio de nombre a Ejército de Salvación.

A la izquierda leemos: “La Misión Cristiana, bajo la supervisión del Rvdo. William Booth, ES UN EJÉRCITO DE VOLUNTARIOS”.

A la derecha leemos: “La Misión Cristiana, bajo la supervisión del Rvdo. William Booth, ES UN EJÉRCITO DE SALVACIÓN”.

antiguo nombre. Sabía que la adaptación significa cambio, y que el cambio puede significar dolor. Por eso le preocupaba la reacción de los misioneros. Habían firmado para ser miembros de una Misión Cristiana, no soldados de un Ejército de Salvación.

Se programó un Congreso de Guerra para principios de agosto de 1878, tres meses después del cambio de nombre. Bramwell Booth hizo pintar el nuevo nombre en la pared de la plataforma del salón de Whitechapel. Cuando llegaron los misioneros fueron recibidos con las palabras **EJÉRCITO DE SALVACIÓN** en letras enormes que llamaban la atención.

Esto provocó “una considerable perturbación entre los miembros más antiguos de la Misión, que pensaban que el cambio no auguraba nada bueno”, según Frederick Booth-Tucker.

El informe del Congreso de Guerra de agosto en la “Revista de La Misión Cristiana”, mantuvo la dualidad de nombres. “La Misión Cristiana se ha reunido en Congreso para hacer la guerra. Ha organizado un ejército de salvación para llevar la sangre de Cristo y el fuego del Espíritu Santo a todos los rincones del mundo”.

La Misión Cristiana parecía decidida a convertirse en una misión de dos nombres. El 7 de agosto de 1878, William Booth firmó en el Congreso de Guerra la famosa constitución que confirmaba su papel como comandante en jefe del movimiento. Era una oportunidad de oro para formalizar el nuevo nombre.

Pero las palabras Ejército de Salvación no aparecen en ninguna parte de la constitución.

Sólo habla de La Misión Cristiana.

Sin embargo, antes de que acabara agosto, William Booth publicó un nuevo cancionero bajo el título “Canciones del Ejército de Salvación, conocido como La Misión Cristiana”. Y sólo dos meses después, en octubre de 1878, el movimiento parecía a punto de convertirse en una personalidad dividida

cuando la Revista de la Misión Cristiana anunció las primeras ¡“Órdenes y Reglamentos para el Ejército de Salvación”!

William Booth tenía buenas razones para dudar en abandonar el antiguo nombre. La oposición al nuevo nombre había sido fuerte en varios lugares. Se habían hecho no menos de 24 intentos de “aplastar y dividir” Cuerpos, pero afortunadamente todos habían fracasado.

Sin embargo, en diciembre de 1878 la situación había cambiado radicalmente. Los efectivos del Ejército se habían más que duplicado desde el Congreso de Guerra de agosto en comparación con el comienzo del año. La gran afluencia de nuevos convertidos y partidarios que no conocían otra cosa que el Ejército de Salvación superaba ahora en número a los miembros originales de la Misión Cristiana. Estos nuevos “salvacionistas” eran del Ejército hasta la médula.

Había llegado el momento de actuar. Por lo tanto, William Booth anunció que a partir de enero de 1879 el único nombre del movimiento sería Ejército de Salvación y que la “Revista de la Misión Cristiana” pasaría a llamarse “El Salvacionista”. Posteriormente se agregó un endoso a la constitución que en efecto decía, “para La Misión Cristiana léase El Ejército de Salvación”.

Como William Booth diría más tarde: “Al descubrir que Dios en su providencia nos había guiado involuntariamente a formar un ejército, lo llamamos ejército y, al ver que era un ejército organizado para la liberación de la humanidad del pecado y del poder del diablo, lo llamamos ejército de liberación; un ejército de salvación: El Ejército de Salvación”.

El ardiente radical



George Scott Railton

Para el momento del *big bang* en 1878, cuando la Misión Cristiana se convirtió en el Ejército de Salvación, William Booth contaba con un formidable equipo de líderes a su alrededor. La principal era su esposa Catherine, la dínamo intelectual del equipo. Luego estaba su hijo mayor Bramwell, que en ese entonces tenía 22 años, el maestro constructor sin el cual no existiría el Ejército de Salvación hoy en día.

Y luego estaba George Scott Railton. Cuando este ardiente joven radical llegó a la escena en 1873, cinco años antes del cambio de nombre, fue como si la Misión Cristiana hubiera sido golpeada por un tornado.

Hijo de ministros metodistas escoceses, Railton había recibido una buena educación y en su juventud se había convertido en un evangelista apasionado, pero excéntrico. A los 19 años emprendió una misión en solitario para ganar Marruecos para Cristo. Llevaba una gran pancarta con la inscripción “Arrepentimiento - Fe - Santidad”. Cuando no tuvo éxito en su misión y se le acabaron los medios, el cónsul británico tuvo que ayudarlo para que el joven pudiera trabajar para pagar su pasaje de regreso.

Railton caminó hasta Cornualles y se convirtió en predicador itinerante. Más tarde se trasladó a Middlesbrough, donde trabajó en una empresa comercial y predicó los domingos en una carnicería, utilizando el local comercial como salón de reuniones.

En 1872 leyó un folleto escrito por William Booth, “Cómo alcanzar a las masas con el Evangelio”, en el que Booth

describía la labor de La Misión Cristiana. George devoró sus 86 páginas y quedó cautivado. El joven fanático portador de estandartes se alegró al leer que no se trataba de predicadores del Evangelio que dependían del buen clima. El trabajo al aire libre continuaba durante todo el año. No temían la lluvia ni el frío.

Tampoco temían la oposición. Railton quedó cautivado por la contundente declaración de Booth de que este tipo de trabajo “garantiza la oposición y la persecución, despierta el odio de los hombres y de los demonios. Si te quedas quieto en tu iglesia puedes hablar de religión para siempre, y los impíos te dejarán en paz. Pero sal a ellos, extiende el gozo evangélico a la calle, y os harán crujir los dientes y os odiarán como odiaron a aquel que recorría todas las ciudades y aldeas de Palestina predicando el Evangelio del Reino”.

“Esta es la gente para mí”, exclamó Railton. Así que rápidamente escribió a William Booth ofreciéndole su ayuda. Con la forma florida típica, tal vez impulsado por el título de Booth de Superintendente General, comenzó la carta con “Mi querido General” y firmó como “Su siempre fiel Teniente”. El Teniente de Booth se convertiría un día en su primer Comisionado.

William Booth reconoció el nombre porque había conocido recientemente al hermano mayor de George, el reverendo Launcelot Railton, quien le había hablado de las hazañas de George. A William Booth le gustó lo que oyó e invitó a George a unirse al equipo.

En marzo de 1873, George Scott Railton, de 24 años, se mudó con los Booth a su casa de Hackney para comenzar su trabajo. Seis meses después William Booth lo nombró Secretario General de la Misión.

Railton se convirtió rápidamente en un miembro más de la animada familia Booth. Sus opiniones sobre la mayoría de los temas eran radicales y su estilo de vida era espartano. Dormir y comer eran para él “males necesarios”. Pero también era

afectuoso, simpático y divertido. A menudo se reía hasta que se le saltaban las lágrimas.

Esta “personalidad fascinante e inesperada”, como Bramwell lo describiría más tarde, amó desde el principio a los Booth y ellos a él. Viviría con ellos durante los siete años siguientes, hasta que el servicio en el extranjero se lo llevó.

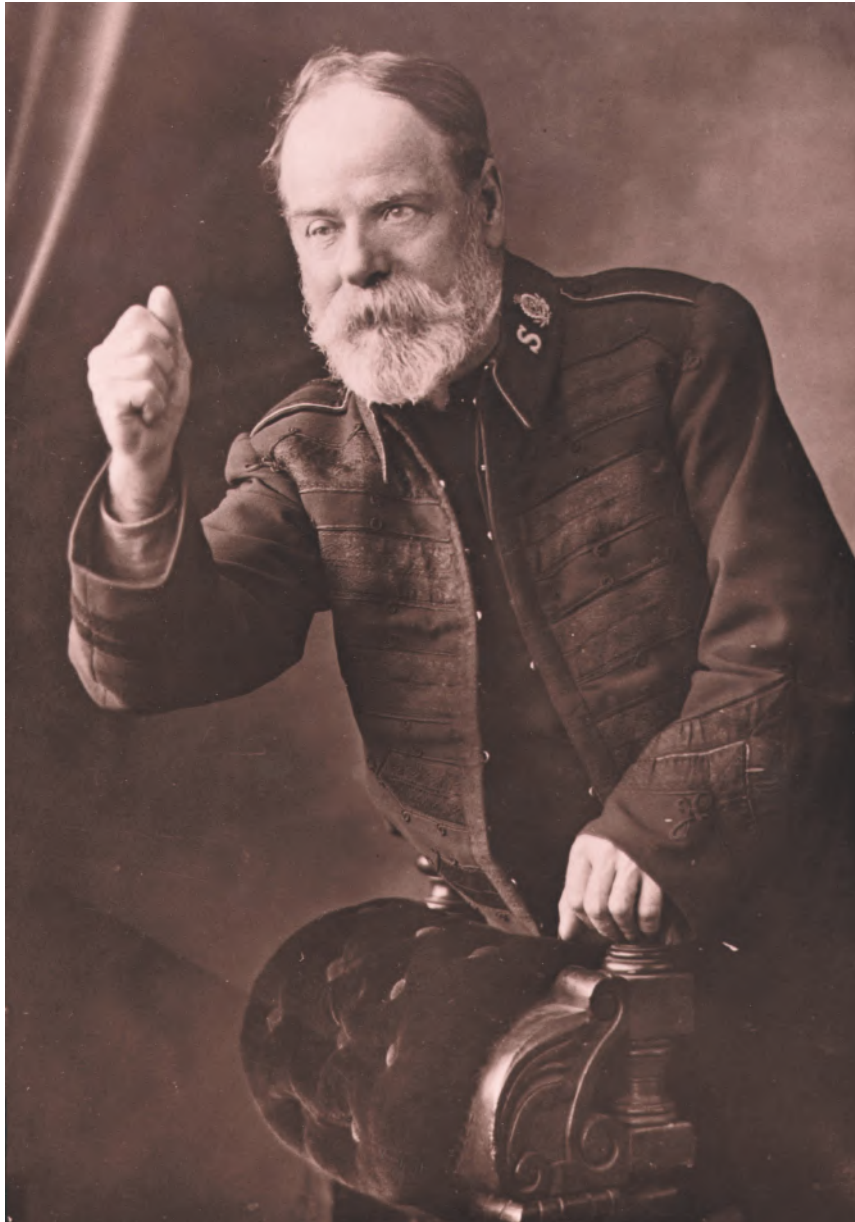
Railton había llegado en el momento justo para la Misión Cristiana. Con su energía, sus ideas audaces y su santo optimismo, inspiró a la Misión a esperar e intentar cosas aún mayores. Utilizó su voz y su pluma. Creía en “rezar hasta que las rodillas se petrifican y predicar hasta que uno se queda demasiado ronco para hacerse oír”, y hacía ambas cosas.

Como editor de la Revista de la Misión Cristiana, utilizó su pluma para sorprender a los misioneros con artículos que empleaban analogías militares. Un año después de su llegada, escribió una letra cristiana para la melodía marcial “*Men of Harlech*”, que era popular y, que comienza:

***¡Cristiano, levántate! La guerra es violenta.
Dios y los demonios están luchando...***

Cuando la Misión Cristiana se convirtió en el Ejército de Salvación, Railton simplemente cambió la primera palabra “cristiano” por “soldado” y la canción se convirtió en uno de los himnos característicos del Ejército que se canta hasta el día de hoy (en el cancionero español, es la canción 345: “¡Despertad, soldados bravos!”).

Railton fue el primero en preparar el camino para que la Misión se convirtiera en Ejército.



Elijah Cadman

4

El evangelista sensacional

“¿Qué son esos gritos? ¿Qué es eso?” preguntó William Booth. Estaba en el vestíbulo de un salón en Wellingborough, desde donde no podía ver qué pasaba dentro y el portero le informó que era Elijah Cadman proclamando salvación en la reunión del domingo a la tarde. Uno que estaba observando susurró: “Ahora está a horcajadas sobre la barandilla de la plataforma, inclinándose hacia delante y hacia atrás, mostrándoles cómo se tambalean los espiritualmente indecisos”.

Alguien que estaba allí dijo: “Era como un muñeco que salía de la caja de sorpresas enloquecido, en la plataforma, fuera de ella, entre la gente y detrás de la barandilla”.

“Semejante entusiasmo encendió el ánimo de los que estaban de acuerdo y de los que se oponían”, añade el biógrafo de Cadman: “El lugar se llenó de gritos. Los salvos gritaban alabanzas glorificando a Dios, mientras los no salvos interrumpían con enojo o gemían miserablemente bajo la convicción de pecado.”

Pronto hubo una multitud de penitentes que buscaban perdón arrodillados ante el banco de misericordia y la reunión terminó en un estallido de aleluyas.

Elijah Cadman supuso que William Booth estaba descansando esa tarde. Pero no. El líder estaba examinando al candidato que se había ofrecido para ser evangelista en La Misión Cristiana.

“¿Cuándo puedes venir?”, le preguntó William Booth al día siguiente. Cadman había pasado la prueba. En menos de quince días, en agosto de 1876, dos años antes del *big bang* del cambio de nombre de la Misión, el evangelista de 33 años se presentó al servicio.

Elijah Cadman tuvo un duro comienzo en la vida. De compleción pequeña desde niño, a los cinco años había empezado a trepar por las chimeneas para limpiarlas, por lo que nunca fue a la escuela. Cuando creció en Rugby se convirtió en un pendenciero, se emborrachaba a menudo y se ganó la reputación de “pelear como un diablo y beber como un pez”.

Pero en su adolescencia se convirtió maravillosamente y se hizo predicador metodista local. Su desventaja era que no sabía leer. Pagaba a un chico para que le leyera los pasajes de la Biblia que necesitaba para sus sermones, y luego los memorizaba. La congregación sonrió cuando una vez sostuvo la Biblia boca abajo mientras la “leía”. No aprendió a leer hasta que se casó a los 22 años y su esposa le enseñó.

Cuando Cadman oyó hablar de William Booth y su Misión fue a verle a Londres y su corazón se encendió. Le siguió la invitación a Wellingborough y, poco después de presentarse al servicio en la Misión, Cadman vendió su negocio de deshollinador en la ciudad de Rugby.

Aunque de baja estatura, Elijah Cadman tenía una personalidad extraordinaria que abundaba en alegría. Como evangelista en la Misión tuvo tanto éxito que William Booth pronto lo envió a abrir la obra de la Misión en la ciudad de Whitby, en Yorkshire.

A su llegada, su sensacional discurso en el muelle hizo que la gente le llamara “loco”.

Contrató al pregonero de la ciudad para que anunciara las reuniones dominicales y pegó carteles por todas partes anunciando:

“¡Guerra! ¡Guerra en Whitby! Se buscan 2.000 hombres y mujeres para unirse al Ejército Aleluya que está atacando el reino del diablo todos los domingos en el Salón de la calle Hilda, a las 11 am, a las 3 pm y a las 6.30 pm, bajo la dirección del Capitán Cadman de Londres, evangelista de La Misión Cristiana”. Cientos acudieron por curiosidad y muchos encontraron a Cristo.

Sin saberlo, Elijah Cadman, como Railton antes que él, estaba llevando a la Misión hacia su cambio de nombre.

Llevó el proceso un paso más allá cuando William Booth vino de visita. Como preparación, pegó carteles por la ciudad anunciando:

**El Sr. BOOTH,
GENERAL DEL EJÉRCITO ALELUYA
viene a WHITBY
A PASAR REVISTA A LAS TROPAS
SE LIBRARÁN GRANDES BATALLAS**

Cadman no estaba seguro de cómo reaccionaría William Booth ante el cartel. Le quedaban algunos en su casa y los escondió en su escritorio, con la esperanza de que no los encontrara. Pero, efectivamente, el ojo avizor de Booth no tardó en ver uno y le preguntó a Cadman su significado. Al oír la explicación, William Booth, para alivio de Cadman, rió entre dientes y dijo: “No es de extrañar que Whitby esté hirviendo con semejantes carteles. Asegúrate de enviar una copia a Railton al cuartel general”.

Y Whitby estaba hirviendo. Cadman pronto alquiló el Salón de Congresos local, y de los 20.000 habitantes de la ciudad, 3.000 podían encontrarse allí todos los domingos y 1.500 asistían entre semana.

Aún faltaban siete meses para la mañana de mayo de 1878, cuando William Booth, de un plumazo, dio a la Misión Cristiana su nuevo nombre. Pero está claro que lo que había experimentado en Whitby preparó su mente para ese día.

El sensacional evangelista se convirtió en uno de los líderes más inspiradores de William Booth y terminó su servicio como el Comisionado Elijah Cadman.



*Rachel (izquierda)
y Louise Agar (debajo)*



5

Las chicas Aleluya

Era el sábado 30 de marzo de 1878. Desde que Railton volvió a casa desde la estación de King's Cross, estaba ansioso. Acababa de acompañar a dos hermanas, Rachel y Louise Agar, para que tomaran el tren de las 10.35 de la mañana. Se dirigían a Felling-on-Tyne, en el noreste del país, para iniciar allí la labor de la Misión Cristiana.

Se preguntaba qué tipo de acogida tendrían. Los misioneros a menudo eran atacados cuando celebraban reuniones al aire libre. Hasta 1878 no se había recurrido a mujeres evangelistas para abrir nuevas estaciones misioneras, ya que se pensaba que era una tarea demasiado dura para las mujeres. Y Rachel y Louise eran muy jóvenes, apenas habían salido de la adolescencia.

En Felling se habían hecho algunos preparativos. Un simpatizante local había alquilado por la fe el salón principal del pueblo para los domingos y una capilla en desuso, para las noches entre semana.

A William Crow, un impresor de Gateshead, le habían encargado los carteles. Le pidieron que los diseñara anunciando la llegada de "Dos Señoritas Predicadoras". Pero le pareció muy poco atractivo. Por iniciativa propia, las anunció como "Dos Chicas Aleluya".

Cuando al día siguiente Rachel y Louise desfilaron por Felling y celebraron reuniones al aire libre y en locales cerrados, la gente quedó asombrada por las Chicas Aleluya. "Han traído una nueva religión desde Londres", exclamó un anciano.

Railton se sintió muy aliviado cuando el lunes por la mañana William Booth recibió un telegrama de las jóvenes pioneras: “500 por la tarde; 800 por la noche. 6 almas; muchas en conserva (*en “pickle”*); 3 reuniones al aire libre, tiempos gloriosos”.

Railton sonrió ante la irónica frase “en conserva” que habían acuñado las chicas. Le pareció una “expresión espantosa”, pero se convirtió en una terminología aceptada en aquella época.

A las seis almas del primer domingo les siguieron rápidamente muchas más. Algunos de los peores borrachos y desesperados de Felling fueron salvados y transformados. Un herrero, alto y fornido, dijo con su fuerte acento del noreste: “¡La policía no pudo hacer nada conmigo! Los jueces no pudieron hacer nada conmigo. Pero (señalando a Rachel) ustedes, Chicas, pudieron hacer conmigo lo que quisieron”.

Poco después de que las hermanas llegaran a Felling, las consecuencias del cambio de nombre de la Misión en mayo de 1878 empezaron a llegar al frente. Las chicas se convirtieron en Capitanas del Ejército de Salvación, pero para el público seguían siendo las Chicas Aleluya.

El derramamiento del Espíritu de Dios se convirtió rápidamente en una “gloriosa avalancha de salvación” que se extendió a los pueblos cercanos. Pronto cuatro mujeres jóvenes se pusieron en camino desde Londres para reforzar a las dos Chicas originales.

En Consett se presentaron quejas a las autoridades por el ruido de las reuniones diarias de convertidos que se celebraban a las 5.30 de la mañana. Pero cuando escucharon que se habían recuperado 300 “borrachos perdidos” en sólo seis semanas, se desestimó la queja. En Newcastle, un vendedor de ginebra ofreció a Rachel y Louise 300 libras unas (25.000 libras en dinero de hoy) si abandonaban la ciudad en el siguiente tren.

El nombre de Chicas Aleluya cautivó la imaginación del público y los periódicos llevaron el nombre y la historia de lo

que estaba ocurriendo en Tyneside al resto de Gran Bretaña y ¡al mundo entero!

William T. Stead trabajaba como reportero en Darlington. Cuando, a las puertas de la estación del ferrocarril, oyó a una docena de cocheros cantando canciones del Ejército de Salvación mientras esperaban pasajeros, decidió buscar a las dos Chicas Aleluya, la Capitana Rose y la Teniente Annie, “que habían puesto Darlington patas arriba”. Su “base” tenía capacidad para 2.500 personas y estaba abarrotada todas las noches.

“Me quedé asombrado”, cuenta. Encontré a dos señoritas delicadas (una apenas capaz de escribir una carta; la otra no había cumplido los 19) ministrando a una congregación enorme que ellas mismas habían recogido de la calle, construyendo una agresiva iglesia militante a partir de los desechos humanos que otras iglesias miraban sin ninguna esperanza”. En los primeros seis meses 1.000 personas se habían convertido en penitentes y se formó un Cuerpo o iglesia de casi 200 miembros”.

Añadió un periodista colega igualmente asombrado “¡El obispo de Durham no pudo hacerlo!”

Un año después de que las hermanas Agar salieran de Whitechapel, se habían abierto 22 Cuerpos en Tyneside con 47 oficiales y más de 3.000 soldados en acción. El noreste se convirtió en uno de los bastiones más fuertes del Ejército primitivo.

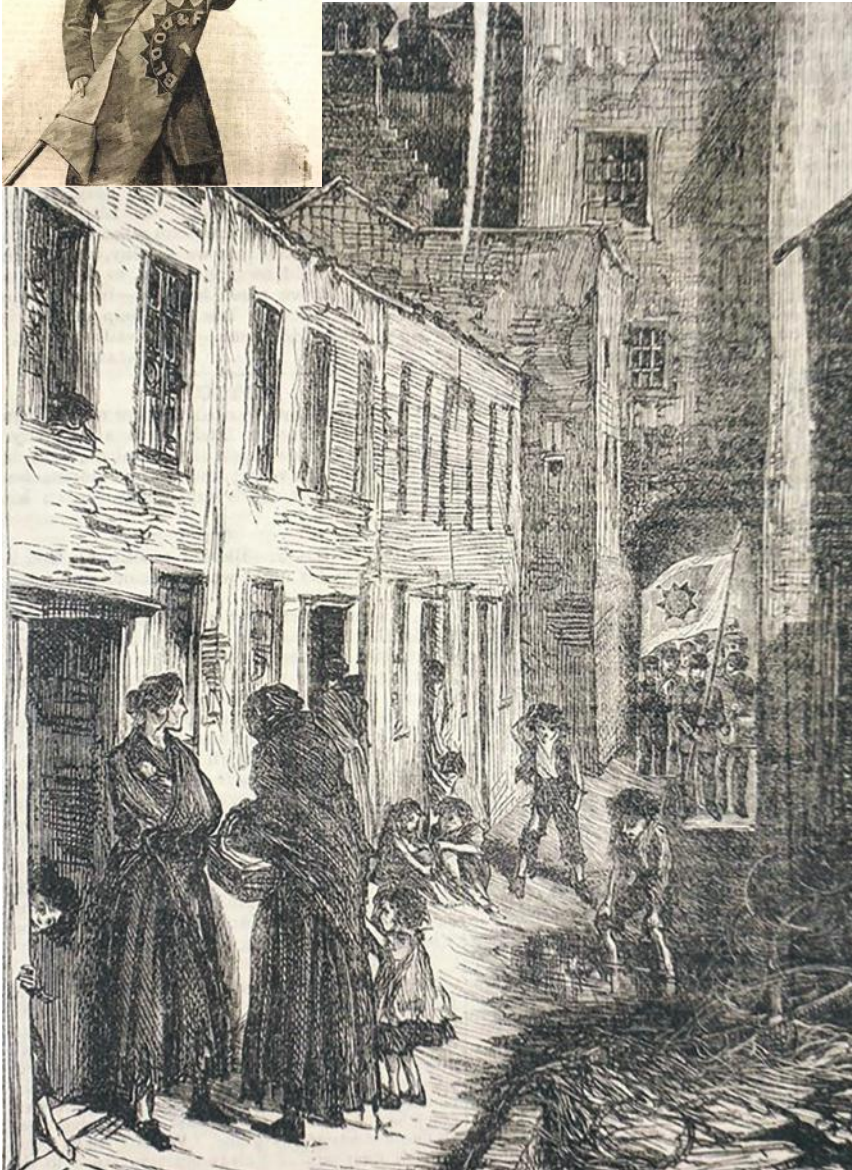
Cuando Railton reflexionó más tarde sobre estos acontecimientos, tuvo que admitir que “sería imposible decir por qué, en 1878 y no antes de 1878, una nube de mujeres oficiales fue enviada de repente, desparramándose por todo el país, con plenos poderes para atacar y tomar posesión de ciudades, igual que lo habían hecho los hombres”.

Pero sucedió: 1878 fue el año milagroso del Ejército de Salvación.



Izquierda: *Bandera primitiva con el sol en el centro, dibujo artístico*

Abajo: *Ilustración de The War Cry, 27 de noviembre de 1880, que muestra la bandera con el sol en el centro*



6

Militarizando la Misión

EL Congreso de Guerra de agosto de 1878 inició un proceso de militarización de la Misión Cristiana para que coincidiera con su nuevo nombre de Ejército de Salvación. Un ejército lucha en uniforme. En el congreso, Elijah Cadman, fiel a su estilo, había exclamado, “Me gustaría usar un traje que les haga saber a todos que estoy comprometido en una guerra a muerte por la salvación del mundo”. Pero durante los siguientes 18 meses, el Ejército de Salvación luchó casi siempre vestido de civil.

Un ejército necesita un estandarte. Y fue Catherine Booth quien tomó la iniciativa y diseñó la bandera amarilla, roja y azul del Ejército. Era la bandera tal y como la conocemos hoy, excepto que en el centro tenía un sol en lugar de una estrella. Al presentar la primera bandera en Coventry dijo:

“El carmesí representa la preciosa sangre por la que todos somos redimidos; el azul es el emblema de pureza elegido por Dios; el sol representa tanto el calor como la luz y la vida de los hombres; y el lema “Sangre y Fuego”, la sangre del Cordero y el fuego del Espíritu Santo.”

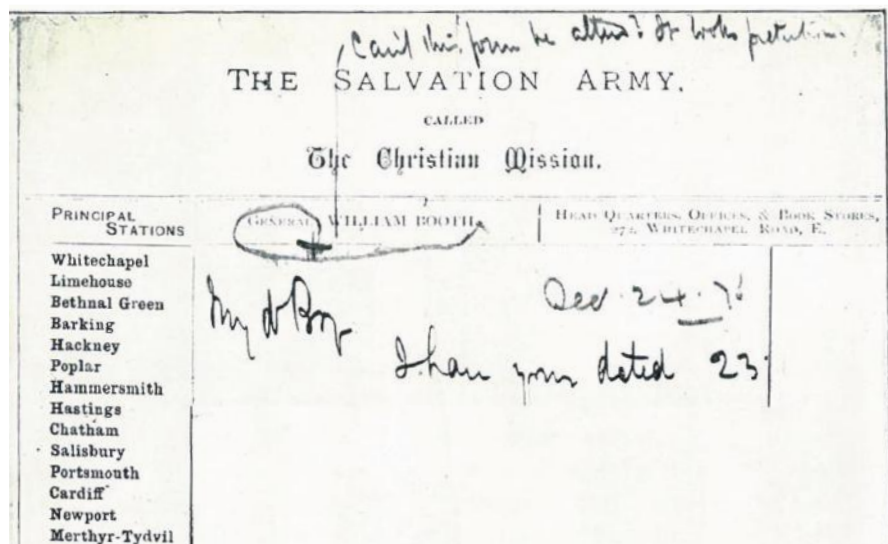
Cuatro años más tarde, el sol se cambió por una estrella de ocho puntas y, cuando William Booth presentó esta bandera de nuevo estilo en el Cuerpo de Penzance en junio de 1882, dijo que “la estrella amarilla significaba el Espíritu Santo”.

Nunca se dio ninguna explicación sobre el cambio, pero como Frederick Tucker ya había abierto el Ejército en la India, se supone que había señalado que el sol era el principal símbolo de la religión de los Parsis. El escudo heráldico del Ejército de Salvación (“cresta”) siguió poco después a la bandera,

mostrando doctrinas clave del Ejército con su simbología.

A instancias de Railton, los soldados del Ejército de Salvación se saludaron al principio con el signo sordomudo de la letra S, pero esta iniciativa duró poco. En su lugar se adoptó el saludo actual del Ejército de señalar hacia arriba con el dedo índice de la mano derecha, el saludo significaba el reconocimiento de compañeros de viaje al Cielo. Y a la hora de crear su propia terminología militar, el incipiente Ejército de Salvación demostró una gran inventiva.

Había un General a cargo. “¿No se puede modificar esta forma (de dirigirse a mí)? Parece pretencioso”, había garabateado Booth en la primera prueba de imprenta que le dio el título de “General”, como se muestra abajo.



Pero el título que le confirió Elijah Cadman en Whitby había llegado para quedarse. Había tenientes, capitanes y mayores. Había cuerpos, divisiones, oficiales directivos, soldados, sargentos y sargentos primeros de cuerpo. Las reuniones de oración se convirtieron en ejercicios de rodillas. La declaración de membresía se convirtió en los “Artículos de Guerra”, y los sobres para las donaciones comprometidas se convirtieron en

“cartuchos” que los soldados debían “disparar” cada semana. A la muerte de un soldado se le llamó “promoción a la gloria”.

El uso de estas expresiones militares se convirtió rápidamente en parte de la jerga del Ejército. La mayoría de ellas perduran, pero no todas. El título ultra militarista “artículos de guerra” duró hasta 1989, cuando el “pacto de un soldado” se convirtió en la alternativa oficial. Algunos términos murieron antes. La mayoría de las congregaciones actuales del Ejército de Salvación se quedarían perplejas si el líder de la reunión les pidiera “disparar una salva” (gritar aleluya o amén) o “calar bayonetas” (levantar el brazo derecho).

Pero algunos términos inverosímiles han tenido una vida sorprendentemente larga. El curioso término cartucho sigue utilizándose, pero los soldados ya no disparan sus cartuchos, sino que los pagan o los dan, lo que no acaba de cuadrar. Pero como ningún sustituto ha resultado tan pegadizo, el término perdura. Y a nuestros oídos suena perfectamente bien, aunque para otros no.

A mediados de 1970, la oficiala de un Cuerpo en Belfast viajó a Londres para reponer artículos de papelería en la Intendencia (Suministros). El conflicto con Irlanda del Norte estaba en su apogeo, por lo cual los vuelos desde y hacia Belfast sólo se atendían en una terminal de máxima seguridad en el aeropuerto Heathrow, donde incluso el equipaje de mano se sellaba en plástico.

Cuando la oficiala se presentó allí para tomar su vuelo de regreso a Belfast, la palparon y el guardia de seguridad, señalando un paquete que tenía a sus pies, le preguntó: ¿Qué es eso?” “No es nada”, respondió ella con una sonrisa inocente. “Sólo son cartuchos”. El guardia ya iba a hacer sonar la alarma. Pero, afortunadamente antes de que pulsara el botón, la oficiala le aclaró lo que quería decir.

¿Qué pensaría William Booth? Creo que sonreiría y diría: “Llámelos como quiera”, antes de añadir con una sonrisa: “¡Siempre y cuando los ‘dispare’!”

El ángel del valle Rhondda

“No les diga cuántos años tiene”, aconsejó William Booth con una sonrisa mientras le entregaba a Kate Shepherd su comisión de oficial y la enviaba a abrir la obra en el Valle Rhondda, Gales del Sur. Al hacerlo, puso en marcha lo que George Scott Railton consideraría “el evento más importante en la historia del Ejército de Salvación antes de 1880”.

Desde septiembre de 1878, Kate había estado ayudando a su madre galesa, quien había sido enviada por William Booth desde Whitechapel para abrir la obra en el centro minero de Aberdare. Era enero de 1879 y la petición de ayuda había llegado del vecino valle de Rhondda, sinónimo de embriaguez y miseria.

La Capitana Kate Shepherd tenía 17 años.

Kate se dirigió a Pentre, y lo que sucedió después es tan asombroso que desafía cualquier explicación humana. Esta joven fue utilizada por Dios para provocar un avivamiento espiritual que transformó el valle Rhondda y se extendió por todo el sur de Gales.

“Los edificios eran demasiado pequeños para contener a las multitudes que acudían a escuchar a la joven predicadora”, escribe Frederick Booth-Tucker. “Durante horas, al aire libre, bajo la sombra de las montañas galesas, miles de personas se agolpaban para escucharla. Y, cuando con su rostro elevado al cielo y los ojos cerrados, de pie en su carro, que hacía las veces de púlpito, prorrumpía en un torrente de oraciones, parecía como si la caída de un alfiler hubiera podido sacudir el silencio de la audiencia que contenía el aliento”.



Kate Shepherd

“El poder de Kate en la oración era único”, continúa. “No era tanto lo que decía como la forma en que lo decía. ‘Señor, ¡Tú sabes que ellos son mi-se-ra-bles!’”, comenzaba, y el corazón de cada pecador de la congregación parecía replicar, como un eco casi audible: ‘¡Tú sabes que somos miserables!’”

“Terminada la oración, su voz clara y dulce resonaba en el aire con algún estribillo popular adaptado a palabras espirituales, que la multitud hacía suyas de todo corazón. Y luego seguía un sencillo testimonio de la gracia salvadora de Dios, y un llamamiento tras otro para que cada pecador decidiera en ese momento y allí mismo la cuestión de la salvación de su alma. ‘¿No quieres venir? ¡Algún día te arrepentirás! ¡Sí, lo lamentarás!’ Y los ojos grandes, oscuros y serios, llenos de lágrimas, reforzaban el argumento con un poder profundamente conmovedor.”

“No es de extrañar que centenares y centenares de personas de la clase más ruda acudieran como niños al banco de penitentes y entraran en el Reino de los Cielos gracias a la labor de la chica de diecisiete años, que había caído repentinamente, en medio de ellos, como un ángel del cielo”.

Dos mil personas hicieron profesión de fe en las primeras seis semanas y se pusieron cintas blancas para indicar que habían cambiado de vida. Los bares se quedaron vacíos. En una taberna, en toda una semana, sólo se sirvieron tres cervezas. Los mineros convertidos, hombres y niños, celebraban reuniones de oración en las minas durante la hora del almuerzo. Ya no se oían palabrotas en las calles. Incluso los caballos de las minas se daban cuenta de que algo había sucedido, ya que el trato hacia ellos era muy diferente.

En las primeras siete semanas de su llegada a Pentre, Kate recibió seis ofertas de matrimonio, dos de ellas de ministros ordenados. Pero el matrimonio estaba lejos de su mente. Estaba liderando un despertar espiritual tan grande que otros oficiales pronto fueron enviados para ayudarla a atender semejante cosecha.

Como consecuencia, se abrieron varios Cuerpos a lo largo del valle.

Pero el derramamiento espiritual no conocía fronteras denominacionales. Todas las puertas de las capillas se abrieron para Kate. El periódico Western Mail dijo: “Dos ministros de una capilla estuvieron ocupados durante dos días bautizando a nuevos miembros convertidos del ministerio del Ejército de Salvación. Hombres que hace unas semanas eran vistos con frecuencia rodando por las calles de Rhondda, ahora son vistos todas las noches ofreciendo oraciones en presencia de cientos de personas que abarrotan la capilla. Este entusiasmo no se limita a las que se denominan clases inferiores, sino que entre ellos se ven hombres de intelecto cultivado, tan demostrativos como el resto”.

Cuando William Booth visitó el valle en abril de 1879, sólo cuatro meses después de que Kate hubiera llegado a Pentre, una procesión desde la estación de tren de Ystrad estaba formada por “filas de hombres que habían sido borrachos. Cientos enlazados brazo con brazo, unidos corazón con corazón, redimidos, lavados, salvados”. A las filas aparentemente interminables de borrachos convertidos les seguían sus esposas e hijos cantando de alegría. Por la noche, 3.000 personas se agolpaban en la capilla de Noddfa, en Treorchy.

William Booth escribió en su diario esa noche: “Todos con los que he hablado coinciden en dos cosas. Primero, que Rhondda era el valle más degradado del sur de Gales. Segundo, que tal despertar religioso no tenía lugar en los recuerdos de la presente generación.”

Vayamos a ellos



La Alegre Eliza toma Marylebone por asalto

“Un ‘dulce de oferta’ o ‘Alegre Eliza’, por favor”, pidió el niño mientras entregaba su moneda a la señora de la tienda de dulces. “Son las últimas que me quedan”, dijo ella mientras abría el frasco: “Todo el mundo quiere Alegres Elizas”. El niño, antes de meterse en la boca una de las pegajosas golosinas, comprobó el nombre grabado en ellas.

William Booth había dado a sus tropas cuatro órdenes con respecto a los no salvos: “Vayan a ellos, atraiganlos, sálvenlos, utilícenlos”. Mientras el jovencito iba calle abajo, poco sabía o le importaba que la Alegre Eliza que estaba masticando era una de las “sorpresas” producidas, como resultado de la estrategia del General de “ir a ellos”.

Desde que William Booth empezó a predicar en el Este de Londres, llamaba al aire libre su “catedral”. Y desde entonces los misioneros habían salido a celebrar reuniones al aire libre y a desfilar por las calles, con el líder caminando hacia atrás a la cabeza de la formación dirigiendo el canto con su paraguas.

Los primeros salvacionistas de esa época anterior al uso de las bandas de música, continuaron el modelo, excepto que ahora tenían una bandera que seguir. Y lo hacían todas las noches entre semana y tres veces los domingos. Catherine Booth no tenía tiempo para un “acercamiento al evangelismo con guantes de seda”. Ella enfatizaba un enfoque militante. “Cristianismo Agresivo”, lo llamaba, y sus palabras resonaban en las mentes de los salvacionistas:

“No vendrán a nosotros”, declamaba. “Eso es un hecho establecido. ¿Qué se puede hacer? Jesucristo dice: ‘Vayan a

ellos'. Cuando todos los métodos que usan los civiles han fallado; cuando las invitaciones gentiles han fallado; el Señor de la fiesta dice: - Tendré invitados, y si no puedes hacerlos entrar usando procedimientos civiles, usa procedimientos militares. Ve y oblégales a entrar”.

Para hacerlo, William Booth añadió: “la primera necesidad es **ATRAER LA ATENCIÓN**” y así “asegurar una audiencia para el evangelio”. Así, ingeniosamente, sus oficiales y soldados idearon formas cada vez más extravagantes de practicar el cristianismo agresivo.

El Teniente Theodore Kitching cabalgó alegremente hasta Scarborough en un burro cubierto con una tela roja. Bramwell Booth atrajo multitudes al ser llevado por seis hombres en un ataúd abierto y luego predicar desde él “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?” En Newcastle, el Capitán Elijah Cadman llenó un carro militar con soldados del Ejército de Salvación para anunciar “un ataque contra el diablo, la bebida y el pecado”.

En algunas ciudades, los salvacionistas recorrían las calles golpeando sartenes con rodillos de amasar. Los Cuerpos competían entre sí para producir las formas más sensacionales de ganar audiencia.

Cuando las formas usuales de atraer la atención fallaron en Nottingham, la bulliciosa Teniente Eliza Haynes marchó a través de su ciudad natal con serpentinas flotando al viento desde su cabello suelto y su chaqueta, con una pancarta en su espalda proclamando, “Soy la Alegre Eliza”, mientras gritaba invitando a las reuniones. Pronto se puso a la cabeza de una banda de rufianes convertidos y los guio con su violín en la versión cristiana de George Scott Railton de “Marchando a través de Georgia” que (en la Canción 418 en español) dice:

*¡Llenos de alegría, cantaremos otra vez,
proclamando salvación, del mundo al través!*

Ella sorprendió a Nottingham. Y cuando fue nombrada responsable del Cuerpo de Marylebone, en Londres, en abril de 1880, la Capitana Eliza electrizó el centro de Londres. Sentada al frente de un carruaje de cuatro ruedas con carteles, tocaba el violín con el pelo al viento, mientras un nuevo convertido aporreaba un bombo. Detrás, en un segundo carro, venían instrumentistas tocando una cacofonía de sonidos. Tal fue el impacto de su llegada que 3.000 personas se agolparon en el teatro para asistir a su primera reunión.

La prensa olió una buena historia y convirtió a “Alegre Eliza” en una celebridad menor en toda Inglaterra. Sus canciones se convirtieron en las favoritas de los salones de música. Muñecas y juguetes fueron bautizados con su nombre, ¡y también dulces! Para el público, las jóvenes salvacionistas ya no eran solamente “Chicas Aleluya”. También eran “Alegres Elizas”.

“Vayan a ellos”, había ordenado William Booth: y su gente lo hizo. Usando el principio de adaptación, moldearon sus métodos para ajustarse a su tiempo. Y los salvacionistas han estado haciendo eso desde entonces.

Cuando mi esposa y yo condujimos un congreso divisional en el Reino Unido algunos años atrás, un joven elegante en uniforme completo dio su testimonio. “Llegué al Ejército y al Señor a través de Internet”, dijo. “Vi la página web del Cuerpo de mi ciudad y me quedé intrigado. Los busqué y encontré al Señor”.

El Cuerpo había salido a su encuentro, no en un vehículo de cuatro ruedas, sino a través de la “Web”.

Atráiganlos

Vayan a los inconversos”, dijo William Booth, “luego atráiganlos”.

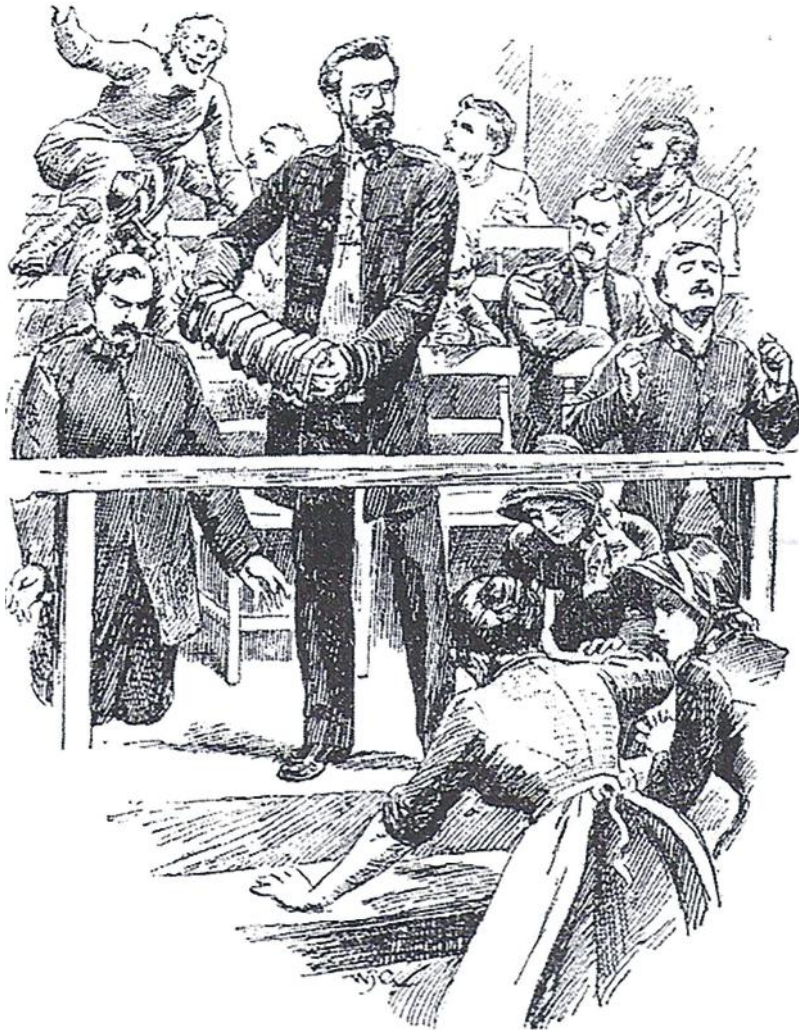
Él sabía que no podían ser atraídos a una iglesia o capilla, así que llamó a sus salones Tiendas, Almacenes o Fábricas de Salvación. En septiembre de 1878 abrió la Gran Fábrica de Salvación en Coventry con capacidad para 1.500 personas, la primera de muchas aperturas de este tipo.

El término Barracas se usó por un tiempo, pero fue abandonado apresuradamente cuando se descubrió que la gente pensaba que todos los salvacionistas dormían juntos en ellas.

Los primeros salvacionistas no se privaron de usar métodos y formas circenses con color y drama para atraer a los salones a la gente alcanzada en las reuniones realizadas al aire libre. Los soldados llevaban pancartas que anunciaban reuniones de “Fuego y Azufre”, “Galopes de Aleluyas”, “Gran Exhibición de Chicas Aleluya”. Los oradores eran anunciados como “el Pescador del Aleluya”, “el Minero Lavado en Sangre”, “la Paloma Mensajera Aleluya”.

“William Booth se dio cuenta de que a los condenados sólo se les podía sacar del pecado ardiente por la religión ardiente”, escribe el historiador St John Ervine. Y lo que más atraía a los que llegaban a las reuniones del Ejército era que estas estaban al rojo vivo.

Se sentía el calor en la oración. Mientras un soldado tras otro oraba: “Señor, envía el poder”, “Señor, salva a esta gente de sus pecados” y la sala resonaba con gritos de “¡Amén!” y



“¡Aleluya!”, uno sentía que el fervor iba en aumento.

Se sentía en los testimonios. El ardor crecía a medida que una docena o más de convertidos hacían fila para contar cómo Cristo había transformado sus vidas, mientras los soldados apoyaban sus comentarios con gritos de “¡Alabado sea el Señor!” y “¡Gloria a Dios!”.

El testimonio personal de los convertidos llegó a ser la principal herramienta de evangelización del Ejército: Era el “tiro al rojo vivo” del arsenal, y “nunca nadie ocupaba mucho tiempo hablando”.

Se sentía el resplandor del ardiente mensaje bíblico. La predicación era realista, apasionada y vívida. Los oficiales seguían el ejemplo de William Booth, que sabía cómo cautivar al público.

“Miren a ese hombre yendo río abajo en un bote con las cataratas del Niágara al fondo”, exhortaba al público. Se ha metido en la corriente... los rápidos se han apoderado de la embarcación... se va, se va... ¡Dios mío! Se ha hundido, y nunca ha usado su remo. Así es como la gente se condena. Siguen adelante. Dicen que no tienen tiempo. No piensan. Descuidan la salvación y se pierden”.

Pero lo que también atraía a la gente al Ejército era, en palabras de Harold Begbie, la “alegría abundante y la audacia gozosa” de todo lo que hacían. Con los oficiales dirigiendo las reuniones al estilo de un salón de música, ¡realmente había alegría en el Ejército de Salvación! Las reuniones provocaban emociones fuertes. Uno iba al Ejército para reírse y a menudo terminaba llorando.

También se iba al Ejército para cantar. Nadie entendió mejor el poder del canto que William Booth. Los primeros salvacionistas cantaban himnos clásicos, los últimos de Moody y Sankey, y muchos coros. También empezaron a escribir sus propias canciones, a menudo con palabras puestas a melodías seculares bien conocidas.

Sin embargo, cuando el Capitán William Baugh escribió

nuevas palabras para “Champán Charlie”, una canción para beber que se había convertido en un éxito de los salones de baile de la época, William Booth dudó.

Incluso algunos de sus distinguidos benefactores protestaron porque decían que para los borrachos convertidos la asociación con su vida pasada sería demasiado fuerte.

*“Champán Charlie” es mi nombre,
beber champán es mi juego”.*

Realmente, ¿podían “convertirse” semejantes palabras?

Pero la canción ya había demostrado ser popular, así que William Booth decidió poner a prueba la iniciativa.

La ocasión fue la inauguración del Salón de Congresos Clapton con 5.000 asistentes, entre ellos algunos de aquellos “distinguidos benefactores”. El “Marinero Fielder” fue el solista elegido. William Booth y sus principales oficiales esperaban cerca de la entrada del estrado, desde donde podían observar la reacción de la multitud.

Cuando el solista llegó al estribillo, “Bendito sea su nombre que me hace libre”, la gente empezó a unirse. A medida que el estribillo se repetía una y otra vez, la congregación se dejaba llevar, entre ellos los benefactores.

No sólo cantaban, sino que aplaudían, agitaban pañuelos y zapateaban al ritmo de la música.

William Booth estaba completamente convencido. “¿Por qué va a tener el diablo las mejores melodías?”, exclamó.

Las melodías del salón de baile habían pasado la prueba. Pronto se pudo oír a los borrachos convertidos cantando enérgicamente en el ejército (Canción 440, en español): “¡Adelante todos a la lid, a la lid!”, cuando sólo unas semanas antes habían estado cantando con la misma energía en la taberna y con la misma melodía: “Brindo por el whisky, bébelo, bébelo”.

Sálvenlos



Los Mayores Jack y Jane Stoker con su familia

“Ven a Jesús. Ven ahora”, suplicó Jack Stoker con voz seria, “Ven mientras nuestro hermano canta ‘Hay una fuente carmesí que mi Jesús abrió’”.

Cuando un anciano avanzó para arrodillarse en el improvisado banco de penitentes, Jack no pudo contenerse más. Estalló en carcajadas y su pandilla lo aclamó, agitando sus jarras de cerveza en el aire.

Jack Stoker había montado un simulacro de llamamiento a la oración en la taberna “Pig and Whistle” para burlarse de lo que había visto hacer a las Chicas Aleluya en sus reuniones al aire libre y en el teatro.

Jack, de veintiún años, había sido minero desde los diez, y cuando estaba sobrio era el pícaro simpático de Blyth: la gente disfrutaba con sus travesuras. Pero cuando se emborrachaba, como ocurría a menudo, se volvía “tan salvaje como una pandilla de gatos de Kilkenny”.

Un domingo por la noche decidió buscar a las “Aleluyas” para molestarlas. Para asegurarse de llegar, dio un rodeo para evitar las siete tabernas que había en su ruta.

Jack se sentó junto a un amigo y escuchó cómo la Capitana Jane Cook, la Chica Aleluya de Blyth, dirigía la reunión. Cuando hizo el llamamiento, nadie respondió.

Ella bajó de la plataforma y se detuvo en una banca cerca de donde Jack estaba sentado. “¿Ni un alma?”, preguntó lastimeramente. “¿Ni un alma? ¿Nadie quiere a mi Cristo?” Sus lágrimas cayeron sobre la banca.

“¿Por qué llora?” preguntó Jack a su amigo. “Por ti y por

mí”, le respondió.

“Pero, ¿para qué?” susurró Jack.

“Quiere convertirnos en hombres buenos”, fue la respuesta, “y yo no puedo soportarlo. Me voy”. Y salió corriendo.

Jack Stoker recuerda ese momento: “Yo también tomé mi gorra para irme. Pero nunca supe por qué no me fui. Lancé mi gorra al aire y le grité a Dios: “Si tú me sostienes, pasaré”, y fui al banco de penitentes”.

El Señor lo sostuvo más que firme a Jack. Jack Stoker pasó de ser el borracho local a ser uno de los ganadores de almas más notables del Ejército.

“Somos gente de salvación”, escribió William Booth en la primera edición de El Salvacionista, “esta es nuestra especialidad: conseguir salvados y mantenerlos salvados y luego, conseguir que alguien más sea salvado”.

Su estrategia evangelística era clara. Había que hacer algo más que ir a los no salvos y atraerlos. Había que conseguir que se salvaran. Por lo tanto, los mensajes bíblicos apuntaban a un veredicto, a tomar una decisión. En cada reunión el llamado al banco de penitentes era el campo de batalla clave. Jack Stoker no era una excepción. “Cada semana conseguimos tener más predicadores que sacamos de las casas públicas (tabernas)”, se regocijaba George Scott Railton. Y muchos de ellos demostraron ser magníficos evangelistas.

Jack Stoker se hizo oficial y se casó con Jane Cook. Juntos dirigieron 30 Cuerpos, y en cada uno de ellos el divertido Jack dejó un legado de historias sobre sus formas únicas de llegar a la gente.

Cuando fueron destinados a Chester-le-Street, lo primero que hizo fue ir a hablar con unos mineros que estaban sentados con sus perros cerca de la mina. No sabían quién era, pues los oficiales aún no llevaban uniforme.

Tienes unos perros muy buenos”, dijo. ¿Pueden pelear? Jack había criado sus propios perros de ataque y él y los mineros tenían mucho de qué hablar. Luego los llevó al Hotel

de Temperancia, situado enfrente, y les sirvió un refresco de jengibre (sin alcohol) a todos. No dijo ni una palabra sobre la salvación, sólo hablaron de perros y jengibre.

Cuando se hubo ido, se preguntaron: “¿Quién diablos era ése? Uno pensó que era el líder de la nueva misión de la ciudad. ¿Era religioso? Nunca un hombre lo fue menos”, fue su veredicto. Pero aquella noche se presentaron en la reunión del Ejército. Y siguieron viniendo, siempre sentados en la primera fila de la galería. Una semana más tarde, cuando Jack hizo un llamamiento para que la gente “viniera a Jesús”, uno de los mineros gritó: “Ya voy, Capitán”. Saltó de la galería y corrió hacia el frente. Pronto fue seguido por varios de sus compañeros que también tomaron el atajo hacia el banco de penitentes.

Cuando Jack fue designado para abrir la obra en Sunderland Monkwearmouth, 13 tabernas tuvieron que cerrar sus puertas durante sus tres primeros meses allí. Con motivo de la colocación de la piedra fundamental del salón del Cuerpo, los astilleros cerraron y 3.000 personas se sentaron a tomar el té que le sirvieron al público. Cuando se inauguró el salón, solo ese domingo se convirtieron 120 personas.

Si alguien fue “salvado para salvar”, ese fue Jack Stoker.

Utilícenlos

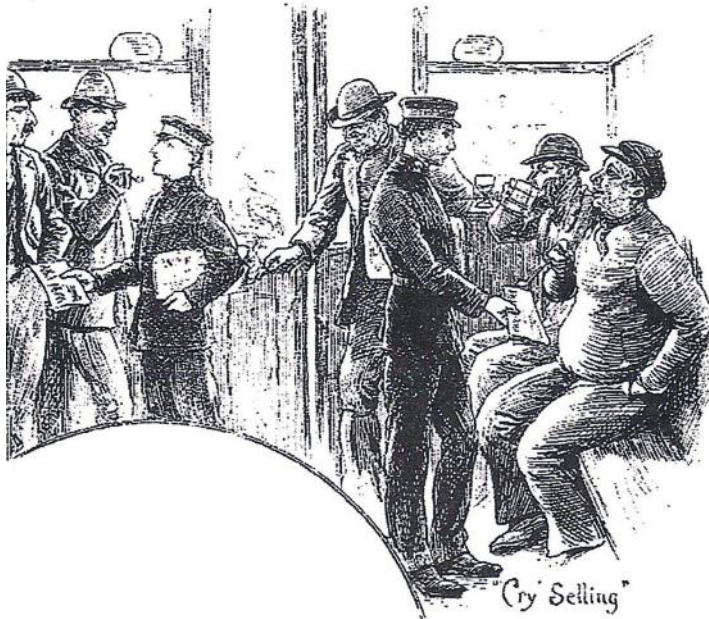


Ilustración publicada en All the World, marzo de 1891

Se ha gastado mucha tinta de imprenta en el debate sobre el significado de las dos “S” en el cuello o solapa del uniforme salvacionista. ¿Significaban las dos eses originalmente “Salvado y Santificado”, “Salvado para Servir”, “Salvado para Salvar”? ¿O se trataba simplemente de hacer el uniforme simétrico?

Probablemente fue esto último, pero cuando los uniformes fueron introducidos por primera vez, los primeros salvacionistas no tenían duda de que las dos “S” significaban “Salvado para Salvar”.

La brillantez de la estrategia evangelística de William Booth de “ir, atraer, salvar” es que no terminaba ahí. La estrategia tenía una cuarta dimensión: “utilizarlos”. Mientras los líderes de otras misiones e iglesias se rasgaban las vestiduras, desesperados por descubrir cómo retener a sus convertidos, Booth tenía la respuesta: ponerlos a trabajar inmediatamente para ganar a otros para el Señor.

El propio nombre del movimiento lo requería. Era evidente que cuando uno se convertía en soldado del Ejército de Salvación no pasaba a formar parte de un rebaño de ovejas a la espera de un pastor que las pastoreara.

Por el contrario, cuando uno se convertía en salvacionista se unía a una fuerza de combate cuyo objetivo era ganar el mundo para Jesús. El Dr. Randall T. Davidson, entonces Decano de Windsor (y más tarde Arzobispo de Canterbury), observaba, a regañadientes, la escena con admiración.

“Cada hombre, mujer o niño aceptado como recluta en el Ejército”, escribió, “se supone que se convierte en un centro de trabajo evangelizador. Uno que ha entrado en la sala por pura curiosidad, o tal vez para burlarse, es llevado en poco tiempo a arrodillarse con la cabeza inclinada ante el banco de penitentes.

Media hora más tarde está dando testimonio público del hecho de su conversión, y esa noche o al día siguiente se le ve con una gran “S” en el cuello vendiendo El Grito de Guerra en las calles y en los bares, entre los compañeros de su vida anterior”.

Por supuesto que hubo críticos, pero los salvacionistas tenían su respuesta: ellos cantaban:

*Se quejan de la manera
en que nuestros convertidos testifican;
Dicen que deberíamos esperar
un año para probarlos.
Pero creemos que deberían hablar
de lo que ahora disfrutan,
Antes de que el diablo tenga la oportunidad
de empañar la alegría de su nuevo nacimiento.*

Instantes después de nacer de nuevo, los convertidos dieron sus primeros pasos como reclutas. Cuatro semanas más tarde, después de un entrenamiento básico en reuniones al aire libre y evangelismo personal, se convirtieron en soldados. Sus vidas estaban ahora imbuidas de visión y propósito. Tenían una causa por la que luchar y una bandera que seguir. El cuarto principio estratégico de William Booth de “utilizarlos” (y sin demora) fue clave para las victorias del Ejército, y sigue siendo un factor vital hasta el día de hoy.

¿Quiénes eran estos primeros salvacionistas que se enlistaron en la causa? Socialmente iban desde los marginados de la sociedad en un extremo hasta los miembros ocasionales de la aristocracia en el otro.

“Somos carroñeros morales, predicando en las mismas cloacas”, dijo William Booth a la Conferencia Metodista Wesleyana en 1880. “Queremos todo lo que podamos conseguir, pero queremos lo más bajo de lo más bajo”. Y el Ejército fue eminentemente exitoso en llegar a lo más bajo de lo bajo y elevarlos, en el viejo dicho, “de lo más bajo a lo más alto”.

Pero la gran mayoría de los primeros salvacionistas eran de hecho obreros, trabajadores de fábricas, mineros, amas de casa y empleadas domésticas: sólidos ciudadanos de la clase trabajadora cuyas vidas habían sido transformadas.

“La genialidad del Ejército de Salvación ha sido utilizar eficazmente una fuerza compuesta, en su mayor parte, por gente común”, escribe Robert Sandall en la historia oficial del Ejército.

Bramwell Booth comenta: “En el Ejército hemos aprendido a dar gracias a Dios por la excentricidad y la extravagancia, y a consagrarlas a su servicio. Tenemos hombres en nuestras filas que son capaces de hacer cualquier cosa por el Señor. Gracias a Dios por los temerarios. Su libertad de ataque ha puesto a nuestro alcance a las personas a quienes más queremos llegar.

Sin embargo, la mayoría de los salvacionistas, como Bramwell Booth fue el primero en reconocer, no eran ni excéntricos ni atrevidos. Eran gente común, pero gente común con una extraordinaria disposición a ser usados por el Señor.

Para muchos jóvenes salvacionistas esta disposición se tradujo en servicio de tiempo completo. “Haz tu testamento, empaca tus cosas en una caja, besa a tu chica y estate listo en una semana”, fue la escueta instrucción de William Booth a uno de ellos.

Y en pocos días, el joven lo hizo y se presentó para el servicio.

Suenan las trompetas



La Banda del Cuerpo de Whitechapel en la Avenida Ratcliff

“¡Sr. Booth! ¿Una banda de bronces?”, dijo la sorprendida Marianne Faulconbridge, de 19 años, “¡no creo que me gustaría para los servicios religiosos!”

Marianne era la Chica Aleluya a cargo del Cuerpo del Puerto de Seaham, y William Booth, que estaba visitando el Cuerpo, acababa de decirle que la enviaba a Salisbury, “donde tendrás una banda de música para ayudarte”.

Cuando la Capitana Marianne Faulconbridge llegó a Salisbury en abril de 1879, se encontró con que Charles Fry y sus tres hijos habían formado un cuarteto de bronces y tocaban en las marchas al aire libre y en las reuniones en el Salón.

Pero fueron más que una banda de música. La oposición al Ejército en la ciudad de la catedral era fuerte, y los cuatro músicos fueron sus guardaespaldas. Marianne no tardó en informar que la banda “Aleluya” estaba prestando un servicio muy apreciado.

William Booth no estaba seguro de que las bandas fueran algo bueno para el Ejército en general, pero después de invitar a la familia Fry a acompañarle en varias visitas se convenció y dio el visto bueno.

Nada podría haberle preparado para la enormidad de lo que ocurrió a continuación. Su Ejército se volvió loco con la Banda de bronces. Arriba y abajo por todo el país, las bandas de música entraron en acción, comenzando con el Cuerpo de Consett en diciembre de 1879.

Los salvacionistas compraban instrumentos de segunda mano e incluso chatarra que luego arreglaban y mejoraban. Con el tiempo, la demanda de instrumentos llegó a ser tan grande que el Ejército estableció su propia fábrica de instrumentos.

En South Shields, los músicos analfabetos podían leer la música, pero no los nombres de las melodías. Esto se solucionó rápidamente identificando las melodías mediante dibujos. La melodía de “Salvo navego en la nave ‘Salud’” estaba encabezada por un barco con hombrecitos alfiler en él.

Las bandas no esperaban a dominar el instrumento para salir a tocar. “Su forma de tocar me puso los pelos de punta”, escribió un periodista cuando su autobús descapotable se cruzó con una banda del Ejército. “Suenan como si la banda estuviera demente”, confesó alterado Bramwell Booth cuando escuchó tocar a otra.

Pero las bandas de música pronto se convirtieron en la marca del Ejército. Si alguien decía “Ejército de Salvación”, uno pensaba: “bandas de música”. Y las bandas se convirtieron en el arma definitiva del Ejército para atraer la atención al aire libre.

Para controlar y orientar el fenómeno que surgía ante sus ojos, William Booth encargó en 1883 a su hijo Herbert, el músico de la familia, la creación de un departamento de música.

Un problema práctico que había que resolver era que las bandas del ejército no podían tocar juntas. Los directores utilizaban la música que caía en sus manos y, a menudo, las melodías se tocaban en tonalidades diferentes.

Herbert contrató a Richard Slater para dirigir el departamento de música. Richard Slater era un músico dotado que se había convertido el año anterior a través del simple testimonio de una sirvienta, que dijo: “Mi señora dice que cree que soy salva porque barro debajo de las alfombras ¡y antes no lo hacía! Para Richard Slater las palabras se convirtieron en “un

relámpago divino” que le llevó a la salvación. Se convertiría en el padre de la música del Ejército de Salvación.

Del departamento de música pronto brotó un torrente de música para las bandas de bronce del Ejército de Salvación, una provisión que ha continuado hasta el día de hoy. Siguieron libros de canciones para el canto congregacional, y luego música vocal para las brigadas de cantores, pero esto último no ocurrió hasta que William Booth hubiera superado sus reservas acerca de los grupos corales. En una ocasión había bromeado: “Siempre he pensado que los coros están poseídos por tres demonios: el demonio de las peleas, el demonio de la vestimenta y el demonio del galanteo”.

En 1884, un año después de la creación del departamento de música, 400 de los 637 Cuerpos que había entonces en el Reino Unido tenían banda, y muchos más. Y los Cuerpos que no tenían banda solían reunir a dos o tres instrumentistas.

Las bandas crecieron tan rápidamente en número y musicalidad que en julio de 1890, sólo diez años después del lanzamiento de las bandas de música del Ejército, Herbert Booth dirigió una gigantesca banda de más de 5.000 músicos en el Palacio de Cristal de Sydenham, un lugar con capacidad para 25.000 personas.

En términos actuales, equivaldría a dirigir una banda en el Royal Albert Hall de Londres, con cada uno de sus 5.272 asientos ocupado por un músico.

El volumen del sonido en el Royal Albert Hall sería inimaginable, e incluso en el vasto Palacio de Cristal el sonido era tal que una ola de asombrada emoción se apoderó de la audiencia salvacionista. Nunca se había escuchado nada igual.

Los cuatro de Salisbury habían recorrido un largo camino en una década

Vistiendo Salvación

“Pronto será tan sorprendente ver a un oficial del Ejército de Salvación vestido de civil como lo era hace 18 meses ver a uno en uniforme”, observó “El Grito de Guerra” en abril de 1881.

Y se podía confiar en los comentarios concisos de esta publicación semanal con estilo tabloide y testimonios de interés humano, amado por igual, por miles de salvacionistas y no salvacionistas, que a principios de 1880 había reemplazado a la publicación mensual “El Salvacionista” y estaba en camino de convertirse en el periódico evangélico de mayor circulación de su época.

Ahora en abril de 1881, casi tres años después del cambio de nombre a Ejército de Salvación, El Grito de Guerra aplaudía el hecho de que la mayoría de los oficiales por fin usaban uniforme.

Ya en noviembre de 1878, Catherine Booth había dicho que finalmente se había decidido adoptar uniformes y así “poner el toque final a las tácticas militares que habían infundido en la Misión tal espíritu de esperanza y agresividad”.

Esto fue el resultado de un largo debate. George Scott Railton había argumentado al principio que el uniforme establecería “una separación entorpecedora” entre los salvacionistas y la gente. Pero una vez que se tomó la decisión, lo usó continuamente y se convirtió en su entusiasta defensor. Declaró: “El valor del uniforme, como medio de atraer la atención y de actuar como un control sobre la conducta de aquellos que lo usan, está más allá de todo cálculo.”



Pero la aplicación de la política había sido lenta. Algunos de los oficiales más emprendedores, en particular Elijah Cadman, George Scott Railton y James Dowdle, todos ellos futuros Comisionados, empezaron a usar cascos de varios tipos, adornados con insignias de fabricación casera. El casco de Dowdle estaba coronado por un penacho de plumas.

Los nuevos soldados a veces llevaban una “S” de latón en la solapa, o brazaletes carmesíes con la inscripción Ejército de Salvación, o pañuelos rojos con una cresta amarilla. Algunos hombres aparecían con camisetas rojas, a menudo con leyendas como “Polvoriento convertido”, “Nacido de nuevo”, incluso, ¡“No soy mío”!

Pero no fue hasta la primavera de 1880 que se regularizaron los uniformes y el departamento de suministros empezó a vender chaquetas de estilo militar de color azul marino con cuello alto para los hombres, y chaquetas entalladas para las mujeres.

La confección de sombreros para los hombres fue sencilla: gorras con las palabras Ejército de Salvación escrita sobre una cinta (listón) roja. Pero lo que las mujeres iban a usar en sus cabezas fue más difícil y condujo a la batalla del sombrero.

Cuando 25 mujeres salvacionistas se reunieron en mayo de 1880 en la primera casa de entrenamiento para mujeres Cadetes, la divergencia en los sombreros era tan grande que Catherine Booth determinó diseñar algo que fuera “barato, fuerte y lo suficientemente grande para proteger las cabezas de las usuarias de los golpes de ladrillos y otros proyectiles”.

Finalmente, estuvo encantada con el resultado: el “sombrero Aleluya”. Pero cuando se lo enseñó a su hija Emma, que era la directora de entrenamiento, ésta exclamó: “¡Oh, mamá, no puedo dejar que mis chicas parezcan internas de un asilo!”

Así que volvió a la mesa de dibujo. “Encerrada en una habitación con Emma”, describe Frederick Booth-Tucker, “y rodeada de un montón de sombreros de distintos tipos y tamaños”, Catherine Booth se esforzaba por descubrir lo que

podía adaptarse. Algunos le gustaban a una y otros a la otra, pero al final dieron con el ahora famoso sombrero Aleluya [modelo 2] y juntas, lo declararon adecuado para todas”.

Se confeccionaron veinticinco sombreros Aleluya para la presentación pública del 16 de junio de 1880, cuando los Cadetes iban a marchar desde Hackney hasta el Salón del Pueblo de Whitechapel para la celebración de las bodas de plata del General y la Sra. Booth.

Pero cuando las Cadetas vieron los sombreros, la directora de entrenamiento se enfrentó con una huelga. Las Cadetas se negaron a llevar esos “sombreros anticuados”.

Emma tuvo que llamar a su madre, y sólo después de que Catherine Booth explicara a los Cadetes lo importante que era que los salvacionistas usaran “sombreros pulcros y distintos a la moda mundana” fue que los aceptaron.

Cuando la imponente Capitana Marianne Faulconbridge, de Salisbury, recibió su sombrero del departamento de suministros, le echó un vistazo y lo devolvió directamente al correo con una nota diciendo que ella no podía usar esa “canastilla para carbón”.

El departamento de suministros se lo devolvió con una nota que decía que era “reglamentario”. Pero Marianne no lo quiso. El sombrero viajó como un columpio entre ella y el departamento de suministros hasta que, para finalizar el asunto, tuvo que intervenir el propio William Booth.

Después de un comienzo inestable, el sombrero Aleluya se convirtió en la identificación más reconocible del Ejército durante los siguientes 100 años.

Forjando una fuerza de combate



“Tuvimos que construir el barco mientras estábamos en el mar”, recuerda Bramwell Booth de los primeros días del Ejército, “y no sólo construir el barco, sino dominar las leyes de la navegación, e inculcar el sentido común a una tripulación extrañamente variada”.

No había precedentes para guiarnos. ¡Nunca antes se había creado un Ejército de Salvación! Y en aquellos primeros años hubo que superar muchos desafíos.

Lograr que todos marcharan al mismo paso fue uno de ellos. Incluso ocho años después del cambio de nombre, todavía había algunos que añoraban “los buenos viejos tiempos”. En su característico estilo visionario, Railton comentó en 1886:

“El Ejército sólo ha podido escapar de los viejos surcos en los que se había atascado rápido, luchando contra sí mismo de manera desesperada. No hay prejuicio, ni respeto por ideas y costumbres anticuadas que no hayan estado, y que no sigan estando hoy, fuerte y respetablemente representadas dentro del propio Ejército. Pero el aferrarnos a esas cosas ha sido combatido y superado, porque el General ha tenido, desde el principio, la vista puesta en un solo objetivo.”

“Ese único objetivo nos permitirá emanciparnos aún más y hará que nos sea fácil abandonar tanto las costumbres actuales del Ejército como las costumbres que prevalecían antes del Ejército, siempre que se demuestre, a nuestra satisfacción, que haciéndolo así, alcanzaremos más rápida o completamente el único gran fin que nos proponemos”.

La financiación del Ejército constituía otro desafío. El Cuartel

General dependía de los apreciados pero inciertos ingresos procedentes de donaciones ocasionales de los benefactores. Los Cuerpos debían ser autosuficientes económicamente, dependiendo de las ofrendas en las reuniones, los cartuchos disparados por los soldados y la venta de El Grito de Guerra. Las facturas debían pagarse antes de que los oficiales pudieran recibir cualquier asignación.

Para minimizar los costos, los oficiales estaban dispuestos a sufrir grandes privaciones. Vivían en austeras habitaciones alquiladas y, si ofrecían una vivienda en el mercado, la preferían porque las rentas eran más bajas. Comían poco y algunos, apenas.

La devoción casi imprudente de los oficiales amenazaba su salud, y ya a finales del milagroso año de 1878 un alarmado William Booth tuvo que publicar una “Orden General contra las Privaciones”. En ella dejaba claro que “ningún oficial debe permitirse sufrir por falta de comida, abrigo o fuego (para cocinar o calentarse), sin informar al cuartel general a tiempo para evitarlo”.

Otro desafío era cómo convertir a las decenas de miles de nuevos salvacionistas en una fuerza de combate efectiva.

William Booth creía que sólo se podía esperar que los soldados lucharan bien si estaban bien instruidos. Las Órdenes y Reglamentos originales de 1878 para el Ejército de Salvación fueron seguidas por una cascada de documentos “cómo hacerlo” en forma de reglamentos, minutas y directivas que cubrían cada aspecto del ministerio del Ejército.

Los Artículos de Guerra y las Órdenes y Reglamentos para Soldados guiaban no sólo el servicio de los salvacionistas en el Ejército sino también sus vidas personales, con requisitos que iban desde dormir con la ventana abierta hasta la necesidad de consultar a su oficial directivo antes de iniciar un noviazgo.

Las enormes “Órdenes y Reglamentos para Oficiales de Campo” de William Booth, de 600 páginas, contenían su visión del Ejército y la suma de la experiencia práctica que

había adquirido como evangelista. Publicado en 1886, se convirtió en el manual indispensable para los oficiales de todo el mundo.

William Booth también creía en la supervisión y la rendición de cuentas. “Me gustaría, si pudiera”, comentó bromeando a Railton, “obtener un informe de cada hombre y mujer del Ejército sobre lo que hacen por Dios y por sus semejantes cada día”. Y se acercó a esto todo lo que pudo.

Los Oficiales de Cuerpo debían llenar un formulario todos los lunes para informar a sus Oficiales Divisionales del número de reuniones celebradas la semana anterior (en el salón y al aire libre), la asistencia a cada una, el número de penitentes, el número de horas dedicadas a la visitación, la cantidad de El Grito de Guerra vendido, la cantidad de salario cobrado, y mucho más.

Hacer que el Ejército marchara al mismo paso, asentar su logística y convertirlo en una fuerza disciplinada no se logró sin tensión y dolor. Hubo fracasos y hubo bajas.

Pero lo que sigue siendo verdaderamente notable es la rapidez con que la multitud de nuevos salvacionistas se convirtió en un equipo cohesionado de soldados que se regocijaban en un propósito común, animados por el mismo “espíritu del Ejército” y, que juntos formaban una formidable fuerza de combate. Lo que Pedro escribió de los primeros cristianos bien pudo haberlo escrito de los primeros salvacionistas: “antes ni siquiera eran pueblo, pero ahora son pueblo de Dios” (1 Pedro 2:10 NVI).

Formando santos



Bramwell Booth a los veinte años de edad

DESPUÉS de dirigir la reunión matutina del domingo en una estación rural de la Misión Cristiana, Bramwell, de 20 años de edad, caminó hacia el siguiente pueblo donde lo esperaba la reunión vespertina. Este era el patrón habitual del “día sabático” para Bramwell Booth, el secretario itinerante de la Misión.

Pero este no iba a ser un domingo rutinario para él. Mientras caminaba por el camino rural, estaba meditando profundamente. Su biógrafa e hija Catherine Bramwell-Booth escribe:

“Sus pensamientos se detenían en la cuestión de la vida santa y su propia falta de fe, cuando de repente comprendió con gran claridad que se trataba de una cuestión de voluntad”.

“Se detuvo, se desvió hacia una entrada a un lado del camino e inmediatamente desafió a la voluntad de creer de su propio corazón. Entró de un salto al campo y oró, sometándose completamente a Cristo... y por la fe, la experiencia de la santidad llegó a ser suya”.

Sus padres le habían puesto el nombre de William Bramwell en honor al gran predicador de la santidad, “con la ferviente oración”, como lo expresó Catherine, “de que pudiera blandir la misma espada”.

Y Bramwell Booth blandió poderosamente esa espada. En un momento en que la Misión Cristiana se estaba transformando en el Ejército de Salvación, él se convirtió en su profeta de santidad.

“Casi he llegado a la conclusión de que no predicaré más

a los pecadores”, escribió a su padre cuando tenía 21 años. “El domingo por la mañana, por la noche, o en cualquier otro momento, me limitaré a predicar la santidad y sólo la santidad”.

William y Catherine estaban encantados de que su primogénito siguiera los pasos de su tocayo, y se alegraron por el Ejército.

“La santidad para con el Señor es para nosotros una verdad fundamental; dirige nuestras doctrinas; la escribimos en nuestros estandartes”, había dicho William Booth en la conferencia de la Misión Cristiana unos meses antes del cambio de nombre. “Que Dios puede santificar totalmente, no es en modo alguno una cuestión abierta o discutible, siendo que Jesús salva a su pueblo de sus pecados. En la estimación de la Misión Cristiana eso está resuelto para siempre”.

Y en Bramwell la enseñanza había encontrado su portavoz. “Bramwell me escribió la semana pasada”, le dijo William Booth a un benefactor en 1876, “diciendo que sólo la *comprensión que se experimenta* y la *enseñanza concreta* de la bendición de la santidad pueden hacernos diferentes de las otras organizaciones que nos rodean. Yo digo *Amén*. Y sólo esto, me parece, ya es suficiente para justificar que tengamos una existencia separada”.

En 1879, Bramwell Booth comenzó a dirigir reuniones de santidad entre semana en Whitechapel, una serie que continuó durante toda la década de 1880.

“En cada espacio la multitud se sentaba o permanecía de pie extrañamente mezclada, atraída por el tema trascendente expuesto por el joven maestro”, escribe su biógrafo. “Es imposible estimar la influencia de aquellas reuniones en el Ejército. Su fama llegó a todos los rincones de la tierra. La gente viajaba de todas partes del país y del continente para asistir a aquellas reuniones de Whitechapel.”

“Ese hombre dirige las reuniones de santidad más poderosas de toda Inglaterra”, le dijo el Dr. Cullis a un joven en Boston,

Massachusetts, mientras le mostraba una foto de Bramwell Booth. El joven era Samuel Brengle, quien decidió cruzar el Atlántico para escucharlo. De él oiremos más.

Las reuniones semanales de santidad se replicaron en todos los Cuerpos y se celebraban los domingos por la mañana. En estas reuniones se instaba a los salvacionistas a buscar una profundización de la obra de la gracia en sus vidas.

La salvación tenía que ser una salvación completa, no una experiencia incompleta. Como se recordará, William Booth después del cambio de nombre de la organización escribió: “Somos gente de salvación, esta es nuestra especialidad: ser salvados y mantenernos salvos...”. Y continuó con palabras de la mayor importancia: “Luego seguir buscando ser salvados más y más, hasta que la salvación completa en la tierra genere el Cielo interior”.

Las reuniones de santidad tenían que ver con: “ser salvado más y más”, con Salvacionistas que se acercaban y daban pasos de fe y obediencia hasta que cada parte de su personalidad fuera limpiada, refinada y llena del Espíritu Santo. Se trataba de crear el Cielo en su interior.

Muchos se sintieron atraídos por los altos y casi austeros estándares que se esperaban de los salvacionistas, que incluían la abstinencia de la bebida. “El énfasis del Ejército en la vida santa, adquirida a través de una experiencia de santificación, demostró ser una atracción tan poderosa como su ardiente entusiasmo”, escribe el historiador salvacionista canadiense R.G. Moyles. “Atrajo a sus filas a muchos ex metodistas y gente educada”. Mientras que, a su vez, otros fueron disuadidos por los altos estándares esperados.

“Formar santos debe ser nuestra tarea”, dijo William Booth a Bramwell. “Queremos santos”.

Y, de la arcilla ordinaria con la que mayoritariamente trabajaban, el Señor hizo un número asombroso de ellos.

¡Debemos ir!



George Scott Railton dirige una reunión en Nueva York con las siete Chicas Aleluya

“¡Debemos ir!”, se puso en los titulares El Grito de Guerra del 31 de enero de 1880. “Los Estados Unidos deben ser invadidos por los desesperados de la Salvación”.

Apenas cuatro meses antes, la Teniente Eliza Shirley, de 17 años, que había emigrado a Filadelfia con sus padres, había comenzado allí una Fábrica de Salvación siguiendo las pautas del Ejército. Los informes de prensa hablaban de su éxito. “Esta noticia nos ha llegado como una voz del cielo y no nos deja otra opción”, decía El Grito de Guerra.

La sala de Whitechapel estaba totalmente llena cuando el 12 de febrero de 1881 el General dirigió la reunión de despedida para George Scott Railton y las siete Chicas Aleluya que había nombrado para invadir América, de las cuales sólo una era oficiala.

Cuando Railton y sus Siete Espléndidas entraron marchando (vestidos con uniforme completo por primera vez en la historia del Ejército) el aplauso fue ensordecedor. Catherine Booth obsequió a los pioneros dos banderas del Ejército, una para el Cuerpo de Filadelfia y otra para el primer Cuerpo de Nueva York.

Unos días antes, cuando Elijah Cadman se había despedido de las integrantes norteanas del equipo en Newcastle, había orado: “Señor, si estas damas están totalmente entregadas a ti, acompáñalas, bendícelas y concédeles éxito”. Los fuertes “amén” que acogieron esta súplica se convirtieron en sonrisas mezcladas con carraspeos cuando añadió: “Pero si no son fieles, ahógalas, Señor, ahógalas”.

Las Chicas debieron de preguntarse acerca de estas palabras mientras cruzaban el Atlántico en el S.S. Australia. El barco fue azotado por tormentas invernales, su motor falló y tuvieron que repararlo en alta mar, la comida escaseó hasta que un barco de paso los reabasteció y, lo que debería haber sido un viaje de diez días duró veintiséis.

Pero a los cinco minutos de desembarcar Railton y las siete en el muelle Battery Point de Nueva York, el 10 de marzo de 1880, comenzaron su primera reunión al aire libre en suelo estadounidense.

Railton sabía que la clave del éxito era “llamar la atención”. Pero en Nueva York esto no podía hacerse con reuniones al aire libre como era la manera habitual, ya que las autoridades de la ciudad se habían apresurado a promulgar una ordenanza que prohibía predicar en la calle a cualquier persona que no fuera un ministro ordenado.

Por lo tanto, recurrió a la prensa para que hiciera el trabajo por él. Con su activa ayuda para informarles, los periodistas siguieron desde entonces todos sus pasos, y “todos los Estados leyeron lo que él y su grupo parecían, decían, cantaban y hacían”.

Un juez leyó sobre el Ejército y su trabajo, y cuando Jack Kemp, el borracho más notorio de Nueva York, cuya degradación era legendaria, compareció ante él por enésima vez, hizo algo diferente. En lugar de enviar a Jack a la cárcel una vez más, le ordenó que asistiera al Ejército.

“Jimmy Barril de Fresno”, como apodaban a Jack, se convirtió en el primer convertido de la fuerza invasora. Y debido a su notoriedad la historia se convirtió en noticia de primera plana.

“Vayan por las almas y vayan por las peores”, había dicho William Booth, y comiencen siempre por salvar a la peor persona de la ciudad. Su máxima volvió a funcionar. Noche tras noche, borrachos, ramera y vagabundos de toda la ciudad se dirigían a la calle Baxter para que sus vidas fueran transformadas.

Pero Railton seguía frustrado por la prohibición de las reuniones callejeras. Así que seis días después de llegar a Nueva York marchó al Ayuntamiento, con la prensa a cuestas, y en la escalinata leyó un ultimátum al alcalde que rayaba en la santa insolencia.

Si el alcalde no entregaba por escrito la anulación de la ordenanza en la vivienda de Railton dos días después, antes de las 6 pm, terminaba diciendo, “trasladaré inmediatamente el cuartel general de este Ejército en América a alguna ciudad donde todos los ciudadanos, ordenados o no, disfruten de los mismos privilegios”.

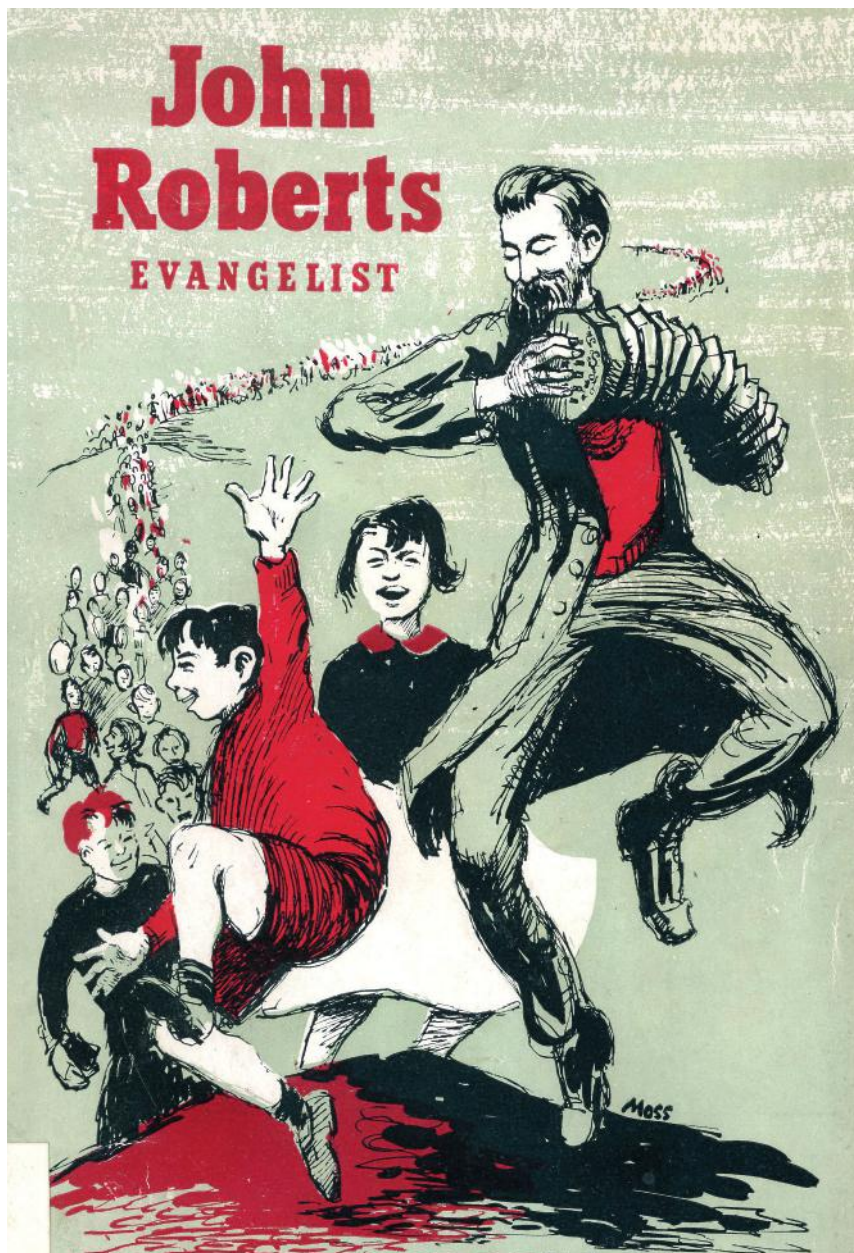
A la prensa le encantó.

El alcalde no respondió, así que dos días después Railton partió hacia Filadelfia, dejando a dos de las Chicas en Nueva York para continuar el trabajo. Al llegar a Filadelfia, entregó la bandera a Eliza Shirley en medio de un gran júbilo.

A los dos meses de desembarcar en Estados Unidos, Railton pudo informar a William Booth que sus fuerzas ya contaban con 16 oficiales, 40 Cadetes y 412 soldados que trabajaban en 10 Cuerpos. Cinco meses más tarde informó que el número total de convertidos había alcanzado los 1.500.

Durante los meses siguientes Railton se dirigió hacia el oeste, sembrando Cuerpos del ejército en su camino, hasta que llegó a San Luis, Missouri. Pero su estancia en América iba a durar sólo un año, porque a principios de 1881 William Booth lo llamó a Londres. Se le necesitaba en casa.

Hoy en día, el trabajo del Ejército en los Estados Unidos es de una escala colosal, y los salvacionistas americanos todavía consideran a Railton como su “santo patrono”.



“Por favor, ¿puedo ir a la reunión?”

Por favor, ¿puedo ir a la reunión de esta noche?”, dijo la tímida niña mientras miraba la cara sonriente y los ojos amables del Capitán John Roberts, el joven oficial del Cuerpo en Blyth.

“Por supuesto que puedes”, respondió, “si consigues entrar”. Las reuniones del domingo por la noche se celebraban en el Central Hall de la ciudad, con capacidad para 1.000 personas, pero cada vez se rechazaba la entrada a más gente porque la sala ya estaba llena.

“Eso es justamente lo que pasa”, insistió ella. “Cada vez que intento entrar, el portero me echa”.

John Roberts se detuvo un momento al ver que la pequeña y desanimada niña comenzaba a alejarse. Un cúmulo de pensamientos contradictorios pasó por su mente. Jesús había dicho: “No se lo impidáis; porque de los tales es el reino de los cielos” (Mateo 19:14). William Booth había dicho que ninguna obra infantil debía comenzar sin su permiso. John Roberts decidió desafiar a su General. Y corrió hacia ella.

“Tengo una idea”, le dijo al alcanzarla. ¿Te gustaría venir a una reunión especial para niños en el salón del Ejército, el viernes a las seis?

“Oh, sí”, dijo ella, con la cara iluminada.

Cuando John Roberts fue a abrir la sala aquella tarde, la calle estaba abarrotada de niños encabezados por su joven amiga.

Aquella reunión infantil del viernes 30 de julio de 1880 fue la primera de este tipo en el Ejército. Y llegaron a ser algo habitual en Blyth

William y Catherine Booth creían apasionadamente que los niños pequeños podían conocer a Jesús como su amigo y Salvador. Bramwell había dirigido a menudo reuniones sólo para niños. Pero la Misión Cristiana no había tenido éxito con sus escuelas dominicales y había disminuido el número de ellas.

En la Conferencia Anual de la Misión Cristiana de 1877, sólo tres años antes de los acontecimientos de Blyth, William Booth había dicho: “Todavía no tenemos ningún plan real que proponer para tratar con los niños. Hasta donde ha llegado nuestra experiencia con las escuelas dominicales, han sido un perjuicio para la Misión dondequiera que han existido”.

Decretó: “Debe entenderse claramente que no debe iniciarse ninguna nueva escuela. De hecho, no debe adoptarse ningún nuevo plan, de ningún tipo, en ninguna parte, sin mi consentimiento.”

¡Y aquí estaba John Roberts haciendo de las suyas!

La idea de las reuniones de niños se extendió rápidamente por el norte, y William Booth visitó Blyth para comprobarlo por sí mismo. Reconoció el éxito cuando lo vio y pudo ver el potencial de lo que estaba sucediendo. Como siempre, estaba dispuesto a cambiar, experimentar y adaptarse, por lo que decretó: “El objetivo de la obra entre los niños es conseguir su salvación, instruirlos en una vida santa y enseñarles a salvar a otros niños a su alrededor”.

Esto reflejaba exactamente lo que los Cuerpos del Ejército estaban tratando de lograr con los adultos, así que nació una idea. ¿Por qué no tener un Cuerpo juvenil con jóvenes soldados que replicara al Cuerpo de adultos y funcionara en paralelo con él?

En 1882 se nombró al Capitán John Roberts para hacerlo realidad, empezando por el Cuerpo del sur de Birmingham.

El plan inicial para los Cuerpos juveniles incluía características alucinantes. Los Cuerpos juveniles debían estar dirigidos por capitanes, tenientes y sargentos que fueran ellos mismos niños.

“El experimento no fue un éxito”, señala la historia oficial en una magistral declaración.

Pronto se reclutaron adultos para dirigir el trabajo. Se adquirieron salas separadas para el Cuerpo de Jóvenes, -en algunos lugares, distantes del salón para adultos, donde el Cuerpo juvenil dirigía su propio programa, con tres reuniones los domingos y una cada noche de la semana.

Muchos Cuerpos de jóvenes desarrollaron su propia brigada de cantores y banda de música paralelas: la compañía de cantores y la banda juvenil.

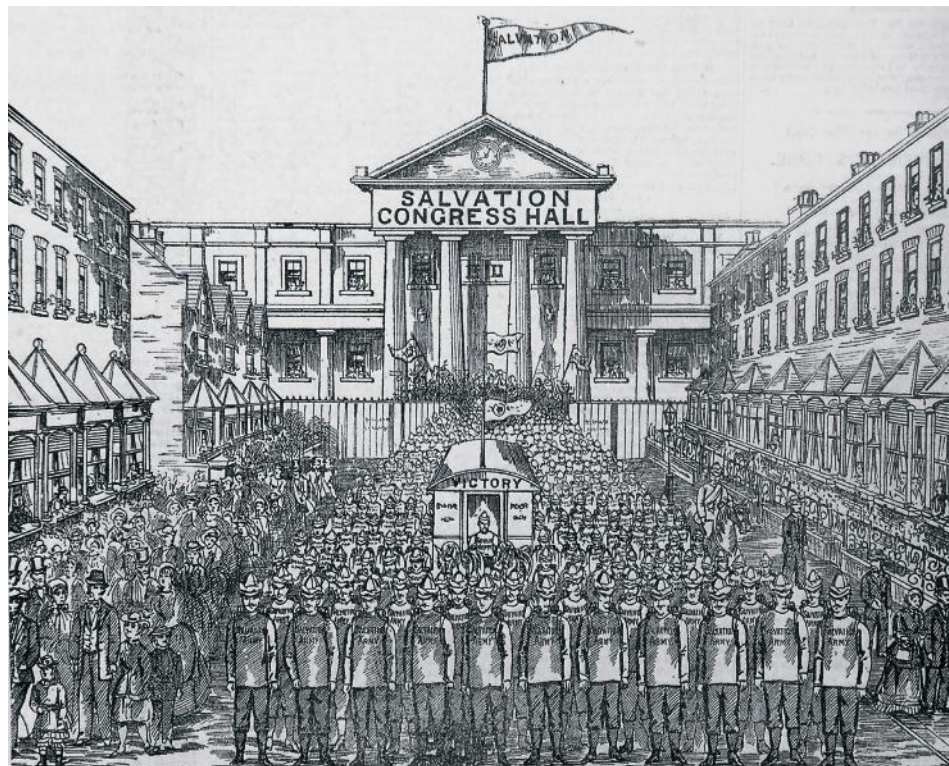
La idea prosperó. Pronto todos los Cuerpos tenían su propio Cuerpo juvenil. Y en todos ellos se celebraba una reunión de “guardianes de compañía” los domingos por la mañana para estudiar el catecismo infantil que William Booth había preparado (Órdenes de Compañía), una reunión de compañías los domingos por la tarde para recibir enseñanzas bíblicas, y la mayoría seguía con una reunión de salvación juvenil a la hora del té. También organizaban diversas actividades para los jóvenes durante la semana.

El concepto de un Cuerpo separado de jóvenes era novedoso y tuvo un éxito inmenso. Con el tiempo se convirtió en uno de los principales medios de divulgación del Ejército.

En tiempos más recientes, a medida que el péndulo ha oscilado hacia un culto centrado en la familia, el Ejército ha vuelto a adaptarse y los Cuerpos han integrado cada vez más el trabajo de sus niños en la corriente principal de su vida.

Pero en nuestra terminología quedan vestigios de una época desaparecida. Nadie pestañea cuando se sigue hablando del “Cuerpo juvenil”.

A pasos agigantados



Desfile de salida del Clapton Congress Hall

A medida que el Ejército se adentraba en el año 1881, su paso se aceleraba. En palabras de George Scott Railton: “Hubo un cambio desde los cortos y rápidos pasos de una infancia saltarina a las sorprendentes zancadas de un joven gigante”. En los años 1881-1883 el Ejército en Gran Bretaña cuadruplicó con creces su tamaño. Al final de ese periodo contaba con 528 Cuerpos y 1.340 oficiales.

La nación despertó como nunca antes al hecho de que tenía un Ejército de Salvación pujante en su seno. La política de atraer la atención había funcionado más allá de lo esperado. El Ejército, recuerda Railton, fue discutido “desde la taberna hasta la Cámara de los Lores”.

Catherine Booth se convirtió en el tema de conversación de las clases acomodadas gracias a una serie de discursos contundentes en el barrio Oeste de Londres, en los que exponía críticamente la hipocresía y atacaba sin miedo al mal. Las salas se llenaron completamente, la prensa publicó las charlas y más tarde se imprimieron en seis libros.

Bajo la dirección del Jefe del Estado Mayor Bramwell Booth, el Ejército también comenzó en esos años a hablar a través de ladrillos y cemento. Hasta entonces, el Ejército había rentado teatros y otros lugares de entretenimiento público para las grandes ocasiones, y se había conformado con edificios más pequeños para las reuniones habituales.

Pero ahora, comenta Railton: “El Ejército estaba listo para ir por las propiedades más grandes que pudieran conseguirse y llenarlas en exceso, con audiencias del tipo que buscaban”.

“La gente no se había recuperado del asombro de encontrarnos en posesión de uno de los edificios más grandes de Londres: el antiguo Asilo de Huérfanos de Londres”, continúa, “que convertimos en una sala de congresos con capacidad para 5.000 personas, y residencia para 250 de los que deseaban convertirse en oficiales, antes de que se enteraran de que también habíamos tomado posesión de las propiedades del “Águila” y “El Griego”, los mayores y más notorios lugares de vicio de la metrópoli”.

La famosa taberna Eagle y su teatro contiguo, el Grecian, con capacidad para varios miles de personas, se encontraban en un gran edificio independiente del Este de Londres. Conseguir esa propiedad se convirtió en una lucha legal muy sonada cuando quienes querían conservarla “al servicio del mal” llevaron el asunto a los tribunales. Catherine Booth, que en aquel momento dirigía una campaña en Irlanda, telegrafió a su marido: “No cedas ni un centímetro; debemos tenerlo; ¡Dios nos lo dará!”.

El jueves 21 de septiembre de 1882, a las seis de la mañana, 1.000 salvacionistas, encabezados por George Scott Railton y una banda de música, marcharon por City Road para tomar posesión legal del edificio. La turba local, indignada por haber perdido su lugar favorito y reforzada por matones a sueldo, se lanzó al ataque. Hubo que llamar a la policía para restablecer el orden.

El General dirigió la reunión inaugural y hubo muchos penitentes. En un año, 7.000 personas, un promedio de casi 20 al día, habían buscado la salvación en el banco de penitentes del ahora “Cuerpo Griego”.

En todo el país se construyeron o compraron grandes salones para adaptarlos. En Bristol, un circo en ruinas se convirtió en el Cuerpo del Circo de Bristol, con capacidad para 2.250 personas. En Oxford Street, Londres, una pista de patinaje se convirtió en el Cuerpo Regent Hall, aún conocido como “la Pista”, que produjo 300 oficiales en sus primeros

seis años. En Hull, donde la Capitana Kate Shepherd dirigía reuniones con 2.500 personas los domingos, se abrió un segundo Cuerpo con capacidad para 3.000 personas en una fábrica de hielo reconvertida.

A finales de 1883 había cinco Cuerpos florecientes en Hull. En Leeds, los seis Cuerpos podían acomodar a 12.000 personas y todos los asientos estaban ocupados los domingos por la noche.

En todas las calles principales, el Ejército se había hecho visible a través de sus locales.

Pero de lo que más se hablaba era de los ataques contra el Ejército. Los salvacionistas siempre habían tenido que lidiar con la hostilidad, pero a medida que el Ejército entraba en la década de 1880, esta hostilidad se tornó agresiva y a menudo violenta.

“En Gravesend, marineros borrachos lanzaron cohetes a quemarropa contra un grupo de chicas que cantaban”, describe Richard Collier en *The General Next to God*. “En Whitechapel, primero ataron a las Chicas como si fueran ganado y luego les arrojaron brasas encendidas. En las noches oscuras, los pandilleros utilizaban aspersores para rociar a las tropas en marcha con alquitrán y azufre encendido. En Hucknall, un Cadete fue golpeado tan salvajemente con un tablón de andamio que estuvo inconsciente durante tres días”.

Había que ser valiente para ser salvacionista. Pero los reportes de prensa de tales ataques “hicieron que ganáramos una gran simpatía tanto de los de arriba como de los de abajo,” escribe Railton, “tal como años de trabajo ordinario nunca podrían habernos procurado.”

Nada, aparentemente, podía detener los pasos del joven gigante.

La Mariscala



Catherine (Kate) Booth –La Mariscala

“KATE, tienes unos instintos extraordinarios. Síguelos y nunca te equivocarás”.

Tras pronunciar estas palabras, William Booth se despidió de su hija Catherine, de 22 años. Estaban de pie en la estación Victoria de Londres en una fría mañana de febrero de 1881, y la Capitana Catherine, conocida como Kate, se dirigía a París con dos Tenientas adolescentes para hacer lo que parecía imposible: abrir el trabajo del Ejército en Francia.

Kate era una poderosa comunicadora desde la plataforma. Las palabras eran su principal arma y siempre hablaba sin notas. Sólo tenía conocimientos básicos de francés, pero su instinto le decía que bajo ningún concepto debía permitir que un traductor se interpusiera entre ella y sus oyentes.

En la primera reunión, un puñado de trabajadores parisinos escucharon su apasionada predicación en un silencio sepulcral. Pero a medida que aumentaba el número de asistentes, el silencio se convertía en burla y chanza. Se burlaban de su francés entrecortado e imitaban su acento de colegiala. Cada palabra o expresión incorrecta era recibida con carcajadas.

A medida que se iba corriendo la voz de estas reuniones alborotadas, algunos de los elementos más rudos de la sociedad, ladrones, asesinos y revolucionarios, eran atraídos a ellas, con lo cual a veces, se convirtieron casi en disturbios. Un sargento de policía, después de echar un vistazo a la sala, regresó a la comisaría e informó: “¡Han metido en esa sala a la mitad de los asesinos de París!”

Kate estaba al borde de la desesperación, pero al cabo de unas semanas llegó el momento decisivo. Una noche, cuando todo se había vuelto ridículo, algunos de los asistentes se levantaron y empezaron a bailar. La reunión parecía perdida, hasta que Kate gritó: “*¡Mes amis* (mis amigos)! Les daré 20 minutos para bailar, si luego me dan 20 minutos para hablar. ¿Están de acuerdo?”

Un obrero alto y apuesto, que había sido uno de los cabecillas de los disturbios, se levantó de un salto y dijo: “Ciudadanos, es juego limpio”, y todos aceptaron. Cuando todos habían bailado el tiempo señalado, el hombre, con su reloj en la mano, gritó: “¡Se acabó el tiempo, ciudadanos, es el turno de la Capitana!” Se hizo un silencio extraordinario.

Kate les dio no sólo 20 minutos, sino una hora y 20 minutos, y tenía la atención de la gente en el puño de su mano. Cuando el público se retiró, Kate fue a dar las gracias al obrero que había permanecido sentado al fondo de la sala. Él abrió su corazón y compartió su historia.

Se llamaba Emile. Había perdido primero a su mujer y luego a su hijo de seis años. “Era un niño precioso”, dijo, “y cuando murió me fui al diablo. En su funeral grité: ¡Si Dios existe, que me mate!”

“Pero no te mató”, dijo Kate con dulzura. “Es muy paciente con todos nosotros. Y ahora has venido aquí esta noche y estamos hablando juntos. ¿No es porque Dios pensó en ti y te ama?”

Kate oró arrodillada. Como confesaría más tarde, aquella noche oró dos veces. Oró por la salvación de Emile, pero también por su propia liberación de la duda, el miedo y el desánimo.

Y ambas oraciones fueron escuchadas. Cuando abrió los ojos, vio el rostro del hombre bañado en lágrimas. “¿Es posible que perdone a un pobre pecador como yo?”, preguntó. “Es cierto”, afirmó ella.

Algunas noches después dio su primer testimonio:

“Ciudadanos, todos ustedes me conocen. A este Dios a quien antes odiaba, ahora lo amo”.

Emile fue el primer parisino en hacerse salvacionista y, a partir de la noche de su conversión, fue el guardaespaldas de Kate, calmando a las multitudes y enfrentando a cualquiera que la amenazara.

Después de esto, las conversiones se hicieron frecuentes. El banco de penitentes rara vez estaba vacío. Pronto se sentaron en la plataforma muchos salvacionistas franceses cuyas vidas habían sido transformadas por Cristo. Y en poco tiempo la obra de la “*Armée du Salut*”, como se dice en francés Ejército de Salvación, estaba firmemente establecida en Francia.

Tal era el carisma de Kate que comenzaron a llamarla “La Mariscala” (en francés, *La Maréchale*), y bajo su liderazgo el Ejército en Francia creció a un grado que rayaba en lo milagroso. Sus instintos eran franceses y los siguió. Con el tiempo se convirtió en una celebridad en aquel país.

Seis años después de llegar a Francia, Kate se casó con el Coronel irlandés Arthur Clibborn, con quien llegaron a tener 10 hijos. *La Maréchale* dirigió el Ejército en Francia durante 15 años antes de que ella y su esposo fueran nombrados a los Países Bajos, dejando tras de sí 220 Cuerpos y Avanzadas, varios Centros sociales y 400 oficiales.

Más tarde, los Booth-Clibborn se establecieron en Inglaterra. La Mariscala se convirtió en una reconocida evangelista internacional. Pero hasta el día de su muerte, a los 96 años, sostuvo que su primer amor fue Francia.

El primer caballero de Booth



Frederick St. George de Latour Tucker – más tarde: Frederick Booth-Tucker

“Alabado sea el Señor por enviarnos tanto cerebros como corazones”, escribió William Booth en una nota a Catherine. Acababa de conocer a Frederick St. George de Latour Tucker, un juez y comisionado asistente del Servicio Civil Indio, y estaba impresionado.

El juez Tucker, casado y de 28 años, era un caballero bien nacido y educado que se movía con soltura en los círculos más distinguidos. Dominaba el urdu, el indostaní y el sánscrito.

Después de encontrar una copia de El Grito de Guerra de Navidad de 1880, se había entusiasmado tanto con el concepto del Ejército de Salvación que había tomado un permiso de cuatro meses de su puesto en Dharmasala, y había vuelto rápidamente a Gran Bretaña para ofrecer sus servicios a William Booth.

El General le sugirió que trabajara con algunos oficiales durante su licencia antes de tomar cualquier decisión. Al final de este periodo, Tucker dimitió de la administración pública india y William Booth lo nombró Mayor. Su esposa Louisa volvió a casa para reunirse con él.

Se presuponía que Tucker sería pionero del Ejército en la India: Tradujo canciones al indostaní y preparó un cancionero para ese día. Pero el General era cauteloso.

Se habían enviado oficiales a Estados Unidos y Francia, e inmigrantes británicos con conexiones previas con el Ejército habían iniciado el trabajo en Australia y Canadá.

Pero la India era diferente: sería un servicio misionero.

Pasó un año antes de que William Booth sintiera que el Ejército estaba preparado para añadir esta dimensión a su expansión.

Cuando llegó el día, el mayor Tucker y su esposa, con dos oficiales hombres, una oficiala y una hermana en la fe, se embarcaron rumbo a la India. Al pasar por el Canal de Suez, la hermana enfermó y la Sra. Tucker la acompañó de vuelta a casa. Así que fue un grupo de sólo cuatro el que llegó a Bombay el 19 de septiembre de 1882.

“Métete en su pellejo, Tucker”, le había dicho William Booth. Pero Frederick estaba decidido a hacer aún más que eso. También se meterían en sus ropas, adoptarían el estilo de vida de los más pobres y vivirían con ellos compartiendo sus dificultades.

Por eso, cuando Tucker y su grupo desembarcaron iban vestidos con chaquetas amarillas hasta las rodillas, pantalones, turbantes y chales. Los que reconocieron al juez Tucker de antes se escandalizaron, y el superintendente de policía quedó desconcertado.

El Gobernador de Bombay había sido advertido desde Londres de que el Ejército de Salvación estaba a punto de “invadir” la India. Se temía que una reacción fanática de la población hindú y musulmana pudiera desencadenar disturbios y derramamiento de sangre, por lo cual se había enviado policía extra.

“Esperábamos que llegaran mil”, dijo tímidamente el superintendente de policía. Pero la marcha de los cuatro hacia la ciudad, con Tucker al frente con la bandera y los demás tocando la trompeta, el tambor y la pandereta, fue suficiente para desencadenar una conmoción que obligó la intervención policial.

Al día siguiente marcharon al mercado de Crawford para “abrir fuego” en una tienda. Les seguían “carros de guerra”, como llamaron a las carretas de bueyes que Tucker había alquilado. La marcha causó sensación, una gran multitud

se reunió en la carpa, cantaron canciones del cancionero indostaní y Tucker se mostró muy elocuente.

Pero entonces, “cayó el hacha”: El comisario de policía decretó que no habría más marchas. Tucker sabía que el decreto era ilegal, pues las procesiones religiosas se celebraban todo el tiempo, por lo cual, al día siguiente llegó el enfrentamiento. Cuando los cuatro marcharon encontraron la carretera bloqueada por una formación de policías, algunos a pie y otros a caballo.

“En nombre de Su Majestad, la Reina de Inglaterra y Emperatriz de la India”, dijo dramáticamente el jefe de policía, “les ordeno que se dispersen”.

Tucker se adelantó y con la mano levantada replicó con voz clara: “En nombre de Su Majestad, el Rey de reyes y Señor de señores, les ordeno *a ustedes* que se aparten.”

Pero, a pesar de la invocación del Todopoderoso, fue una batalla desigual y los salvacionistas fueron arrestados.

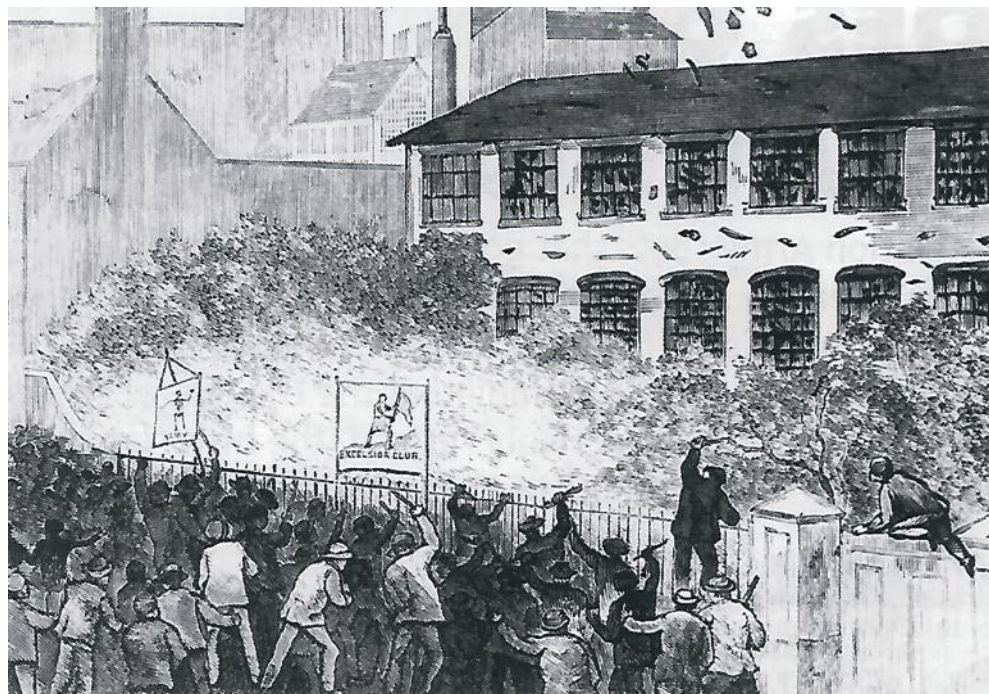
Ahora existía un estado de guerra entre el Gobernador de Bombay y el Ejército. Duraría seis largos meses, durante los cuales los salvacionistas siguieron marchando y siendo arrestados y encarcelados.

Tucker luchó contra la prohibición en los tribunales, y al final se llegó a un compromiso por el que se permitía al Ejército marchar siempre y cuando no entrara en zonas musulmanas.

Frederick Tucker dirigiría el Ejército en la India durante un total de 20 años. Tras la muerte de su esposa Louisa, se casó con Emma Booth, la segunda hija de William y Catherine y adoptó el apellido Booth-Tucker.

El Comisionado Frederick Booth-Tucker no sólo fue el primer caballero de Booth, sino también el primer misionero del Ejército, así como el más notable.

Los Esqueletos atacan



“Los Esqueletos” atacan el salón del Ejército de Salvación en Worthing

“Esta prohibición de marchar debe ser combatida”, escribió a su General la menuda Capitana Ada Smith, de 23 años, oficiala directiva del Cuerpo de Worthing. William Booth sólo podía estar de acuerdo: había trabajado duro para impulsar a las autoridades de todo el mundo a defender el derecho a la marcha pública y no temía por la adormecida Worthing. Poco sabían ninguno de los dos lo que estaba a punto de desencadenarse.

A las dos de la tarde del domingo 17 de agosto de 1884, los salvacionistas de Worthing, encabezados por la Capitana Ada, salieron de su salón en Montague Street y marcharon, sin saberlo, directamente a los puños de los Esqueletos que les estaban esperando. Este grupo rudo y agresivo se mofó de ellos mientras ondeaban su bandera negra con una calavera y dos huesos cruzados.

El Ejército de los Esqueletos de Worthing podía reunir a miles de soldados, con cientos de ellos listos para atacar en cualquier momento. Como todos los otros grupos de Esqueletos que acosaban a los salvacionistas en el sur de Inglaterra, fueron movilizados por el comercio de bebidas. Pero en Worthing, la gente respetable de la ciudad también los apoyaba, temiendo que las marchas del Ejército amenazaran la fama de la ciudad como balneario.

Cuando la Capitana Ada y sus salvacionistas avanzaron por la calle, los Esqueletos los rodearon y les aullaron obscenidades. Los agentes especiales, de la policía, siguiendo sus órdenes, ocuparon las aceras. Y entonces, mientras una multitud de

varios miles observaba horrorizada, los Esqueletos atacaron.

“El plácido tramo de Bath Place”, describe Richard Collier, “se convirtió de repente en un mar de hombres gritando y luchando entre polvo de ladrillo y vidrios rotos. El estandarte rojo y azul de “Sangre y Fuego” se balanceó y luego cayó como un árbol talado. Agitando sus bastones, la policía irrumpió; los Esqueletos se defendieron con botellas y patadas”.

En el tumulto, los salvacionistas consiguieron volver a su salón. Pero los Esqueletos habían probado la sangre. El lunes por la noche lanzaron piedras a través de las ventanas del salón del Ejército, bañando a los salvacionistas con vidrios rotos. Cuando la policía se llevó a su líder, destrozaron la comisaría.

Ya con 4.000 hombres, se dispusieron a incendiar el negocio de la calle Montague del salvacionista George Head, que había alquilado su local contiguo al Ejército. No lo consiguieron, pero en la pelea que siguió hubo disparos.

El miércoles, el líder de los Esqueletos y otros dos cabecillas fueron condenados a un mes de trabajos forzados en la prisión de Portsmouth. La turba enfurecida juró que nunca permitiría que los saquen de Worthing para cumplir su condena, y grupos de ellos recorrieron las calles en un horrible ambiente de violencia. Al anochecer, el magistrado en jefe, Teniente Coronel Thomas Wisden, consideró que no le quedaba otro recurso que convocar a los militares. A las 9 pm, un escuadrón de 40 Guardias Dragones, vistiendo chaquetas rojas con ribetes azules, irrumpió en la ciudad. Esto solo enardeció aún más a la multitud. A las 23:20, tras exhortarles repetidamente para que se disolvieran, el magistrado subió a la escalinata del ayuntamiento y, por única vez en la historia de Worthing, aplicó la Ley de Disturbios.

La caballería hizo una carga cerrada contra la masa de enardecidos, los caballos se encabritaron y corcovearon, pero hasta altas horas de la madrugada los últimos alborotadores no volvieron a sus casas.

Sin embargo, los Esqueletos no se habían rendido. Se corrió la voz de que pretendían quemar vivas a la Capitana Ada y a sus tropas en el salón de Montague, así que cuatro agentes la vigilaban de día y seis salvacionistas armados de noche.

Durante tres semanas hubo una tregua incómoda. El jefe de policía no corrió riesgos y alistó a 230 agentes especiales más. De repente, se recrudecieron los disturbios en las calles y volvieron a producirse detenciones. Los Esqueletos invadieron el salón del ejército durante las reuniones y lanzaron insultos desde el banco de penitentes. La tienda del Sr. Head fue atacada de nuevo, y cuando disparó a los Esqueletos uno de ellos resultó herido en la cara.

George Head fue juzgado en los tribunales de Kent y Sussex. La declaración de “inocente”, porque había actuado defendiendo su propiedad, fue recibida con alivio.

El veredicto marcó el final de la batalla de Worthing. Ahora, cuando la Capitana Ada y sus salvacionistas marchaban los domingos, agentes especiales se alineaban en la ruta como si fuera una procesión real, y muchos comerciantes importantes, como si estuvieran cumpliendo una penitencia, se ponían brazaletes blancos y hacían guardia en las reuniones al aire libre.

A escala nacional, los ataques de los Esqueletos alcanzaron su punto álgido en 1883 y luego comenzaron a desaparecer. Dejaron un rastro de heridas y destrucción a su paso, y en algunos casos incluso la muerte. Muchos se preguntaban si el Ejército podría sobrevivir. Pero, gracias al coraje de miles de salvacionistas, lo hizo.

Cuando en 1882 el General y la Sra. Booth se vieron envueltos en un salvaje disturbio en Sheffield, el respetado Miembro del Parlamento de Birmingham, John Bright, le escribió palabras que animaron a los salvacionistas que eran asediados en todas partes: “La gente que les acosa, habría acosado a los Apóstoles”.



Los Esqueletos lanzan gatos y ratas muertas a los salvacionistas



William Booth (a la izquierda) permanece valientemente en el carruaje, con la Sra. Booth a su lado, mientras los Esqueletos atacan una marcha del Ejército en Sheffield

22

La calumnia se suma a los disturbios

“Deme cien ejemplares de ese folleto, por favor”, dijo el dueño del bar al empleado de la imprenta. “Es justo el tipo de información que necesitamos difundir sobre este vil Ejército que está arruinando nuestro negocio”. En pocos días había ejemplares de esa publicación en todas las mesas de su bar y en las de todos los bares cercanos.

El título del folleto, “El Ejército de Salvación: un negocio para hacer dinero”, alimentaba directamente la frecuente calumnia de que el general Booth se enriquecía sacándole dinero a los pobres. Pero al día siguiente de ponerlos, todos los folletos fueron retirados, pues cuando el tabernero lo leyó en su casa esa noche, su cara se había enrojecido con cada página. El folleto estaba escrito por un admirador del Ejército de Salvación que contaba historias de cómo las finanzas personales de antiguos borrachos se habían transformado después de haberse convertido en el Ejército. “Le salió el tiro por la culata”, comenta el historiador oficial.

Los cerveceros necesitaban ganar la batalla mental, ya que no estaban ganando la batalla física. Los salvacionistas estaban demostrando ser demasiado resistentes. A pesar de que 669 oficiales y soldados fueron agredidos y 56 salones destrozados sólo en el año 1882, nada parecía quebrar su espíritu.

El incontenible Elijah Cadman se enorgullecía de terminar las marchas habiendo recibido un montón de ratas y gatos muertos que, “para detenerlos, les arrojaban, como munición fresca”, explicaba. Los salvacionistas que marchaban

aprendieron a esquivar los “huevos del Ejército de Salvación” que les lanzaban: huevos que los mafiosos habían enterrado en el suelo para convertirlos en proyectiles podridos.

Un nuevo convertido ingenioso se metió bajo la espalda de su camisa una tabla delgada llena de tachuelas, con las puntas hacia afuera, como aprendieron para su consternación, aquellos que lo golpeaban por detrás. Cuando el oficial de su Cuerpo le recordó que los salvacionistas no tomaban represalias, él astutamente respondió: “Fue usted quien nos predicó acerca de ser prudentes como serpientes y sencillos como palomas”.

Pero una extraña alianza de quienes William Booth llamó “los que profesan la religión y los que la odian” amenazaría al Ejército con sus calumnias hasta el final del siglo.

“La oposición más persistente e implacable que el Ejército de Salvación tuvo que enfrentar provino menos de las tabernas que de las casas de los párrocos”, recuerda Bramwell Booth. “Por una vez, ¡los hijos de este mundo fueron superados en malevolencia por los hijos de la luz! Se difundieron todas las calumnias imaginables contra nosotros, incluso que nuestras reuniones promovían la inmoralidad y la promiscuidad”.

Sin embargo, el Ejército contaba con el apoyo de varios obispos y clérigos, hasta el punto de que en 1882 la Iglesia de Inglaterra inició conversaciones con William Booth para explorar la posibilidad de que el Ejército se uniera a ellos. Ya en 1872, William Booth se había preguntado por un momento si podría “unir nuestra misión, como un pequeño barco, a alguna denominación religiosa existente”. Pero el barco ya no era tan pequeño. Las conversaciones con la Iglesia de Inglaterra no llegaron a nada: William Booth valoraba demasiado su independencia y la del Ejército.

Las denuncias siguieron llegando, incluso de los sectores más inesperados. Alcanzaron su clímax, y su colmo de absurdo, cuando el gran conde de Shaftesbury, famoso por tener en su haber la promulgación de más leyes benévolas que ningún otro

ser humano, declaró solemnemente que siguiendo un estudio cuidadoso del Apocalipsis había llegado a la conclusión de que el Ejército de Salvación era el “anticristo”. Esto llevó a un admirador del Conde a afirmar que las letras en el nombre de William Booth significaban “666”, ¡la marca de la bestia!

William Booth dio plena cobertura en El Grito de Guerra tanto a los ataques físicos como a las calumnias contra el Ejército. Los informes atraieron la atención, mantuvieron al Ejército ante la opinión pública y, con el tiempo, hicieron que el peso de la opinión pública lo respaldara.

Los ataques fueron dolorosos, pero el Ejército creció más rápidamente durante los primeros años de la década de 1880, cuando sufrió la persecución más intensa, que en cualquier otro momento de su larga historia. En el transcurso de los cinco años que van de 1881 a 1885, un cuarto de millón de personas se arrodilló ante los bancos de penitentes del Ejército en Gran Bretaña.

“¿Están siendo suficientemente perseguidos?”, preguntó Railton con agudeza a través de “El Grito de Guerra” en 1883, argumentando que la aceptación pública, podría ser una señal de que nuestro cristianismo no es suficientemente agresivo. El artículo hacía eco de la frase de Jesús: “¡Ay de ustedes, cuando todos los elogien! Dense cuenta de que los antepasados de esta gente trataron así a los falsos profetas” (Lucas 6:26 NVI), una admonición que hace reflexionar y desafía a los salvacionistas de cualquier época



Thomas Coombs

23

Demasiado inteligente para el Ejército

EL MAYOR Thomas Coombs, comandante divisional en Gales del Sur, sonrió al leer el recorte de periódico que le había enviado un salvacionista canadiense. El periodista que escribía, estaba convencido de que el Ejército nunca echaría raíces en ese Dominio británico. “Los canadienses son demasiado inteligentes para el Ejército de Salvación”, se burló.

Tom Coombs había recorrido un largo camino desde que, cuando era un joven borracho en Wellingborough, solía salir de la taberna para insultar a los salvacionistas cuando pasaban. Convertido a la edad de 16 años, pronto fue oficial de Cuerpo, y ahora a la edad de 24 años había sido nombrado como el primer comandante territorial para Canadá, con el rango de Comisionado. Tom Coombs hizo una nota mental para romper el hielo en su reunión de bienvenida citando el recorte de periódico.

En la bienvenida del matrimonio Coombs en Toronto, en junio de 1884, “unos mil soldados marcharon por las calles, 2.000 personas se sentaron a tomar el té que se sirvió y 120 respondieron al llamado para ser oficiales”. Entonces, ¡muchos de los canadienses eran demasiado inteligentes para el Ejército!

El Ejército en Canadá había comenzado dos años antes cuando dos jóvenes salvacionistas que habían llegado de Inglaterra, Jack Addie y Joe Ludgate, se conocieron en la ciudad canadiense de Londres, Ontario, y celebraron reuniones del Ejército allí en mayo de 1882.

Desde ese momento se estaban abriendo Cuerpos “con una rapidez asombrosa”. A finales de 1883, sólo 18 meses después de que el Ejército se había puesto en marcha en Canadá, más de 200 Cuerpos y avanzadas estaban siendo atendidos por 400 oficiales. Al principio, el trabajo estaba bajo la supervisión del territorio de los Estados Unidos, pero con la llegada del Comisionado Coombs, Canadá se convirtió en un territorio separado.

Los paralelismos con lo que el Ejército estaba experimentando en Gran Bretaña eran casi asombrosos.

Los jóvenes oficiales competían entre sí para idear formas cada vez más extravagantes de atraer la atención de la comunidad. “Lo más emocionante”, cuenta el general Arnold Brown, “era la marcha del ‘Aleluya fugitivo’, en la que el Capitán, haciéndose el loco, salía corriendo de la reunión que tenían al aire libre, con un centenar de soldados corriendo tras él. ¡Y esto funcionaba! Una multitud se unía a la persecución, atravesaban las puertas del Cuerpo y allí iniciaban una reunión muy animada antes de que los desprevenidos cautivos pudieran escapar”.

Hubo una oposición brutal por parte de los “ejércitos del esqueleto” y los “alquitranados”, oposición en la que a veces los “Salvadores” obtuvieron un apoyo inesperado. En Londres, Ontario, celebraban una reunión al aire libre en terrenos donde acampaban militares, cuando una turba se abalanzó sobre los salvacionistas. “El militar a cargo”, informa el oficial del Cuerpo, “corrió con la espada desenfundada y gritó: ‘pelotón 29, tomen el campo y formen un anillo’. En un minuto nuestra rueda estaba perfectamente formada, con chaquetas rojas a nuestro alrededor y nuestra reunión continuó. Cuando terminamos, los militares nos escoltaron a ambos lados hasta que salimos del lugar, llegando bien a casa”.

Y fueron las mujeres oficiales las que ocuparon el primer plano. La sorprendentemente bella Capitana Abigail Thompson, de 20 años, conocida por todos como “Capitana

Abby”, se hizo tan famosa en Kingston, Ontario, que durante su estancia allí en 1883 el primer ministro canadiense Sir John Macdonald asistió en ocasiones a sus reuniones en el “Templo de Abby”.

La prensa local describió una de esas ocasiones: “Mientras Abby tenía la lectura bíblica, apareció Sir John Macdonald. Mientras caminaba por el pasillo, la gente estiraba el cuello para verlo y actuaba como si nunca lo hubieran visto antes”.

“La Capitana Abby dejó de leer y dijo: No armen un escándalo. Es solo un caballero y todos lo conocen. Si me atreviera lo entrevistaría en la plataforma y sus rostros se volverían hacia aquí. Préstense atención”.

“Un momento después cerró su Biblia y comentó: ‘Estaba pensando que, si el Señor hubiera aparecido tan repentinamente como este caballero, habría más ruido, confusión, y pocas sonrisas’. Luego procedió a exhortar a la gente a vivir de modo que se alegraran en lugar de temer la segunda venida del Salvador”.

Antes de que terminara su nombramiento de 10 meses como oficial directivo, había en el puerto un yate llamado Capitana Abby, y los habitantes de Kingston usaban para bañarse un jabón de fabricación local, marca “Aleluya Abby”.

Bajo el liderazgo del Comisionado Thomas Coombs, el Ejército se convirtió en el movimiento evangélico de mayor crecimiento en Canadá. Después de dirigir el Ejército en Australia y el Reino Unido, regresó a Canadá en 1904 como comandante territorial, para seguir haciendo crecer al Ejército a partir de los cimientos de los espectaculares logros de los primeros años.

El Mariscal de Australasia



Ballington Booth

Una de las primeras cosas que hizo Ballington Booth al llegar a Australia fue enviar a su prometida Maud Charlesworth, que vivía en Inglaterra, un anillo de compromiso de oro australiano grabado con la palabra bíblica “Mizpa”, que en Génesis 31:49 leemos que significa “Atalaye (vele) Jehová entre tú y yo cuando nos apartemos el uno del otro”.

Era agosto de 1884, y el Coronel Ballington, el segundo hijo de los Booth, de 27 años, había sido enviado por su padre junto con el Mayor T. Henry Howard a inspeccionar las obras emergentes en Australia y Nueva Zelanda.

Cuando tenía diecisiete años, Maud Charlesworth había trabajado con *La Maréchale* en Francia y Suiza. Ballington, que era el director de la Escuela de Cadetes en Londres, le había propuesto matrimonio en París cuando ella tenía dieciocho años y esperaban casarse pronto. Pero su padre, el reverendo Samuel Charlesworth, se había negado a dar su consentimiento, diciéndole: “Al casarte con Ballington Booth, te estarías casando con el Ejército de Salvación, y a eso me opongo rotundamente”.

Maud estaba dispuesta a desafiar a su padre, incluso si eso significaba casarse con el Ejército de Salvación, pero tendría que esperar hasta los 21 años, cuando legalmente ya no necesitaba su consentimiento.

Debido a que la única joya que se les permitía llevar a los oficiales era un anillo de boda, la Capitana Maud llevaba su anillo de compromiso oculto en una cadena alrededor de su cuello.

Ballington, alto, bien parecido, fogoso, el favorito de todos, fue recibido con entusiasmo por los oficiales y soldados de Melbourne. Fue el primer Booth en pisar el continente. La obra en Australia había comenzado cuatro años antes, cuando el 5 de septiembre de 1880 dos inmigrantes salvacionistas ingleses, John Gore y Edward Saunders, habían celebrado una reunión al aire libre en el Jardín Botánico de Adelaida. Las palabras finales de John Gore en esa ocasión prefiguraron el Ejército de la mano amiga: “Si hay alguien aquí que no ha comido hoy, que venga a casa conmigo”.

Los dos pioneros le pidieron al general Booth que enviara oficiales, y éste no tardó en nombrar a una pareja de oficiales para que se hicieran cargo del trabajo.

Cuando Ballington llegó en 1884, el trabajo ya se había extendido rápidamente y varios oficiales australianos habían sido comisionados. Sólo en Melbourne, 3.600 soldados se reunieron a principios de ese año para “la marcha más grandiosa jamás vista en Australia”. Y después de su llegada, Ballington, participó en una marcha de antorchas en la que 800 borrachos salvados atravesaron calles abarrotadas hasta llegar a la casa de gobierno.

Ballington y Henry Howard quedaron impresionados por la vitalidad y la compasión que vieron, pero también les preocuparon los errores cometidos por oficiales sin formación. “Un ejército de leones dirigidos por asnos”, escribió Henry Howard desesperado tras visitar un Cuerpo.

Cuando Ballington envió su informe a su padre, William Booth respondió con la decisión que le caracterizaba. Para sorpresa de Ballington, en abril de 1885 se lo nombró a cargo del Ejército en Australasia, con el título de Mariscal, con Henry Howard como jefe de Estado Mayor. La gira de inspección había dado un giro inesperado.

El mariscal Ballington esperaba con entusiasmo ministrar en Nueva Zelanda, donde los trabajos habían tenido un comienzo asombroso sólo dos años antes. William Booth había enviado

al Capitán George Pollard, de 19 años, y al Teniente Edward Wright, de 20, para abrir la obra allí, celebrando su primera reunión el 1 de abril de 1883.

Juntos pusieron en marcha un plan audaz. George Pollard trabajó hacia el norte desde Dunedin y Edward Wright hacia el sur desde Auckland. Cuando después de sólo nueve meses, George Pollard convocó a su recién formado ejército a un congreso en Dunedin, ya contaba con 30 oficiales, 600 soldados uniformados, cinco bandas de música y ¡5.000 convertidos! Ningún salón de la ciudad era lo bastante grande para contenerlos a todos.

Mientras Ballington recorría su extenso comando para estimular a las tropas y salvar almas, esperaba que su padre no olvidara que el 13 de septiembre de 1886 su amada Maud cumpliría 21 años. Y el General no lo hizo. En febrero de 1886 Ballington recibió órdenes de regresar a Gran Bretaña, y llegó a casa a tiempo para encabezar la delegación australiana en el Congreso Internacional de 1886, que se celebró del 29 de mayo al 4 de junio.

Tres días después de que Maud cumpliera 21 años, William Booth celebró su boda en el Salón de Congresos Clapton. Maud entró al salón del brazo de un cuñado, ya que el reverendo Samuel Charlesworth se negó a asistir.

Siete meses después, en abril de 1887, el Mariscal Ballington Booth y su esposa, llegaron a Nueva York como los recién nombrados Comandantes Nacionales *conjuntos* del Ejército en los Estados Unidos. Los salvacionistas norteamericanos estaban encantados de tener a dos Booth como sus líderes, y el hecho de que su Mariscal tuviera sólo 29 años y su Sra. Mariscal sólo 21 aumentó su expectativa.



La Comandante Eva Booth, con la vestimenta habitual con la cual servía mientras vivía en los peores barrios bajos de Londres, lista para dar una conferencia sobre su ministerio allí

25

“Dios mío, ¿quién me ha besado?”

La Capitana Eva Booth, de diecinueve años de edad, oficiala del Cuerpo de Great Western, estaba parada frente a las enormes puertas de la prisión. Iba vestida con una falda raída, un delantal roto y un chal con flecos sobre los hombros, su uniforme habitual cuando trabajaba en los barrios bajos de Marylebone, en el corazón de Londres.

Eva oyó voces y pisadas que se acercaban. Una mujer de pelo negro enmarañado, con la cara llena de moratones y cicatrices y la ropa manchada de sangre, protestaba a voz en cuello mientras los policías la empujaban hacia la prisión.

“¿Qué puedo hacer?”, pensó Eva. “¿Ofrecer una oración?”, no hay tiempo. “¿Cantar?”, ridículo. “¿Ayudarla?”, no encontraba cómo.

“No sé si por la sugerencia de un ángel o no,” recuerda, “pero impulsada por un ardiente deseo de hacer algo, cuando pasó junto a mí di un paso adelante y la besé en la mejilla”.

Tal vez mi acción sorprendió a los policías, pero la mujer se soltó, miró a su alrededor y gritó: “Dios mío, ¿quién me ha besado? Nadie me ha besado desde que murió mi madre”.

Al día siguiente, cuando Eva visitó a la mujer en su celda, el guardia le dijo: “Finalmente, se ha vuelto loca. Sólo se la pasa repitiendo la pregunta: ‘¿Quién me ha besado?’”

Eva se sentó con la detenida, escuchándola relatar cómo su madre moribunda la había besado. Luego, tomándola de la mano, Eva le habló del Salvador que la había amado tanto como su madre y que podía redimirla de sus pecados.

La mujer aceptó a Cristo como su Salvador y durante muchos años ministró a mujeres oprimidas por un trauma, como lo había estado ella.

Cuando William Booth en 1885 nombró a su pelirroja hija Eva al Cuerpo de Great Western, éste se había convertido en el gran elefante blanco del Ejército. Su gigantesco auditorio, con capacidad para 3.000 personas, permanecía vacío la mayor parte del tiempo. Sólo 14 personas acudieron a su reunión de bienvenida. Si alguien podía darle vida al Cuerpo, razonó el General, sería Eva.

Eva aplicó lo que había aprendido en la “casa de entrenamiento” para mujeres Cadetes, donde había puesto en marcha la Brigada del Sótano, la Alcantarilla y el Desván: Viviría entre su gente como una más de ellas.

Los habitantes de esos barrios bajos se preguntaban por aquella figura mal vestida y de manos suaves que había llegado para vivir entre ellos. Pero, a medida que Eva barría y fregaba el suelo, cuidaba a los enfermos, escuchaba con compasión a las madres desesperadas que le contaban sus desgarradoras historias y les traía palabras de esperanza, se fue ganando sus corazones.

Una noche, cuando una joven salvacionista del Cuerpo regresaba a casa después de vender El Grito de Guerra en los bares, se acercó a una joven con un carrito de papas calientes para calentarse las manos. Asombrada, vio que la vendedora era su propia Capitana con un chal de lana sobre su cabeza y hombros.

“Señorita Eva”, exclamó, “¿qué hace usted en el frío, tan tarde en la noche? Se va a enfermar”.

Eva le respondió: “Quiero saber lo que se siente pasar frío, ser pobre y estar sola. No puedes entender cómo se siente la gente pobre hasta que no lo has experimentado tú misma”.

Eva celebraba reuniones nocturnas en el Cuerpo, y antes de cada reunión llevaba a sus convertidos a una esquina de la calle para celebrar una reunión al aire libre. Los curiosos

que acudían al Cuerpo, y que vivían en los barrios pobres, se sorprendían al verla vestida con el uniforme del Ejército de Salvación.

Con sus brillantes reuniones y su ardiente predicación dramática, la mayoría de las noches, los pecadores encontraban la salvación arrodillados frente al banco de penitentes. Eva los mantenía ocupados a partir del día siguiente, para que no volvieran a las tabernas. Pronto la congregación aumentó a varios cientos. ¡Ella le había devuelto la vida al Cuerpo!

Eva fue pionera en lo que pronto se conoció como los “Cuerpos de los bajos fondos” y, más tarde, “Cuerpos (o Centros) de buena voluntad”, una labor que el periodista Hugh Redwood hizo famosa en los años treinta con su libro “Dios en los bajos fondos”. En el Reino Unido, los Cuerpos de buena voluntad dejaron de administrarse como una rama separada de servicio a principios de la década de 1990, no porque hubieran fracasado, sino porque habían tenido éxito. El creciente énfasis en el servicio comunitario basado en los Cuerpos había convertido a la mayoría de los Cuerpos en Cuerpos de buena voluntad.

Eva pagó un alto precio por los dos años que pasó en Marylebone. Enfermó de una forma virulenta de escarlatina y durante varios meses su vida estuvo en peligro. Cuando se recuperó, se dio cuenta de que había perdido para siempre su hermosa cabellera pelirroja. Tuvo que usar pelucas el resto de su vida. Eran de un sobrio color oscuro, hasta que le agregó algunos matices grises, recién cuando se convirtió en la generala Evangeline Booth

La chica Armstrong

“¿QUIÉN en todo el mundo civilizado no ha oído hablar de Eliza Armstrong?”, exclamó George Scott Railton en 1886.

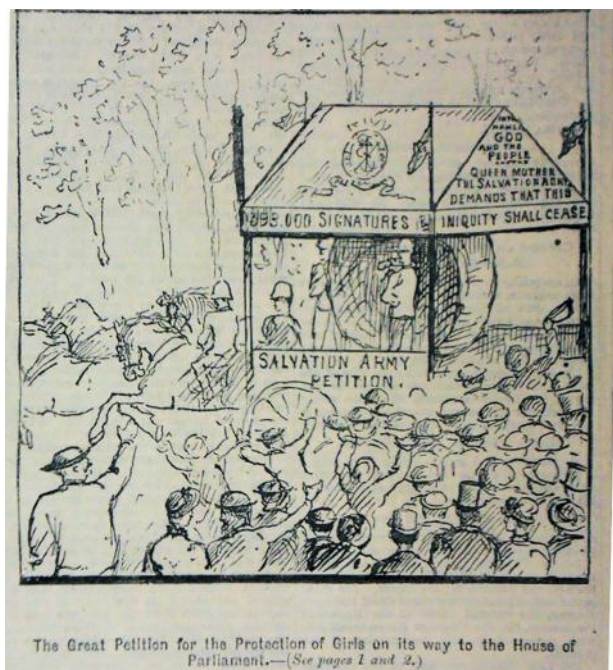
El año anterior, Eliza, de 13 años, había sido víctima de un simulacro de secuestro ideado por William T. Stead, editor del periódico *Pall Mall Gazette*, para demostrar lo fácil que era comprar y vender niños con fines sexuales. Para ello contó con la ayuda de Bramwell Booth y la salvacionista Rebecca Jarrett, una prostituta y encargada de un burdel convertida. En octubre de 1885, estos tres y otros fueron juzgados por sus acciones en Old Bailey.

Miles de personas se agolparon fuera del tribunal el primer día. La prensa publicó detalles escabrosos. El nombre de Eliza Armstrong estaba en boca de todos en Gran Bretaña y en el extranjero. Era un escándalo de proporciones extraordinarias, que muchos pensaban que destrozaría al Ejército.

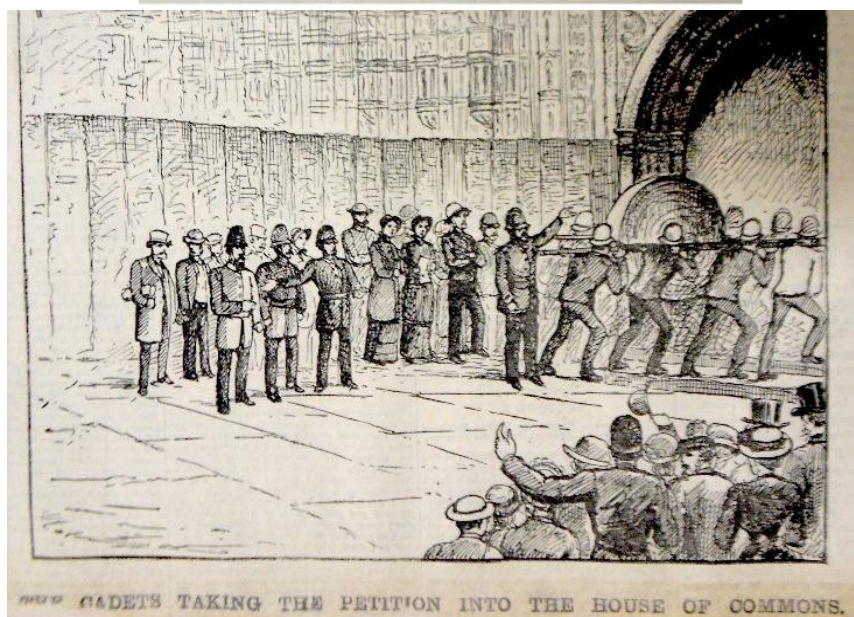
La preparación del juicio había sido rápida pero tumultuosa. Con Bramwell tomando la iniciativa, el Ejército se había unido a la lucha contra el bien oculto tráfico de personas por el que cientos de chicas, la mayoría menores de 16 años, “eran enviadas tan regularmente como ganado a los burdeles regulados por el Estado” en el continente.

El 22 de mayo de 1885, las esperanzas de modificar la legislación penal se vieron truncadas cuando el Parlamento no aprobó por tercera vez un proyecto de ley que incluía el aumento de la edad de consentimiento de los 13 a los 15 años.

Sabiendo que sólo la fuerza de la opinión pública haría recapacitar al Parlamento, Bramwell Booth persuadió a



The Great Petition for the Protection of Girls on its way to the House of Parliament.—(See pages 1 and 2.)



Ilustraciones en The War Cry del 8 de Agosto de 1885: La Gran Petición para la Protección de Niñas, camino al Parlamento británico (arriba) y cuando los Cadetes la introducen allí (abajo)

William Stead para que diera a conocer el mal del comercio de esclavas a través de las páginas de su *Pall Mall Gazette*.

William Stead pensó que no podría convencer a sus lectores de todos los horrores del comercio sexual a menos que pudiera demostrar con el relato de un testigo presencial lo fácil que era comprar y vender niñas para fines sexuales. Así que, a través de Rebecca Jarrett y sus antiguos contactos en los bajos fondos, se las arregló para comprarle la joven Eliza Armstrong a su madre por 5 libras, unas 420 libras en dinero de hoy.

El secuestro de Eliza tuvo lugar a principios de junio y fue escoltada sana y salva hasta un hogar del Ejército en Francia.

El 4 de julio de 1885 apareció el primero de una serie de artículos, de una semana de duración, en la *Gazette*, en los que Eliza aparecía bajo el nombre de Lily. Crearon una sensación instantánea. Al final de ese día, los últimos ejemplares disponibles de la *Gazette* se vendían a 30 veces más del precio de portada.

Al principio, las revelaciones fueron recibidas con incredulidad y, en algunos casos, con indignación. A los pocos días de publicarse la serie, la cadena de quioscos W.H. Smith prohibió la venta de la *Gazette* por considerar que el material era pornográfico. Pero durante la publicación de la serie, la tirada del periódico pasó de 12.000 ejemplares a más de un millón.

La opinión pública se encendió, y se inflamó aún más cuando el Ejército celebró reuniones masivas y organizó una petición al Parlamento exigiendo que se elevara la edad de consentimiento. En 17 días se obtuvieron 393.000 firmas. Tres semanas después de la publicación de los artículos en la *Gazette*, la petición fue presentada al Parlamento.

La entrega de la petición el 30 de julio de 1885 se hizo de una manera muy espectacular. Los papeles separados se unieron en un rollo de cuatro kilómetros de largo cuando estaba extendido. Este fue colocado en un carro abierto

tirado por caballos y entregado a la Cámara de los Comunes escoltado por una banda de 50 músicos y filas de salvacionistas marchando.

La presión funcionó. Dos semanas más tarde, el 14 de agosto de 1885, el Parlamento aprobó una ley que elevaba la edad de consentimiento a 16 años y otorgaba a la policía nuevos poderes para realizar investigaciones.

Pero este éxito tuvo un precio. La Sra. Armstrong, molesta por las burlas de sus vecinos de Charles Street, Marylebone, que decían que el caso de la Lily de los artículos se parecía sospechosamente al de su hija Eliza desaparecida, denunció el secuestro ante el juez local. La prensa se enteró de la historia y el asunto derivó rápidamente en el juicio celebrado en Old Bailey en octubre de 1885.

El juicio duró 13 días y mantuvo al mundo en vilo. Cuando el jurado emitió su veredicto, William T. Stead y Rebecca Jarrett fueron declarados culpables y recibieron penas de prisión de tres meses y un mes respectivamente. Bramwell Booth fue absuelto por falta de pruebas.

El caso hizo todo lo contrario de destrozar al Ejército de Salvación. “La acusación de la señora Armstrong”, dijo Railton, “ha hecho más para ayudarnos a llegar a ser los salvadores de los que han caído, o están en peligro de caer, que 50 años de trabajo desesperado por nuestra parte”.

Hoy en día, el Ejército de Salvación es un líder en el campo de la lucha contra la trata de personas.

Un Año importante

Ha llegado el momento de hacer una pausa para recapitular. Nuestra historia ha llegado al año 1886 y, a finales de mayo, el Ejército celebra su primer Congreso Internacional, un hito trascendental para el incipiente movimiento.

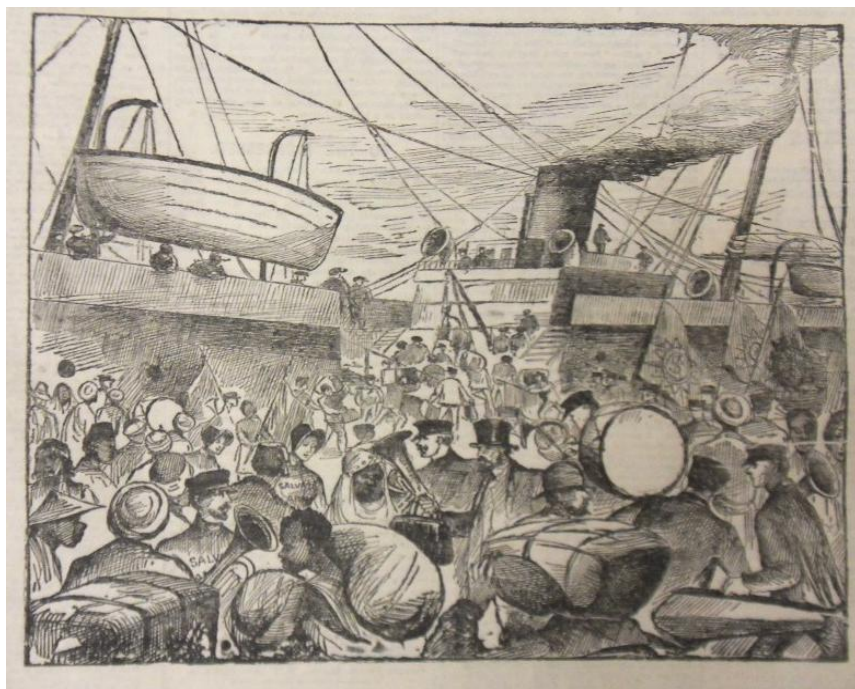
El crecimiento del Ejército en los años llenos de acción desde 1878, cuando la Misión Cristiana se convirtió en el Ejército de Salvación, ha sido nada menos que fenomenal. Siguen siendo los años de expansión más rápida del Ejército.

Pero ahora estamos en 1886, y es tiempo de celebrar con los salvacionistas que se reúnen para su primer Congreso Internacional, y volver a revisar algunas de las asombrosas cifras que se incluyeron en el primer capítulo de este libro.

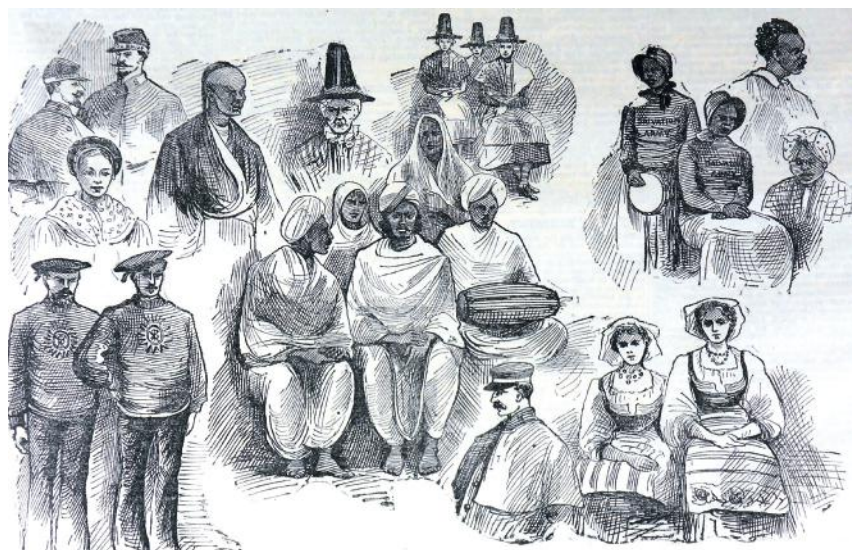
Como se mencionó allí, para el momento del Congreso Internacional en 1886, el Ejército se había extendido a 19 países. Junto a los salvacionistas británicos, en el congreso hay contingentes de Australia, Canadá, Francia, India, Ceilán, Nueva Zelanda, Sudáfrica, Suecia, Suiza y los Estados Unidos.

“Londres aún no se había acostumbrado a ser invadida por hombres y mujeres extrañamente vestidos con rostros negros, cobrizos o amarillos”, comenta Robert Sandall en la historia oficial, “ni a escuchar voces como en Babel parloteando con acentos desconocidos entre ellos. Esta primera invasión de sus calles por salvacionistas de otros países causó una gran sensación”.

La marcha del congreso de 5.000 salvacionistas tuvo un kilómetro y medio de largo y fue vista por 100.000 londinenses. La procesión incluyó 30 bandas de música,



Ilustraciones publicadas en The War Cry el 19 de junio de 1886
 Arriba: Salvacionistas de ultramar llegando al Congreso Internacional
 Abajo: Delegados vistiéndose el uniforme salvacionista adaptado a cada país



indios norteamericanos en sus trajes nativos, salvacionistas suecos en coloridos trajes nacionales, además de un grupo de delegados cingaleses (de Sri Lanka) en túnicas amarillas y turbantes exóticos.

Mientras William y Catherine Booth pasan revista a sus tropas no pueden evitar comparar lo que están viendo con lo que habían experimentado en la última Conferencia Anual de La Misión Cristiana antes del cambio de nombre. En aquel momento, la Misión Cristiana era una misión casi desconocida que trabajaba en 29 “estaciones” con 31 evangelistas a tiempo completo y 2.669 miembros. Las reuniones públicas de aquella Conferencia reunían a unos 250 asistentes.

Ahora, para acomodar a las hordas de salvacionistas y público que quieren asistir al Congreso Internacional de seis días, se tienen que celebrar reuniones simultáneas en cuatro grandes recintos londinenses con una capacidad combinada de 15.000 personas sentadas.

En la reunión del lunes por la noche en el Salón Exeter en Strand, William Booth anuncia las últimas estadísticas internacionales del Ejército. Al hacerlo, se burla del periódico *Times* de Londres, que a menudo “miraba por encima del hombro” al Ejército y mostraba su desaprobación escribiendo su título entre comillas cuando publicaba algo sobre el “General” William Booth.

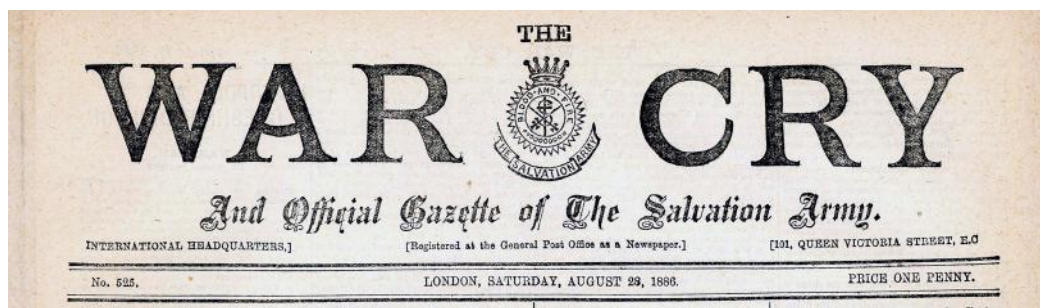
“En 1882, en la inauguración del Salón de Congresos Clapton”, dice el General, “el periódico *The Times* proclamó que habíamos alcanzado nuestro ‘cenit’ y daba a entender al mundo que ahora podía esperar nuestro declive. Durante los cuatro años transcurridos desde el ‘cenit’ hemos ido ‘descendiendo’ de esta manera: Entonces teníamos 320 Cuerpos; hoy contamos con 1.552 [fuertes vítores]. Hace cuatro años teníamos 766 oficiales; hoy tenemos 3.602 [más hurras]. Entonces celebrábamos 6.220 reuniones a la semana; hoy celebramos 28.200 reuniones a la semana, y nuestros edificios tienen capacidad para más de medio millón de

personas” [aplausos atronadores]. En cuanto a los resultados de todo este trabajo, pueden ver algunos de ellos ante ustedes”.

William Booth no menciona el número de miembros del Ejército. Desde 1878 no se había publicado la cifra de miembros, una política que continuaría hasta 1995, pero los 2.669 miembros antes del cambio de nombre se habrían convertido, según una estimación conservadora, en 100.000 soldados en 1886.

William Booth podría haber añadido que sólo en Gran Bretaña se había abierto un nuevo Cuerpo cada tres días entre los años 1878 y 1886, que las 29 estaciones de 1878 se habían convertido en más de 1.000 Cuerpos, y que los 31 evangelistas se habían convertido en 2.260 oficiales. Y el Ejército iba a seguir expandiéndose a un ritmo aún más rápido. Cuatro años más tarde, en 1890, el Ejército se había extendido a otros ocho países, el número mundial de Cuerpos se había duplicado y el número de oficiales se había triplicado. Era impresionante, ¡asombroso! Como George Scott Railton memorablemente dijo, el Ejército de Salvación se había convertido en nada menos que “el ejército permanente más grande del mundo”.

Sin duda, con sus aires de superioridad, el *Times* habría puesto la palabra “ejército” entre comillas. Pero a los salvacionistas no les hubiera importado que así fuera. Simplemente se regocijaron y alabaron a Dios por el milagro de todo lo que había sucedido en los nueve años desde el cambio de nombre.



28

Viviendo sin postre

Cuando el Mayor John Carleton tomó asiento en el Salón Exeter, el imponente auditorio de 4.000 plazas en Strand que el Ejército utilizaba para las grandes ocasiones, poco sabía que estaba a punto de hacer historia.

Fue poco después del Congreso Internacional de 1886, y la Mariscala estaba pidiendo ayuda para la obra emergente en Francia. Sobre los asientos reservados para los invitados se habían colocado, como de costumbre, papelitos amarillos (que William Booth llamaba canarios), para que pudieran hacer promesas de ayuda financiera.

El Mayor Carleton, antiguo ejecutivo textil de Irlanda del Norte, se sintió tan conmovido por la apelación de la Mariscala que se sintió impelido a ayudar. Su salario de oficial le dejaba poco margen para hacer un donativo, pero pensando en lo que podía hacer, tomó uno de los “canarios” y escribió: “Si dejo de comer postre [*pudding*] todos los días durante un año, calculo que ahorraré 50 chelines [unas 200 libras en dinero de hoy]. Lo haré y remitiré la cantidad indicada lo antes posible”.

El “canario” impresionó a William Booth e inspiró un plan en su mente. “Hay una idea aquí,” le dijo a Bramwell. “A ningún salvacionista se le debe pedir que se quede sin nada durante todo un año, pero no veo razón por la que no debamos pedirles que se unan para prescindir de algo todos los días durante una semana, y que den lo recaudado para ayudar en el trabajo que tenemos entre manos”.

En la edición del 14 de agosto de 1886 de El Grito de Guerra, William Booth lanzó una gran campaña para recaudar



SEMANA DE ABNEGACIÓN

1. Niña que vacía su alcancía en el Fondo de abnegación. 2. Soldado que camina 40 Km para ahorrar el costo del transporte. 3. Pareja que tiene las Cenas de Pan y Queso. 4. Muchacho que ayuda con los caballos en el recreo para enviar las propinas. 5. Considerar si las botas viejas pueden durar un poco más para enviar el dinero ahorrado. 6. Arreglar el viejo sombrero en lugar de buscar uno nuevo. 7. Dos oficiales que aceptaron enviar su Asignación semanal. 8. Posponer la cena para el día siguiente: “Capitán, mamá me dijo que les trajera esta comida”. 9. “¿Vamos a tenerlo?” “No, querida, enviemos el dinero al Fondo de Abnegación del Ejército de Salvación”. 10. El Jefe del Estado Mayor se pregunta cómo se comportará el Ejército inglés con su abnegación, en comparación con sus camaradas indios. 11. Más ayuda para los hombres que salen de prisión. 12. Algunos de los Coroneles y mayores que confían en que sus oficiales y soldados se distinguirán en la Semana de Abnegación.

El “Grito de Guerra” lanza la primera Semana de Abnegación. En la reproducción del original a pequeña escala de arriba, hubo que escribir nuevamente las notas de los dibujos pues apenas eran legibles.

fondos muy necesarios. Lo llamó un Esfuerzo de Abnegación. “Proponemos”, escribió, “que se establezca una semana en la que cada soldado y amigo se niegue a sí mismo algo de comida o ropa, algún capricho del que se pueda prescindir, y que el valor de esta autonegación se envíe para ayudarnos en esta emergencia”.

La Semana de Abnegación comenzó tres semanas más tarde, el sábado 4 de septiembre.

Los soldados aceptaron el reto con su ingenio característico. En lugar de montar a caballo, caminaron; en lugar de beber té, bebieron agua caliente. Los oficiales se cortaban el pelo unos a otros, William Booth se abstenía de comer carne, Bramwell y su familia vivían a pan y agua, un Capitán se quedó sin su paga semanal al donarla.

Los salvacionistas también pidieron la ayuda de amigos para la semana. Simpatizantes adinerados viajaron en segunda clase en lugar de primera y donaron la diferencia al llamamiento. Mineros trabajaron un turno extra en la mina de carbón; una tienda textil abrió 30 minutos más temprano cada día, donando la ganancia extra obtenida, y en algunos barcos pesqueros escoceses una de cada seis redes fue consagrada a Dios. El Llamamiento a la Abnegación de 1886 recaudó la impresionante suma de £4.820, = (£400,000 en dinero de hoy) la mayor parte en monedas de un penique y medio penique donadas por salvacionistas materialmente pobres.

Dos años más tarde, la Campaña de Abnegación se convirtió en una campaña anual de recaudación de fondos en la que participaban todos los territorios del Ejército y que continúa hasta el día de hoy. Su principal objetivo era y sigue siendo el apoyo a la labor internacional del Ejército.

Un factor clave en el llamamiento ha sido que todos los salvacionistas participen, incluso aquellos que viven en las partes menos prósperas del mundo, y esto lo han hecho con el mismo espíritu de dedicada creatividad.

Cuando el Ejército llegó a Colenso, Zululandia, la anciana

María, una viuda casi ciega de más de 80 años, salió de su choza y le rogó a un granjero local por una semana de trabajo en la siembra de arvejas. Conmovido por su devoción, el granjero accedió, y durante la Semana de Abnegación María trabajó por la misma paga que las chicas del pueblo: seis peniques al día más su comida.

Siete días después, el domingo por la mañana, una niña pequeña llevó de la mano a la anciana ciega hasta el altar de Abnegación en el salón del Ejército, mientras la congregación cantaba en voz baja [una canción similar a la 53 en el cancionero español “La cruz excelsa al contemplar”, segunda estrofa]:

*No me permita, Dios, gloriar
más que en la muerte del Señor.
Lo que más pueda ambicionar
lo doy gozoso por su amor.*

Arrodillada con su ofrenda, María oró:

Señor Jesús, toma mi regalo. Desearía que fuera más, pero es todo lo que tengo. Que esto te ayude a enviar luz a las personas que están en mayor oscuridad que yo.

Las ofrendas personales de abnegación de los salvacionistas contemporáneos pueden no tener el mismo elemento dramático. Pero las contribuciones de los salvacionistas alrededor del mundo al Fondo Internacional de Abnegación siguen siendo un acto anual de devoción y generosidad. Esta ofrenda sacrificial, junto con las donaciones hechas por el público, permite al Cuartel General Internacional apoyar las actividades mundiales del Ejército.

El Mayor (más tarde Comisionado) John Carleton, que pasó un año entero sin comer postre, se habría alegrado de conocer el resultado de su iniciativa.

Un cambio de mentalidad

El primer día de diciembre de 1887 Bramwell Booth tuvo un inusual encuentro matutino con su padre. William Booth había cruzado el Puente de Londres la noche anterior cuando regresaba de inaugurar una nueva sala en Whitstable y había visto a unos hombres refugiándose entre los pilares de piedra del Puente de Londres. Bramwell recuerda:

Fui temprano a su casa en Clapton. Allí lo encontré en su habitación, terminando de vestirse con feroz energía. ¡No hubo ni buenos días! “Bramwell”, gritó al verme, “¿sabías que los hombres dormían fuera toda la noche bajo los puentes?”

“Bueno, sí”, respondí, “supongo que mucha gente pobre, lo hace”.

Entonces deberías avergonzarte de haberlo sabido y de no haber hecho nada por ellos”, prosiguió con vehemencia.

Empecé a hablar de las dificultades, que ya nos agobiaban, al aceptar toda clase de trabajos relacionados con la Ley de Pobres, y demás ayudas. Mi padre me detuvo con un gesto de urgencia.

“¡Ve y haz algo!”, dijo. “*Debemos hacer algo*”.

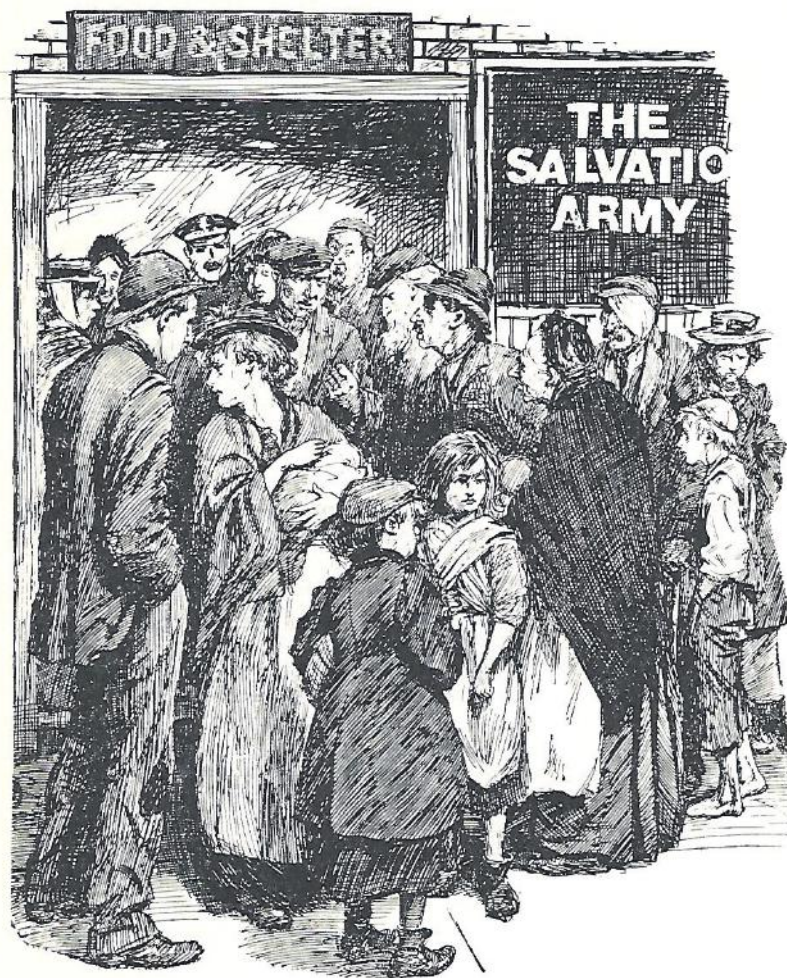
“¿Qué podemos hacer?”

“¡Consíguelos un refugio!”

“Eso costará dinero”.

“Bueno, ¡eso es asunto tuyo! Hay que hacer algo. Consigue un almacén o depósito, caliéntalo, y encuentra algo para cubrirlos.

“Pero cuidado, Bramwell, nada de malacostumbrarlos.”



A las siete semanas de esa conversación se abrió el primero de muchos refugios.

A Bramwell debió sorprenderle el repentino entusiasmo de su padre por la acción social, ya que hasta entonces William Booth se había mostrado cauto ante tales iniciativas.

Cuando la Misión Cristiana comenzó en 1865, al principio se dedicó a los “primeros auxilios” de ayuda a los pobres, principalmente el suministro de alimentos y ropa. Pero William Booth aborrecía tanto todo lo que pareciera que se satisfacían necesidades humanas con el fin de ganar almas, y temía tanto que sus misioneros se desviaran de su misión de salvar almas, que después de 10 años, en 1875, abandonó las actividades de ayuda a los pobres de la Misión.

Al principio, con el empuje evangelístico que siguió al cambio de nombre en 1878, el Ejército de Salvación se dedicó a salvar almas, sin tiempo para nada más. Pero, a mediados de la década de 1880, comenzó a participar en pequeñas iniciativas de acción social, como albergues de tránsito para presos liberados y hogares de rescate para niñas “descarriadas”. También participó en la reforma social haciendo campaña para que se elevara la edad de consentimiento.

Mientras estos desarrollos se llevaban a cabo, William Booth en el fondo estaba pasando por una revolución en su pensamiento, como se evidenció en esa mañana de diciembre de 1887.

La historia oficial del Ejército de Salvación relata este proceso gradual en una extensa sección titulada “El cambio de mentalidad del General 1887-1890”.

William Booth mismo describió el proceso y su conclusión en un artículo titulado “Salvación para Ambos Mundos - Una Retrospectiva” que fue publicado en la edición de enero de 1889 de *All the World*.

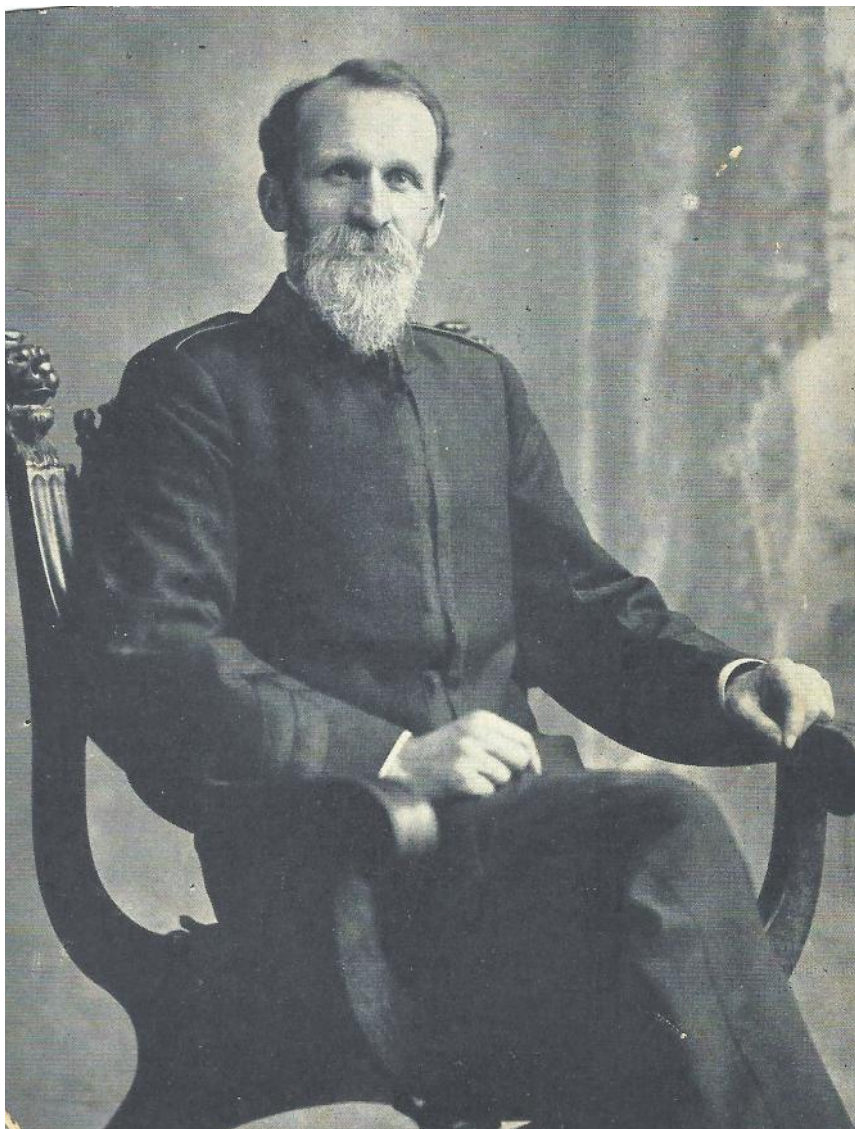
Fue uno de los artículos más significativos que jamás escribió, ya que trazó un nuevo curso para el Ejército de Salvación. En el artículo cuenta cómo durante 44 años de

ministerio había observado con desesperación el sufrimiento de los pobres y necesitados. “Pero al principio, no veía remedio, y me dije a mí mismo, ‘Si no podemos salvarlos por este tiempo, los salvaremos por la eternidad’”.

Luego habla de un descubrimiento personal “que ha ido creciendo y creciendo en claridad e intensidad, que era que yo tenía dos evangelios de liberación que predicar, uno para cada mundo, o más bien un único evangelio que se aplicaba por igual a ambos. Vi que cuando la Biblia decía: “El que creyere será salvo”, no sólo significaba salvo de las miserias del mundo futuro [el infierno], sino también de las miserias de este mundo. Y me dije a mí mismo, y he estado diciéndolo a otros desde entonces: ‘Cristo es el Libertador para el tiempo tan verdaderamente como para la eternidad’”.

William Booth había visto con claridad convincente que la salvación proclamada por el Ejército de Salvación no sólo debía ser espiritual sino también temporal. Satisfacer las necesidades humanas no era un extra opcional o un medio para un fin. Salvar a la gente de sus miserables circunstancias era tanto la misión del Ejército de Salvación como salvar sus almas.

En su época, esta era una visión nueva y sorprendente. En 22 meses William Booth revelaría un ambicioso plan de batalla para convertir su nueva visión en acción. En las palabras del título del libro del historiador Roger Green, de ahora en adelante iba a ser una “*Guerra en Dos Frentes*”.



Samuel Logan Brengle

30

Una vida marcada por dos acontecimientos

Dos acontecimientos marcaron el destino de Samuel Brengle.

El primero tuvo lugar una mañana de enero. El reverendo Samuel Logan Brengle, ministro metodista estadounidense de 25 años, estaba ampliando sus estudios en el Seminario Teológico de Boston. Pero lo que más anhelaba era su propia experiencia de Dios. Buscaba “desesperadamente” la bendición de la entera santificación. Y ahora había sucedido. Como testificaría miles de veces a lo largo de su vida: “El 9 de enero de 1885, a eso de las nueve de la mañana, Dios santificó mi alma”.

Cuatro días más tarde, la intensidad del sentimiento alcanzó nuevas alturas: “acababa de levantarme de mi cama, y leía algunas de las palabras de Jesús, cuando él me dio tal bendición de la cual yo jamás había soñado ni siquiera que fuese posible a un hombre recibir mientras se hallare de este lado del cielo. Fue un cielo de amor el que descendió a mi corazón.

“Caminé por el parque Boston Common antes del desayuno, llorando de alegría y alabando a Dios. ¡Oh, cómo lo amé! En aquella hora conocí a Jesús, y le amé hasta que parecía que mi corazón iba a estallar de amor. Me llené de amor por todas sus criaturas. Oí el canto de los pequeños gorriones: Los amé. Vi un gusanito que se me cruzaba en el camino: salté sobre él. No quería hacer daño a ningún ser vivo. Amé a los perros, amé a los caballos, amé a los niños de la calle. Amé a los desconocidos que se apresuraban a pasar a mi lado. Amé a los paganos, ¡amé al mundo entero!”

Esa experiencia de Dios se convertiría en el foco en el que Samuel Brengle centraría el resto de su vida. En cuestión de meses, las ráfagas del Espíritu lo sacaron de sus prometedoras perspectivas ministeriales y lo llevaron al centro de la tormenta del Ejército de Salvación, que estaba tratando de establecerse en Boston. Allí conoció y se enamoró de la talentosa Lily Swift. Dos días después de casarse, Samuel partió a Londres para ser entrenado como oficial del Ejército de Salvación.

Llegó allí en junio de 1887 y tuvo una recepción fría. William Booth le saludó con un “Brengle, usted pertenece a las clases peligrosas”, y su oficial de entrenamiento le asignó limpiar las botas de los otros Cadetes todas las mañanas. Pero el Cadete Brengle perseveró y, cuando seis meses más tarde fue nombrado Capitán, era admirado por todos. Antes de que regresara a Estados Unidos, William Booth puso su brazo sobre él y le compartió sus esperanzas para el Ejército en aquel país.

El Capitán y la señora Brengle pronto fueron destinados de nuevo a Boston, esta vez como Oficiales Directivos. Fue durante su estancia allí cuando tuvo lugar el segundo acontecimiento que cambió la vida de Samuel Brengle.

Una noche, al entrar en el oscuro y estrecho callejón que conducía al salón, fue atacado por un matón que le arrojó un ladrillo del pavimento. Este le golpeó de lleno en la cabeza, aplastándola contra el marco de la puerta. Durante días estuvo entre la vida y la muerte. Al final se recuperó, pero tardó 19 meses de convalecencia antes de volver al frente.

Durante esos meses traumáticos, Brengle empezó a trabajar con la pluma. Escribió varios artículos sobre la santidad para El Grito de Guerra. Su estilo cálido y directo llegó a los corazones de los lectores, y cuando los artículos se publicaron más tarde en forma de libro, bajo el título “Auxilios para la santidad”, el libro se convirtió en un éxito de ventas instantáneo. Desde su publicación en 1896, el libro ha sido objeto de múltiples ediciones en muchos idiomas y nunca ha

dejado de imprimirse. Se calcula que, antes de la muerte de Brengle en 1936, las ventas ya habían superado el millón de ejemplares.

A este libro inicial le siguieron otros ocho volúmenes. En 2016 se publicó una recopilación actualizada de todos sus escritos.

Samuel Brengle no solo escribió sobre la santidad, sino que también se convirtió en un reconocido predicador de la santidad. Siendo aún un joven oficial fue apartado para dirigir campañas de crecimiento espiritual. Hasta su retiro del servicio activo, siguió desempeñando esta función, que con el tiempo llegó a ser mundial. Fue el primer oficial americano en convertirse en Comisionado y, junto a William y Catherine Booth es posiblemente el salvacionista más influyente de todos los tiempos.

Y todo comenzó cuando un ladrillo del pavimento golpeó su cabeza. La Sra. Brengle tuvo la suficiente presencia de ánimo para conservar el ladrillo. Además, inscribió en él las palabras que José le dijo a sus hermanos que lo habían vendido como esclavo, y lo colocó en la repisa de la chimenea de su casa como un recuerdo permanente del momento en que el diablo se extralimitó:

“Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Génesis 50:20).

Buscando al mismo Señor

Mary Murray, la alta y elegante hija de 28 años del General Sir John Murray KCB, estaba disfrutando de una cena con amigos cuando de repente la asaltó una convicción interior. Murmurando una excusa, corrió escaleras arriba, tomó una capa y se apresuró a bajar para ir al Cuerpo local del Ejército de Salvación.

Se estaba celebrando una reunión en la desvencijada sala que el Ejército había alquilado, y la gente se quedó boquiabierta cuando Mary, vestida de gala, entró y se sentó en uno de los maltrechos bancos. A la primera oportunidad, Mary se puso de pie y comenzó a contar su historia.

Describió a los salvacionistas cómo había llegado a una de sus reuniones al aire libre y se había quedado paralizada por un hermano que contaba cómo había sido esclavo del alcohol, había vendido los zapatos de sus hijos y las cobijas de sus camas para conseguir más bebida, y había sido despedido de su trabajo. Pero desde que había sido salvado, había recuperado su trabajo, sus hijos estaban bien vestidos y tenía una casa propia.

Mary quedó tan asombrada por las palabras del hombre que comprobó su historia con el director de la fábrica de cemento donde éste trabajaba. Cuando el director confirmó el relato, se despertó en su corazón el deseo de experimentar esa fuerza que, en su opinión, podía cambiar el mundo entero

“Un día, volviendo sola a casa”, dijo a la congregación, “grité con el corazón: ‘Dios, si eres real, haz por mí lo que has hecho por ese hombre’”.



Mary Murray

“Mientras lloraba”, continuó, “una Luz viva brilló ante mí y una gloria inundó mi alma. Fue un nuevo nacimiento. Y desde aquella hora, he conocido el poder de Dios como una verdadera fuerza viva”.

Poco después de aquella experiencia, habló con el Capitán del Ejército, quien la instó a dar testimonio de su conversión. Pero ella se negó. “Estaba decidida a perder todo lo que había encontrado antes que hablar en público”, dijo. “Pero la noche siguiente, me desperté y descubrí que me habían tomado la palabra. La Luz se había ido. Mi alma estaba en tinieblas, de hecho, completamente vacía”.

A continuación, la hija del General Murray, describió cómo en la cena con sus amigos se había apoderado de ella la convicción de que debía hablar de lo que el Señor había hecho por ella, y cómo se había apresurado a unirse a ellos en la reunión.

Sus palabras fueron recibidas con fuertes gritos de “¡Aleluya!” y “¡Alabado sea Dios!” Y, cuando los salvacionistas se juntaron a su alrededor al final de la reunión, no sólo sintió que la luz y la paz regresaban a su alma, sino que también supo que su lugar estaba en el Ejército de Salvación.

Mary Murray llegó a ser oficial. Se dedicó al trabajo de rescate de medianoche, del tribunal de policía y de la cárcel, y también al ministerio con marineros y soldados. Al estallar la Guerra de los Bóers en 1899, William Booth la nombró para apoyar a los soldados en el frente, y en este papel fue pionera de los Servicios del Escudo Rojo del Ejército. La hija del general se había convertido en la amiga de los soldados y, con el tiempo, la Teniente Coronela Mary Murray fue honrada con una condecoración real: fue nombrada Oficial de la Orden del Imperio Británico (*OBE* por sus siglas en inglés).

El Ejército primitivo atrajo a sus filas a un número sorprendente de personas procedentes de entornos privilegiados. Se caracterizaban por su sencillez, una cualidad que nunca había sido mejor descripta que por Edward Joy

en la clásica historia que cuenta en su libro *The Old Corps* (“El viejo Cuerpo”), sobre sus recuerdos de los comienzos del Ejército en Folkestone.

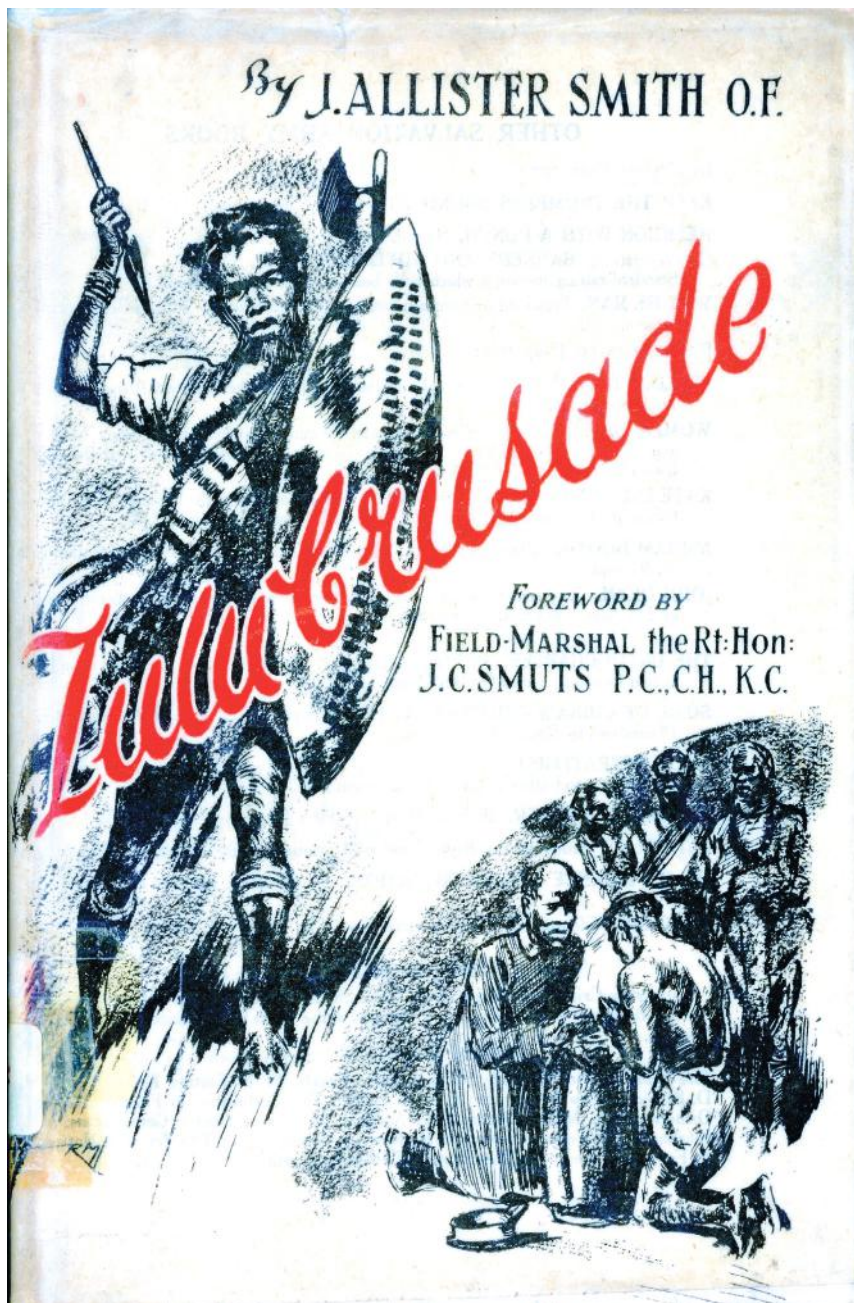
“Lady Beatrice era una verdadera aristócrata”, recuerda, “cada vez que llegaba a la sala en su carruaje tirado por caballos, su sirviente la acompañaba a su asiento. Siempre que ella estaba, los salvacionistas se sentaban más erguidos que de costumbre.

Sin embargo, justo al otro lado del pasillo, cerca de la estufa, donde sus olores se intensificaban, se sentaba “Jimmy el Sucio”, siempre apestoso, sin lavarse, harapiento y lleno de parásitos.

Un domingo por la noche, cuando el Capitán hizo el llamamiento, Lady Beatrice se adelantó y se arrodilló ante el banco de penitentes. Aunque todas las cabezas estaban inclinadas, pronto un murmullo recorrió el salón: “¡Lady Beatrice ha ido al frente!”.

Probablemente fueron los susurros los que lo hicieron, porque justo en ese momento Jimmy el Sucio despertó de su letargo y decidió que él también debía responder. Había sitio de sobra para el penitente, pero para consternación de todos eligió arrodillarse justo al lado de Lady Beatrice.

Nervioso, el Capitán le susurró: “Muévete, Jimmy, arrodíllate allá”. Pero Lady Beatrice, para su eterno honor, levantó la mano enguantada de blanco y dijo: “Déjelo, Capitán, ambos buscamos al mismo Señor”



Drama en Zululandia

El enorme jefe zulú Tshingwayo, que pesaba como “40 piedras” (unos 250 kilos) y tenía una personalidad tan imponente como su peso, no se andaba con bromas. Pero cuando le lanzó un desafío al Ayudante Allister Smith, el líder pionero en Zululandia, el escocés superó la prueba con un audaz acto de fe.

El Ejército había llegado a África en 1883, cuando el Capitán británico Francis Simmonds y su esposa inauguraron la obra en Ciudad del Cabo, Sudáfrica. A pesar de la oposición, la labor del Ejército se extendió sin cesar por el país. En tres años, 150 oficiales servían a una gran variedad de grupos étnicos en 60 Cuerpos.

En 1888, los oficiales llegaron a las afueras del legendario Reino Zulú y varias personas se convirtieron. Pero no fue hasta que el Ayudante Allister Smith, su esposa y un grupo de oficiales se establecieron en Amatikulu, en tierras cedidas por las autoridades zulúes, que el Ejército se adentró en el corazón de Zululandia. El distrito de Amatikulu estaba gobernado por el jefe Tshingwayo.

El pueblo zulú dio la bienvenida al Ejército, apreciando los programas prácticos y la escuela para niños que iniciaron. Muchos encontraron la salvación y se hicieron salvacionistas.

Pero, de repente, la asistencia disminuyó. El jefe Tshingwayo, temiendo que los salvacionistas estuvieran desviando la lealtad que la gente le tenía a él, emitió un decreto prohibiendo a mujeres y niños asistir al Ejército. Poco después, una gran sequía se abatió sobre la tierra. Las cosechas se secaron, las

vacas adelgazaron y su suministro de leche prácticamente cesó. Los niños estaban enfermos y desnutridos. Todos los días se lanzaban miradas ansiosas al cielo, pero no llovía.

El jefe Tshingwayo no podía quedarse de brazos cruzados. Mandó llamar a un “doctor de la lluvia” (hechicero) que bailó frenéticamente ante la gente e invocó a los espíritus de sus antepasados. “¡Lluvia, Baja del cielo!”, gritó. Pero no llovió y, al final, el doctor de la lluvia (brujo) fue expulsado. La sequía continuó y la desesperación aumentó.

Al jefe le atormentaba la idea de que tal vez el Dios de los cristianos podría traer la lluvia. Eso significaría tragarse su orgullo, pero no podía ignorar los gritos de su pueblo. Así que un viernes temprano envió emisarios para pedir al líder del Ejército que se reuniera con la gente del distrito el domingo para orar por la lluvia. Allister Smith sabía que una oración respondida podría llevar a la gente a cambiar y creer en Dios. Pero también sabía que una oración sin respuesta podría tener un efecto desastroso. “Mientras los enviados hablaban”, recuerda, “yo oraba como nunca en mi vida. Pero, ¿qué podíamos hacer sino depender de Dios?”

“Dile a tu jefe que el domingo oraremos para que llueva. Que de todas las kraals (aldeas) se reúnan aquí para orar”.

En la soleada mañana del domingo, cientos de personas se acercaron al asentamiento desde todas las direcciones. Se rieron del viejo Jojo, que apareció con un gran paraguas. “¿Crees que lloverá?”, se burlaban. “¿No es eso por lo que oraremos?”, respondía con una amplia sonrisa y una lógica irrefutable.

Allister Smith le enseñó a la gente cómo debían orar y comenzó: “Señor, por tu misericordia, haz llover sobre nosotros. Derrama lluvia sobre nosotros, oh Dios Todopoderoso” y pronto la oración resonó como un eco a través de los campos secos donde la gente estaba sentada. Durante casi tres horas continuaron las súplicas.

“De pronto”, recuerda, “hacia el este, en dirección al

océano Índico, se oyó un estruendo lejano. ¡Qué alegría! Allá había nubes de tormenta tronando, que se iban agrandando. A medida que se elevaban desde el mar hasta el cielo, más elevamos el volumen de nuestras plegarias. El tronar retumbó más fuerte, a medida que las nubes se acercaban. Un poderoso relámpago desgarrador golpeó el suelo cerca de nosotros. Y comenzaron a caer grandes gotas de lluvia.”

“Dios había respondido a la oración. Le dimos las gracias e instamos a la gente a que regresara rápidamente a sus hogares. Se levantaron y corrieron en todas direcciones, cantando de alegría, mientras la lluvia caía sobre ellos. El hombre más feliz era Jojo, que abrió su paraguas y cuyos ojos parecían decir: “¿Quién se ríe ahora?”.

“Con esta notable respuesta a la oración”, concluye el pionero, “sufrió un revés la creencia de la gente en la brujería, mientras que la fe y confianza en el poder de Dios se fortaleció”.

El jefe Tshingwayo retiró su oposición al Ejército y, con el tiempo, se convirtió en creyente.

Desde aquellos primeros comienzos en el sur del continente, el Ejército ha avanzado a través de África hasta el punto de que ahora trabaja en 27 países africanos y el número de soldados adultos supera el medio millón. Esto significa que el 45 % de todos los soldados adultos del Ejército en el mundo, se encuentran hoy en África.



Alfred y Mathilda Benwell

33

“El martes zarpa hacia Sudamérica”

Era un sábado de primavera de 1890 por la tarde y Alfred Benwell, de 17 años, que trabajaba en el departamento de arquitectos del Cuartel Internacional, estaba de visita en Manchester con la Banda Juvenil del Estado Mayor. Cuando recibió un telegrama, leyó sorprendido: “Prepárese que el martes zarpa hacia Sudamérica”. Faltaban tres días.

Unos meses antes, le habían preguntado a Alfred si estaría dispuesto a ir como secretario para ayudar a los oficiales que estaban iniciando el trabajo del Ejército en Buenos Aires, Argentina. Había dicho que sí, pero como no había vuelto a saber nada más, supuso que los planes habían cambiado.

Sus compañeros de banda lo despidieron alegremente cuando se dirigió a su casa de Shoeburyness para recoger sus pertenencias. Ese mismo martes embarcó y no volvería hasta dentro de 15 años. Si no hubiera zarpado, yo no estaría contando esta historia.

Recién durante el viaje, Alfred empezó a aprender español. Más tarde se daría cuenta que el plan para el trabajo del Ejército en Argentina se había basado en un error. William Booth había recibido un pedido para comenzar el Ejército allí, a fin de atender las necesidades espirituales de la comunidad británica, que sumaba 15.000 personas. El General había nombrado un pequeño grupo de oficiales pioneros y se armaron con miles de folletos y cancioneros en inglés.

A los pocos días de su llegada, cuando comenzaron las reuniones públicas en enero de 1890 descubrieron que los que le habían escrito al General habían omitido mencionar un

hecho importante. Los 15.000 británicos eran principalmente ganaderos y estaban dispersos en un área 10 veces mayor que Gran Bretaña. No había forma de iniciar un trabajo regular entre ellos.

Los pioneros no se desanimaron. Si no podían comenzar el trabajo del Ejército en inglés, lo harían en español. Así que se armaron de diccionarios y se abocaron a aprender el idioma. Al más puro estilo de los primeros misioneros del Ejército, empezaron a celebrar reuniones públicas mucho antes de dominar el idioma. Los asistentes, en su mayoría hombres que trabajaban en el matadero, no tardaron en manifestar su desaprobación por los esfuerzos de los oficiales. Parecía imposible llegar a ellos.

Cuando Alfred Benwell asistió a su primera reunión percibió la hostilidad del público. En el momento de oración que siguió al mensaje, el Capitán pionero William Bonnett le pidió que cantara una canción para el llamamiento en español. Mientras cantaba, observó con admiración cómo el Capitán representaba una sencilla ayuda visual que llegó a usar varias veces para transmitir el mensaje.

El Capitán Bonnett fue y se sentó en la congregación. Después de un momento, dijo en su mejor español: “Yo, un pecador; yo, un gran pecador”. Esto fue recibido con fuertes carcajadas de la audiencia. Luego, cuando fue a arrodillarse ante el banco de penitentes, declaró: “Busco al Salvador”. El público le aclamó. Se levantó un momento después y añadió: “Gracias, Jesús, por perdonar mis pecados”. Se produjo un estruendoso aplauso de burla.

Pero mientras Alfred seguía cantando, un corpulento argentino con un cuchillo de carnicero al cinturón se puso en pie y exclamó: “Sé que soy un pecador y voy a buscar al Salvador”. Ante los gritos de burla de sus compañeros, se adelantó y se arrodilló ante el banco de misericordia. Los oficiales se reunieron a su alrededor para orar con él y fue salvado asombrosamente.

La noche siguiente estaba en la plataforma. Aún no sabía mucho sobre lo que significaba ser salvo, pero lo que sabía podía expresarlo en un español elocuente. Su conversión fue el avance largamente esperado y se convirtió en un salvacionista incondicional.

Desde ese comienzo poco espectacular en 1890, el Ejército de Salvación se ha extendido constantemente por todo el continente, y ahora está trabajando en todos los países sudamericanos.

Poco después de su llegada a Buenos Aires, Alfred Benwell recibió el rango de oficial y en 1897 se casó con la Capitana sueca Mathilda Byden. Cuando regresó a Gran Bretaña por primera vez después de 15 años, lo hizo como el Mayor Alfred Benwell, con una esposa y una familia de tres hijos. Después de servir en Gran Bretaña, Dinamarca y Francia, los dos últimos nombramientos que ocupó el Comisionado Alfred Benwell fueron sucesivamente: el de Comandante Territorial del Norte de China y luego el de los Países Bajos.

A una de las hijas de los Benwell, nacida en Buenos Aires, la llamaron Flora. Flora Benwell llegó a ser oficial, y cuando se casó con el Capitán Sture Larsson les nació un hijo, al que llamaron John. Por eso siempre me alegraré de que el abuelo Benwell zarpara hacia Sudamérica aquel martes y se encontrara allí con la abuela. Si no, ¡yo no existiría!

El fin de una era

WILLIAM y Catherine Booth estuvieron tan unidos en la fundación del Ejército de Salvación que cuando Catherine fue promovida a la Gloria el sábado 4 de octubre de 1890 fue el fin de una era. Después de padecer cáncer durante dos años, murió a la edad de 61 años. Sólo quedaba uno de los cofundadores.

Catherine ocupaba un lugar especial en los corazones de los salvacionistas y era admirada por muchos miembros del público. Por lo tanto, se hicieron ambiciosos planes para las honras fúnebres, de manera que el mayor número posible pudiera rendirle tributo. Pero incluso los lugares más grandes resultaron insuficientes.

El Clapton Congress Hall se vació de sillas y su féretro, con un vidrio en la tapa para poder ver su rostro, se colocó en el centro. La inscripción del ataúd decía simplemente:

Catherine Booth

Madre del Ejército de Salvación

Nacida el 17 de enero de 1829

Fallecida el 4 de octubre de 1890

“Más que vencedora”.

Desde las ocho de la mañana hasta las 10 de la noche, se formaron filas afuera mientras miles esperaban verla por última vez. “Mientras seguían llegando”, describe Frederick Booth-Tucker, “una corriente sin fin de ancianos y jóvenes, ricos y harapientos, sanos y débiles”. Una anciana tambaleante permaneció tanto tiempo mirando a la Sra. Booth que se le



Funeral de Catherine Booth en el Salón de Congresos de Clapton

pidió amablemente que siguiera adelante. “Que sigan los demás”, dijo. “He recorrido 90 kilómetros para verla de nuevo. Ella salvó a mis dos hijos”.

Al cabo de cinco días, cuando ya habían pasado 50.000 personas, el féretro fue trasladado a Olympia para el funeral. El viaje del este al oeste de Londres se hizo de madrugada para evitar que se formaran multitudes para ver el cortejo.

Olympia, un centro de exposiciones, era el edificio más grande de Londres. El lunes 13 de octubre la gente empezó a hacer fila desde las tres de la mañana esperando a que se abriera la sala para el servicio fúnebre de las seis de la tarde. Cuando 36.000 personas habían pasado por los torniquetes, la sala se declaró llena. Miles de personas se quedaron fuera.

El Comisionado George Scott Railton dirigió las honras fúnebres. En aquella época no había amplificación, por lo que el servicio se dirigió mediante grandes carteles numerados que se exhibían desde la plataforma y que se correspondían con la información que figuraba en el programa impreso. El cartel 2 indicaba: “Ponerse de pie y cantar “Cuando contemplo la maravillosa cruz”. El 3: “Tomar asiento y orar en silencio”. El 6 invitaba a orar juntos la oración del Señor, frase por frase, como indicaban las señales siguientes: A: “Padre nuestro”; B “Que estás en los cielos”; C “Santificado sea tu nombre”, y así sucesivamente. A pesar de las limitaciones, un llamamiento al final del culto hizo que muchos se pusieran de pie.

La procesión fúnebre del día siguiente desde el cuartel Internacional en Queen Victoria Street hasta el Cementerio Abney Park en Stoke Newington reveló una tremenda exhibición de sentimiento popular. Cincuenta mil salvacionistas querían marchar, pero como esto era una imposibilidad logística, solo a 4,000 oficiales se les dio ese privilegio, mientras que decenas de miles de salvacionistas uniformados formaron guardias de honor a lo largo de la ruta de seis kilómetros y medio. El cuerpo de Catherine Booth fue llevado en un coche fúnebre abierto. El General Booth permaneció con la cabeza

descubierta en un carruaje abierto durante el viaje de cuatro horas, agradeciendo la simpatía de las inmensas multitudes que abarrotaban las calles. Bramwell y Herbert Booth le siguieron a caballo. La Banda salvacionista del Reino Unido, *Household Troops Band*, tocó la marcha fúnebre “Promovido a la Gloria” que Herbert Booth había compuesto para la ocasión, que ahora es la canción 547 en el cancionero del Ejército de Salvación en inglés.

El veterano superintendente de la policía de la ciudad de Londres declaró que no había visto nada igual desde el funeral del Duque de Wellington, casi medio siglo antes.

En el cementerio de Abney Park se construyó una tribuna escalonada junto a la tumba con capacidad para 1.500 personas. Y, cuando entró el último de los 10.000 poseedores de entradas, se cerraron las puertas. La gran multitud que no pudo entrar se quedó fuera en silencio.

William Booth comenzó su discurso lamentando que no todos pudieran oírle, pero “la tristeza no me permite gritar”. Terminó hablando de las tres mayores cualidades de Catherine. “Era buena... era amorosa... era una guerrera”.

Cuando el Comisionado Railton pronunció las palabras de despedida: “Como ha agradado a nuestro Padre Eterno promover a nuestra querida Madre desde su lugar en el Ejército de Salvación al hogar preparado para ella en el cielo...” todos los corazones apoyaban a William Booth.

Estaba rodeado de seres queridos y de una devota familia salvacionista, pero, sin embargo, se encontraba más solo que nunca. Una era se había cerrado. De ahora en adelante tendría que continuar la lucha de la fe sin su amada Catherine a su lado.

El estadista y biógrafo británico Roy Hattersley ha llamado a Catherine Booth “una de las mujeres más extraordinarias del siglo XIX”. Pensadora incisiva, predicadora intrépida, cuidadora compasiva, guerrera de primera línea, pero, sobre todo: “La Madre del Ejército de Salvación”.

La oscura Inglaterra

Siete días después de presidir el funeral de Catherine Booth, William Booth volvía a ser noticia. Esta vez como autor de un éxito de ventas: “En la Oscura Inglaterra y cómo salir de ella”. El título tenía la marca del genio. Jugaba con el título del libro más vendido recientemente, publicado por Henry Stanley “En el África más oscura”. Con lo cual, cuando el libro de William Booth apareció el 20 de octubre de 1890 captó inmediatamente la imaginación del público.

La gente hizo fila para conseguir su libro. La primera edición de 10.000 ejemplares se agotó el mismo día de su aparición. Un mes más tarde se imprimió una segunda edición de 40.000 ejemplares. Rápidamente siguieron una tercera y una cuarta. Un año después de su publicación, El Grito de Guerra anunció una quinta edición de 200.000 ejemplares.

Los lectores se identificaron con la descripción de William Booth de las terribles condiciones de vida de la “décima parte sumergida” de la sociedad, y se sintieron atraídos por su llamamiento en favor de que, a todos los ciudadanos del Reino Unido, se les garantizara el mismo trato que establecía la “Declaración de Derechos del Caballo de Tiro” (que todos los cocheros londinenses respetaban): “Cuando cae se le ayuda a levantarse y, mientras vive, tiene asegurada: la comida, el techo y un trabajo que le permite ganarse su alimento”.

Los detallados planes que esbozó para la redención social fueron el resultado concreto de su cambio de mentalidad respecto al servicio social. Y eran visionarios y audaces: la máxima expresión del “ve y haz algo”.



Para el Ejército, la guerra en dos frentes iba a ser a gran escala. En las ciudades habría Colonias Urbanas que proporcionarían comida, refugio y trabajo a todos. En ellas se pondrían en marcha nuevas iniciativas de acción social y se ampliarían las actividades ya existentes del Ejército.

En el campo, la Colonia Rural (granja) proporcionaría formación y trabajo agrícola a los rehabilitados en la Colonia Urbana.

Y más allá de las costas de Gran Bretaña estaría la Colonia de Ultramar (internacional) con emigración asistida, transporte, formación y trabajo a la llegada.

“La primera respuesta al plan fue sensacional. Las expresiones de aprobación llegaron de todas partes”, escribe Robert Sandall en la historia oficial: “Inmediatamente se celebraron grandes reuniones. Hubo un estallido espontáneo de entusiasmo en casi todos los principales centros de Gran Bretaña, y el Cuartel General fue asediado por una multitud clamorosa”.

Sin embargo, a la ola de aprobación le siguió pronto otra de críticas, con el profesor T.H. Huxley a la cabeza. Los pros y los contras se discutieron extensamente en los periódicos. Una cuestión clave era cómo financiar el proyecto. Se formó una comisión de investigación independiente. Esta comisión respaldó a William Booth y al proyecto.

Tal era la confianza en el “Plan del General Booth” que un comentarista escribió: “Siempre existirá una “décima parte sumergida” y debemos dejársela al Ejército de Salvación”.

El exitoso lanzamiento del Esquema de la Oscura Inglaterra tuvo enormes consecuencias para William Booth y su Ejército. De golpe, William Booth fue reconocido como un reformador social líder y se convirtió en una figura célebre en ese papel no sólo en Gran Bretaña sino también más allá de sus costas.

De repente, los salvacionistas se encontraron siendo miembros de un Ejército que gozaba de la cálida aprobación del público. Este cambio de actitud hacia el Ejército se había

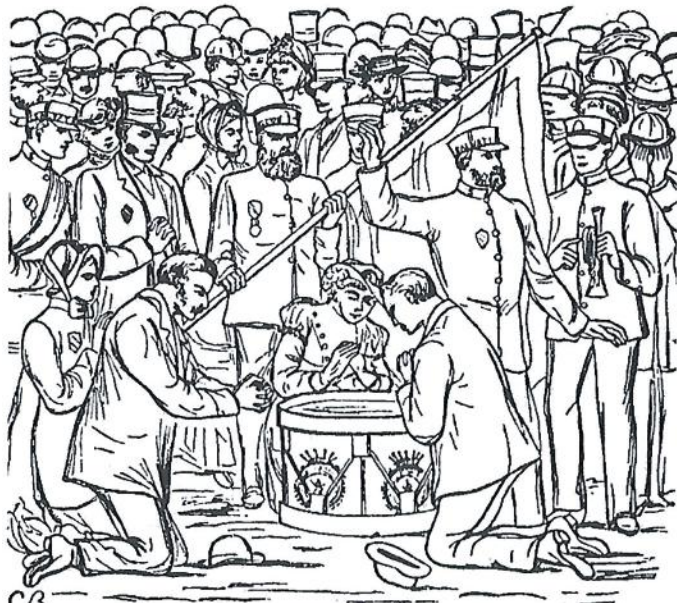
vislumbrado incluso antes del lanzamiento del plan de la Oscura Inglaterra.

Durante las cinco semanas de huelga en los muelles de Londres en 1889, el Ejército alimentó a los estibadores y a sus familias, a veces a razón de 100.000 comidas al día. Cuando los salvacionistas de Poplar marcharon entre los huelguistas justo antes de una de sus reuniones masivas, se percibía un nuevo estado de ánimo. “Donde antes el pequeño grupo de salvacionistas habría sido despedazado por pura maldad”, comentó El Grito de Guerra, “ahora la poderosa multitud les abrió un camino” al mismo tiempo que eran vitoreados a su paso.

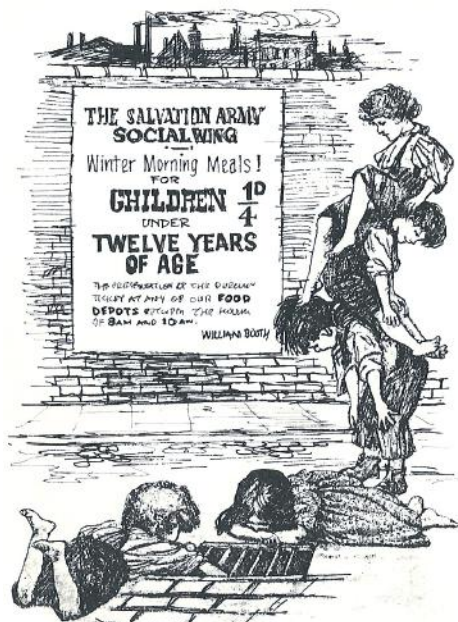
El trabajo de la Colonia urbana pronto se extendió por las principales ciudades de Gran Bretaña y se desarrolló una importante Colonia rural en la Granja Hadleigh, Essex. El objetivo principal del concepto de la Colonia de Ultramar pasó a ser la emigración asistida, ya que los gobiernos extranjeros se resistían a la idea de grandes asentamientos de británicos procedentes de la “décima parte sumergida”.

El público apodó cariñosamente a la labor del Ejército “Sopa, jabón y salvación”. William Booth bautizó el nuevo desarrollo con el nombre de “Ala Social” y, en un nombramiento inesperado pero inspirado, nombró al antiguo empresario deshollinador Elijah Cadman su Comisionado social. El “ardiente Elijah” había hecho famoso su nombre como evangelista, pero con su perspicacia para los negocios y sus habilidades para relacionarse de manera realista con los demás, dirigió con dinamismo el “ala social” durante los diez años siguientes.

Tal fue el éxito del plan de la Oscura Inglaterra en Gran Bretaña que, al día de hoy, el Ejército de Salvación sigue siendo el mayor proveedor de servicios sociales, después del Estado



Salvar almas



Servir a la humanidad sufriente

Un desarrollo extraordinario

Los años que dieron forma al Ejército de Salvación comenzaron con un cambio trascendental: la adopción del nombre “Ejército de Salvación” en 1878. Y terminan con un desarrollo extraordinario: la adición del trabajo social a gran escala en 1890.

A través del plan de la Oscura Inglaterra de 1890, William Booth anunció al mundo que su Ejército ahora abarcaba oficialmente una misión doble: existía no sólo para salvar almas, sino también para servir a la humanidad sufriente. La salvación proclamada por el Ejército de Salvación incluía lo temporal.

A pesar de las inevitables críticas, el lanzamiento del plan y su posterior aplicación tuvieron tanto éxito que el Ejército prácticamente cambió de identidad. A los ojos del público, la imagen del Ejército pasó, de ser la de un movimiento evangélico algo excéntrico, a la de una agencia con gran poder para la acción y reforma social. Y tan eficaz fue el cambio de imagen involuntario que, al día de hoy, la mayoría de la gente piensa en el Ejército como una organización que “hace un trabajo bueno”.

Sin embargo, el “cambio de identidad” tenía más que ver con la percepción que con la realidad, ya que el Ejército en sí no había cambiado. Simplemente había añadido un área social. Pero la envergadura de esta nueva “Ala Social”, que abarcaba tanto la labor social que ya realizaba el Ejército como nuevos y ambiciosos programas, era tan enorme que fue el “Ala” y no el “Cuerpo” lo que se convirtió en la imagen

dominante. Y esta percepción se ha mantenido a lo largo de los años.

El hecho de que el Ejército haya mantenido su labor evangelística y social bajo el paraguas del “Ejército de Salvación” es uno de sus principales puntos fuertes. Para el público en general sólo existe un Ejército de Salvación. Y sobre la base del buen trabajo realizado por sus servicios sociales, el Ejército en su conjunto goza de la admiración, la buena voluntad y el apoyo del público.

En 1890, el trabajo de los Cuerpos seguía creciendo en Gran Bretaña, pero no al ritmo explosivo de los primeros años. Los métodos sensacionalistas de divulgación habían sido sustituidos por formas más convencionales y, sin embargo, eficaces de proclamar el mensaje.

El Ejército se había convertido en una comunidad religiosa estructurada que no sólo salvaba almas, sino que también formaba santos. Aunque la palabra “iglesia” iba a seguir siendo “tabú” para muchas generaciones de salvacionistas por venir, esta “misión permanente a los inconversos”, como la definiría el General Albert Orsborn, de hecho, se había transformado con éxito en una iglesia evangélica plenamente desarrollada.

Pero era una iglesia diferente. Porque los salvacionistas estaban decididos a hacer realidad la visión de William Booth del Ejército como una fuerza activista, dinámica y práctica (se levanta y actúa) que proclamaba el Evangelio y defendía lo correcto. Pusieron en acción el concepto de que, en este Ejército movilizad por Dios, cada uno, de acuerdo a sus dones, tiene un papel que desempeñar. Vivieron la verdad de que un Cuerpo del Ejército de Salvación no es un rebaño con un pastor, sino una fuerza con un Capitán.

La adición del Ala Social no afectó en gran medida las actividades del Ejército basadas en los Cuerpos, que en ese momento eran principalmente evangelísticas. Muchos salvacionistas se emplearon como trabajadores de tiempo

completo en el Ala Social, pero este era su “trabajo diario”, y era adicional a su asistencia y actividades en sus Cuerpos.

Este relato termina en 1890, pero por supuesto nada se detuvo en ese año. Al contrario, la expansión del Ejército continuó tanto en Gran Bretaña como fuera de ella, hasta el punto de que el Ejército es ahora más grande de lo que nunca ha sido y, en el momento de escribir estas líneas, se ha extendido a 131 países. Y, en cada uno de ellos, el Ejército está en guerra en los dos frentes.

La historia de los años 1878 a 1890 es, en esencia, la continua puesta en práctica del “gran principio fundamental de adaptación”, del que Catherine Booth habló en 1880 y que el General John Gowans denominó la duodécima doctrina del Ejército. Aquellos años sentaron las bases del Ejército tal y como lo conocemos hoy, y por ello seguirán siendo para siempre los años más significativos en la vida del Ejército.

En esos 13 años se fijó la doble misión del Ejército. Y, mediante su ADN innato de adaptabilidad, el Ejército se ha asegurado de que su doble misión se siga cumpliendo. Gracias a la continua adaptación a las circunstancias cambiantes, el trabajo basado en el Cuerpo se ha diversificado, al igual que el estilo de culto. Los servicios sociales se han vuelto menos institucionales, abriendo la posibilidad de que más de ellos se basen en el Cuerpo. Con la adaptación continua no hay límites a lo que el Ejército puede llegar a conseguir.

Y mientras los resultados del *big bang* de 1878 sigan resonando en todo el mundo, no se acabarán los modelos inspiradores que proporcionarán

AGRADECIMIENTOS

Estoy profundamente agradecido al personal del Centro del Patrimonio Internacional por su habilidad e inagotable disposición para localizar el material necesario, y doy las gracias especialmente a su subdirectora y archivera Ruth Macdonald por las muchas horas que ha dedicado a este proyecto.

NOTAS SOBRE LAS FUENTES

Las citas de la Biblia están tomadas de la Versión Reina Valera Revisada de 1960 (RVR60), excepto cuando se indica la Nueva Versión Internacional © 1999 (NVI). Siempre que es posible, se indican el título completo y los datos de publicación de los libros.

1. EL “*BIG BANG*”

Cambio de nombre. La historia del cambio de nombre está registrada por Robert Sandall en *The History of The Salvation Army* (Thomas Nelson and Sons Ltd, 1947) Volumen I pp.228-30; 286-287.

“no soy un voluntario, soy un soldado regular...” Escena descrita por Harold Begbie, *Life of William Booth – The Founder of The Salvation Army* (MacMillan and Co Ltd, Londres y Nueva York, 1920) Volumen I pp.438-9. Edición abreviada (1926) Volumen I p.350.

“Desde el momento en que el Ejército recibió su nombre...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* (Thomas Nelson and Sons Ltd, 1950) Volumen II p.1.

“Una ‘irresistible ofensiva espiritual...’ Ibid p.1.

“La Misión estaba trabajando ahora en 29 estaciones...” Comparación estadística publicada en *The Christian Mission Magazine*, Septiembre 1878.

El Congreso Internacional de 1886. Descripto en Sandall, Volumen II pp.298-302.

2. UN PRINCIPIO FUNDAMENTAL

“el gran principio fundamental de la adaptación” *The War Cry* 16 October 1880.

“la duodécima doctrina” Recuerdo del autor.

“Comenzando como lo hice...” Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.208.

“una considerable perturbación entre los miembros más antiguos...” Frederick Booth-Tucker, *The Life of Catherine Booth, The Mother of The Salvation Army* (International Headquarters, 1892) Volumen II p.139. Edición abreviada (1912) Volumen II pp.86s.

“La Misión Cristiana se ha reunido en Congreso...” *The Christian Mission Magazine*, September 1878.

“no menos de 24 intentos de ‘aplantar y dividir’ Cuerpos...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.1.

“Los efectivos del Ejército se habían más que duplicado...” *The Christian Mission Magazine* October 1878.

“Al descubrir que Dios en su providencia nos había guiado...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.237.

3. EL ARDIENTE RADICAL

George Scott Railton. La historia de la vida de George Scott Railton es relatada por Eileen Douglas y Mildred Duff en *Commissioner Railton* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1920) y por Bernard Watson en *Soldier Saint – George Scott Railton, William Booth's first Lieutenant* (Hodder and Stoughton, 1970). El libro de Bernard Watson fue reeditado en forma abreviada en 2000 por el Cuartel General Territorial del Reino Unido como *Trailblazers*, una trilogía de biografías.

“En 1872 leyó...” William Booth, *How to Reach the Masses with the Gospel*, (Morgan and Scott, 1872). Disponible para descargar en www.salvationfactory.org/william-booth-collection

“Esta ‘personalidad fascinante e inesperada’ ...” Bramwell Booth, *These Fifty Years* (Cassell & Company Ltd, 1929) p.96.

“¿Cristiano, levántate!...” Bernard Watson, *Soldier Saint* pp.26-27.

4. EL EVANGELISTA SENSACIONAL

Elijah Cadman. La historia de la vida de Elijah Cadman es relatada por Humphrey Wallis en *The Happy Warrior – The Life Story of Commissioner Elijah Cadman* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1928, re-publicado en 2000 por el Cuartel Territorial del Reino Unido como *Trailblazers*).

5. LAS CHICAS ALELUYA

Chicas Aleluya. La historia de las Chicas Aleluya es relatada por George Scott Railton en *Twenty-one Years Salvation Army* (The Salvation Army Publishing Offices, 1887; reimpresso por Isha Books, India, en 2013) pp.105-106, y por Robert Sandall en *The History of The Salvation Army* Volumen I pp.213-4, y Volumen II pp.6-11.

“¿La policía no pudo hacer nada conmigo! ...” Frederick Booth-Tucker, *The Life of Catherine Booth*, Volumen II p.166. Edición abreviada (1912) Volumen II p.119.

“En Newcastle, un vendedor de ginebra...” Richard Collier, *The General Next to God – The Story of William Booth and The Salvation Army* (Collins, 1965) p.104.

“Sería imposible decir por qué, en 1878...” George Scott Railton *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.104.

6. MILITARIZANDO LA MISIÓN

“Me gustaría usar un traje...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.43.

“El carmesí representa...” Ibid p.38.

“la estrella amarilla significaba el Espíritu Santo” Ibid p.39.

“El escudo heráldico del Ejército de Salvación (‘cresta’)...” Ibid p.40.

“el saludo actual del Ejército...” Ibid p.40.

“terminología militar...” *Órdenes y Reglamentos para el Ejército de Salvación* (October 1878).

“¿No se puede modificar esta forma...?” Harold Begbie, *William Booth*, Volumen I, imagen de un facsímil p.438. Abreviado, Volumen I, frente a la página 350.

“Artículos de Guerra” Robert Sandall *The History of The Salvation Army* Volumen II p.53.

“cartuchos” Ibid p.82.

“A mediados de 1970, la oficiala de un Cuerpo en Belfast...” recordado por el autor.

7. EL ÁNGEL DEL VALLE RHONDDA

“No les diga cuántos años tiene” Glenn K. Horridge, *The Salvation Army – Origins and Early Days*, 1865-1900 (Ammonite Books, 1993) p.212.

“el evento más importante...antes de 1880” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.13.

“Los edificios eran demasiado pequeños para contener...” Frederick Booth-Tucker, *The Life of Catherine Booth* Volumen II p.167. Edición abreviada (1912) Volumen II pp.121s.

“Dos mil personas hicieron profesión de fe... En una taberna, en toda una semana, sólo se sirvieron tres cervezas” Richard Collier, *The General Next to God* p.104.

“Los mineros convertidos... celebraban reuniones de oración...” Glenn K. Horridge, *The Salvation Army – Origins and Early Days* p.214.

“Incluso los caballos de las minas...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.15.

“Seis ofertas de matrimonio” Booth-Tucker, *The Life of Catherine Booth* Volumen II p.168.

“Dos ministros de una capilla estuvieron ocupados...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.14.

“filas de hombres que habían sido borrachos...” Ibid p.15.

“Todos con los que he hablado...” Ibid p.15.

8. VAYAMOS A ELLOS

La Alegre Eliza. Las fuentes para la historia de la Capitana Eliza Haynes incluyen: Robert Sandall *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.16 y 19-20; y Frederick Booth-Tucker, *Life of Catherine Booth* Volumen II pp.168s. Edición abreviada Volumen II pp.123ss.

“Vayan a ellos, atraiganlos, sálvenlos, utilicenlos”. George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.23.

“llamaba al aire libre su ‘catedral’...” Harold Begbie, *William Booth* Volumen I p.373. Edición abreviada, Volumen I p.313.

“acercamiento al evangelismo con guantes de seda...” Catherine Booth, *Aggressive Christianity* (The Salvation Army Publishing Offices, 1880) p.8.

“No vendrán a nosotros...” Ibid p.11.

“La primera necesidad es ATRAER LA ATENCIÓN...” William Booth, *All About The Salvation Army* (S.W. Partridge & Co, London, 1882) p.12.

“El Teniente Theodore Kitching cabalgó alegremente...” Richard Collier, *The General Next to God* p.77.

“Bramwell Booth atrajo multitudes...” Catherine Bramwell-Booth, *Bramwell Booth* (Rich & Cowan, 1933) p.382.

“En Newcastle, el Capitán Elijah Cadman...” *The War Cry* 10 April 1880. Citado por R. G. Moyles in *Come Join Our Army – Historic Reflections on Salvation Army Growth* (Crest Books, 2007) p.6.

“Golpeando sartenes” Richard Collier, *The General Next to God* p.78.

9. ATRÁIGANLOS

- “Tiendas, Almacenes o Fábricas de Salvación”** William Booth, *All About The Salvation Army* (S. W. Partridge & Co, para IHQ, 101 Queen Victoria Street, London, 1882) p.11.
- “abrió la Gran Fábrica de Salvación en Coventry...”** *The Christian Mission Magazine*, October 1878.
- “El término Barracas se usó por un tiempo...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.36-37.
- “reuniones de ‘Fuego y Azufre’...”** R. G. Moyles, *Come Join Our Army* p.5.
- “el ‘Pescador Aleluya’...”** Glenn K. Horridge, *The Salvation Army – Origins and Early Days* p.49.
- “sacar del pecado ardiente por la religión ardiente”** St John Ervine, *God’s Soldier – General William Booth* (William Heinemann Ltd, 1934) Volumen I p.265.
- “El testimonio personal de los convertidos...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.3.
- “nadie ocupaba mucho tiempo hablando”** George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.82.
- “Miren a ese hombre yendo río abajo...”** Richard Collier, *The General Next to God* pp.59-60.
- “alegría abundante y la audacia gozosa”** Harold Begbie, *William Booth*, Volumen I p.453. Abridged, Volumen I p.356.
- “nuevas palabras para ‘Champán Charlie’”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.109-110.
- “¿por qué va a tener el diablo las mejores melodías?”** Richard Collier, *The General Next to God* p.70. See Brindley Boon, *Sing the Happy Song* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1978) p.115, para una discusión sobre el uso de esta frase por William Booth.

10. SÁLVENLOS

- Jack Stoker.** La historia de Jack Stoker se cuenta en *Jack Stoker – Drunkard and Soul-Saver* en la serie *Salvation Army Miniature Biographies* No.7, autor desconocido (Salvationist Publishing and Supplies, 1930); y en *Two Men In The Snow: The Story of Jack Stoker* por Reginald Woods (Salvationist Publishing and Supplies, 1943).
- “Somos gente de salvación...”** Salvationist, January 1879.
- “conseguimos tener más predicadores que sacamos de las casas públicas...”** George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.55.

11. UTILÍCENLOS

- “Cada hombre, mujer o niño aceptado como recluta...”** Randall T. Davidson, ‘The Methods of The Salvation Army’ *Contemporary Review*, 42 (1882) p.191. Citado por R. G. Moyles in *Come Join Our Army* p.27.
- “Se quejan de la manera en que nuestros convertidos testifican...”** Citado por R. G. Moyles en *Come Join Our Army* p.16.
- “Somos carroñeros morales...”** George Scott Railton, *General Booth* (The Salvation Army Book Department y Hodder and Stoughton, 1912) p.77.
- “La genialidad del Ejército de Salvación...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.66.

- “En el Ejército hemos aprendido a dar gracias a Dios...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.203.
- “Haz tu testamento, empaca tus cosas en una caja...”** Citado por Richard Collier en *The General Next to God* p.56.

12. SUENAN LAS TROMPETAS

- “¡Sr. Booth! ¡Una banda de bronces!”** Brindley Boon, *Play the Music, Play!* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1966) p.5.
- “Charles Fry y sus tres hijos ...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.113-114.
- “comenzando con el Cuerpo de Consett...”** Ibid pp.114-115.
- “En South Shields, los músicos analfabetos...”** Richard Collier, *The General Next to God* p.68.
- “Su forma de tocar me puso los pelos de punta”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.116.
- “Suena como si la banda estuviera demente”** Richard Collier, *The General Next to God* p.69.
- “la creación de un departamento de música...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.122-124.
- “Richard Slater”** Ibid pp.122-123. La historia de Richard Slater es contada en su totalidad por Arch R. Wiggins en *The Father of Salvation Army Music* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1945)
- “Siempre he pensado que los coros están poseídos por tres demonios...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.209.
- “Herbert Booth dirigió una gigantesca banda...”** Ford C. Ottman, *Herbert Booth, Salvationist* (Jarrolds, 1928) pp.44-45.

13. VISTIENDO SALVACIÓN

- “Pronto será tan sorprendente...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.45, citando *The War Cry* 21 Abril 1881.
- “poner el toque final a las tácticas militares...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.43.
- “una separación entorpecedora...”** St John Ervine, *God’s Soldier – General William Booth*, Volumen I p.449; y Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.43.
- “El valor del uniforme...”** George Scott Railton, *Heathen England and What to Do for It* (S.W. Partridge and Co, 1877) p.33.
- “Algunos de los oficiales más emprendedores... comenzaron a usar cascos”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.43.
- “no fue hasta la primavera de 1880 que se regularizaron los uniformes...”** Ibid p.44.
- “barato, fuerte y lo suficientemente grande para proteger las cabezas...”** Ibid p.46.
- “Mamá, no puedo permitir que mis chicas parezcan presas de un asilo...”** Ibid p.46.
- “Encerrada en una habitación...”** Frederick Booth-Tucker, *Catherine Booth* Volumen II p.143. Abridged edition (1912) Volumen II p.92.
- “Las Cadetas se negaron a usar esos sombreros anticuados...”** Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.47.

“Cuando la imponente Capitana Marianne Faulconbridge... recibió su sombrero...” Richard Collier, *The General Next to God* p.75.

14. FORJANDO UNA FUERZA DE COMBATE

“Tuvimos que construir el barco mientras estábamos en el mar...” Bramwell Booth, *Echoes and Memories* (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1925) p.10.

“El Ejército sólo ha podido escapar de los viejos surcos...” George Scott Railton, *Twenty-one Years' Salvation Army* p.93.

“Orden General contra las Privaciones” *Christian Mission Magazine*, December 1878; and Harold Begbie, *William Booth*, Volumen I p.433. No encontrado por el editor en la versión abreviada

“Me gustaría, si pudiera, ...obtener un informe de cada hombre y mujer...” George Scott Railton, *General Booth* p.80.

“Los Oficiales de Cuerpo debían llenar un formulario todos los lunes...” J. R. R. Redstone, *An Ex-Captain's Experience of the Salvation Army* (1888) pp.20-21. Cited by R. G. Moyles in *Come Join Our Army* pp.82-83.

15. FORMANDO SANTOS

“Sus pensamientos se detenían en la cuestión de la vida santa...” Catherine Bramwell-Booth, *Bramwell Booth* p.142.

“con la ferviente oración... de que pudiera blandir la misma espada” Ibid p.7.

“Casi he llegado a la conclusión... me limitaré a predicar la santidad” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.167.

“no es en modo alguno una cuestión abierta o discutible...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen I p.209.

“Bramwell me escribió la semana pasada’, le dijo William Booth a un benefactor en 1876...” Catherine Bramwell-Booth, *Bramwell Booth* p.142.

“En cada espacio la multitud se sentaba o permanecía de pie extrañamente mezclada...” Ibid p.144.

“Ese hombre dirige las reuniones de santidad más poderosas de toda Inglaterra” Ibid.

“Luego seguir buscando ser salvados más y más...” *Salvationist*, January 1879.

“El énfasis del Ejército en la vida santa...” R. G. Moyles, *Come Join Our Army* p.38.

“Formar santos debe ser nuestra tarea... Queremos santos” Catherine Bramwell-Booth, *Bramwell Booth* p.143. Carta de William Booth a Bramwell Booth fechada el 9 de septiembre de 1876.

16. ¿DEBEMOS IR!

Eliza Shirley. La historia de Eliza Shirley, la reunión de despedida de Railton junto con los siete, el viaje por mar, la llegada a Nueva York y el ultimátum al alcalde, es contada por Robert Sandall en *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.229-235.

La historia completa de la vida de Eliza Shirley se cuenta en *The Girl Who Invaded America* by Ken Elliott (Crest Books, 2008).

‘Elijah Cadman ... ahógalas, Señor ...’ *The War Cry* 21 February 1880 p.4; y Flora Larsson, *My Best Men are Women* (Hodder and Stoughton, 1974) p.22.

“Jack Kemp...” La historia de Jack Kemp es contada por George Scott Railton en *Twenty-one Years' Salvation Army* pp.136-137, por Richard Collier en *The General Next to God* pp.82-83, y por Bernard Watson en *Soldier Saint* pp.55-56.

“sus fuerzas ya contaban...” Bernard Watson, *Soldier Saint* p.58; and Robert Sandall *The History of The Salvation Army* Volumen II p.235.

“el número total de convertidos había alcanzado los 1.500.” George Scott Railton, *Twenty-one Years' Salvation Army* p.138.

“William Booth lo llamó a Londres...” Bernard Watson, *Soldier Saint* pp.67-69.

17. “POR FAVOR, ¿PUEDO IR A LA REUNIÓN?”

John Roberts. Para la historia de John Roberts véase *John Roberts: Evangelist by Ethel B. Rohu* (Salvationist Publishing and Supplies, Ltd, 1953).

“Todavía no tenemos ningún plan real que proponer para tratar con los niños...” *The Christian Mission Magazine*, July 1877 p.179 – citado en *The Salvation Army – Origins and Early Days* by Glenn Horridge p.56.

“El objetivo de la obra entre los niños...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.92. Ver pp.91-94 para un recuento completo del desarrollo del trabajo infantil en el Ejército primitivo.

“El catecismo infantil que William Booth había preparado...” Harold Begbie, *William Booth* Volumen II pp.236-237. Versión abreviada, Volumen II p.144.

18 A PASOS AGIGANTADOS

“Hubo un cambio desde los pasos cortos y rápidos...” George Scott Railton, *Twenty-one Years' Salvation Army* p.74.

“el Ejército en Gran Bretaña cuadruplicó con creces...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.201.

“desde la taberna hasta la Cámara de los Lores” George Scott Railton, *Twenty-one Years' Salvation Army* p.76.

“Catherine Booth se convirtió en el tema de conversación de las clases acomodadas” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.29-30.

“Hasta entonces, el Ejército había rentado teatros...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.201.

“El Ejército estaba listo para ir por las propiedades más grandes...” George Scott Railton, *Twenty-one Years' Salvation Army* p.74.

“No cedas ni un centímetro...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.218.

“El jueves 21 de septiembre de 1882 a las seis de la mañana...” Roy Hattersley, Blood and Fire, *William and Catherine Booth and Their Salvation Army* (Little, Brown and Company, 1999) p.272.

“En un año, 7.000 personas...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.218.

“se construyeron o compraron grandes salones...” See Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.202-203 para detalles de los Cuerpos de Bristol, Regent Hall y Hull.

“produjo 300 oficiales en sus primeros seis años...” Norman H. Murdoch, *Origins of The Salvation Army* (The University of Tennessee Press – Knoxville, 1994) p.133.

“En Leeds los seis Cuerpos podían acomodar a 12,000 personas...” R. G. Moyles, *Exploring Salvation Army History* (AGM Publications, 2009) p.49.

“En Gravesend, marineros borrachos...” Richard Collier, *The General Next to God* p.105.

“hicieron que ganáramos una gran simpatía...” George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.75.

19. LA MARISCALA

La Mariscala. Existen varias biografías de La Maréchale, siendo la más notable *The Heavenly Witch, The Story of the Maréchale* por Carolyn Scott (Hamish Hamilton London, 1981). Para un relato de su vida de un capítulo de extensión, véase mi libro *Those Incredible Booths, William and Catherine Booth as parents and the life stories of their eight children* (Salvation Books, 2015) chapter 7.

20. EL PRIMER CABALLERO DE BOOTH

Frederick Tucker. Las numerosas fuentes para la historia de Frederick Tucker y la “invasión” de la India incluyen: Robert Sandall *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.272- 280; Harry Williams, *Booth-Tucker, William Booth’s First Gentleman* (Hodder & Stoughton, 1980) pp.41-43, 71-80; y Richard Collier, *The General Next to God* pp.91-94.

“Alabado sea el Señor por enviarnos tanto cerebros como corazones” Harry Williams, *Booth-Tucker, William Booth’s First Gentleman* p.14.

“Métete en su pellejo, Tucker” Richard Collier, *The General Next to God* p.92.

21. LOS ESQUELETOS ATACAN

Los disturbios de Worthing. El relato de los disturbios de Worthing se basa en las siguientes fuentes: Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.179-181; Nigel Bovey, *Blood on the Flag* (Shield Books, 2015) pp.261-288; y Richard Collier, *The General Next to God* pp.111-117.

“La gente que les acosa...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.171.

22. LA CALUMNIA SE SUMA A LOS DISTURBIOS

“El Ejército de Salvación: un negocio para hacer dinero” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.80; y George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.192.

“Elijah Cadman se enorgullecía de terminar las marchas habiendo recibido un montón de ratas y gatos muertos...” Richard Collier *The General Next to God* p.106.

“Un nuevo convertido ingenioso se metió bajo la espalda de la camisa...” Richard Collier, *The General Next to God* p.107.

“los que profesan la religión y los que la odian...” Escritos de Railton, citados por Roy Hattersley en *Blood and Fire* p.253.

“La oposición más persistente e implacable...” Bramwell Booth, *Echoes and Memories* pp.25 y 26.

“unir nuestra misión, como un pequeño barco” Carta al parlamentario Samuel Morley fechada en agosto de 1872, citada por St John Ervine in *God’s Soldier* Volumen I p.339.

“El gran Conde de Shaftesbury... declaró solemnemente...” Bramwell Booth, *Echoes and Memories* p.27.

“Un cuarto de millón de personas se arrodilló ante los bancos de penitentes del Ejército...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.183.

23. DEMASIADO INTELIGENTE PARA EL EJÉRCITO

“Los canadienses son demasiado inteligentes para el Ejército de Salvación” George Scott Railton, *Twenty-one Years Salvation Army* p.151.

“Tom Coombs había recorrido un largo camino desde que, cuando era un joven borracho...” Ibid p.47.

“mil soldados marcharon...” *The Salvation War*, 1884, Chapter 7, citado por R. G. Moyles en *The Blood and Fire in Canada* (Peter Martin Associates Ltd, 1977) p.10.

“El Ejército en Canadá había comenzado dos años antes...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.254-255.

“A finales de 1883, sólo 18 meses después de que el Ejército se había puesto en marcha...” Ibid p.260.

“Lo más emocionante... era la marcha del Aleluya fugitivo...” Arnold Brown, *What Hath God Wrought? The History of The Salvation Army in Canada* (The Salvation Army Printing and Publishing House, Toronto, 1952) p.39.

“El militar a cargo... corrió con la espada desenfundada...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.258)

“La sorprendentemente bella Capitana Abigail Thompson, de 20 años...” Su historia es contada por R.G. Moyles en *Come Join Our Army* pp.57-58.

24. EL MARISCAL DE AUSTRALASIA

Ballington Booth. No existe una biografía completa de Ballington Booth, pero para un relato de un capítulo de extensión, vea mi libro. *Those Incredible Booths*, capítulo 6.

“un anillo de compromiso... grabado con la palabra bíblica Mizpa” Susan F. Welty, *Look Up and Hope, The Life of Maud Ballington Booth* (Thomas Nelson and Sons, 1961) p.51.

“El Coronel Ballington ...había sido enviado... a inspeccionar las obras emergentes...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.252.

“Al casarte con Ballington Booth, te estarías casando con el Ejército...” Ibid p.48.

“La obra en Australia había comenzado cuatro años antes...” Ibid pp.243-245.

“que venga a casa conmigo...” Barbara Bolton, *Booth’s Drum, The Salvation Army in Australia 1880-1980* (Hodder and Stoughton, Australia, 1980) p.7.

“3.600 soldados se reunieron a principios de ese año...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.248.

“Un ejército de leones dirigidos por asnos” Barbara Bolton, *Booth’s Drum* p.33.

“se lo nombró a cargo del Ejército en Australasia, con el grado de Mariscal...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen II p.253.

“al Capitán George Pollard, de 19 años, y al Teniente Edward Wright, de 20...” Cyril R. Bradwell, *Fight the Good Fight, The Story of The Salvation Army in New Zealand, 1883-1983* (A. W. & A. H. Reed Ltd, Wellington, 1982) pp.5-8. Investigaciones recientes han establecido que era George Pollard, y no Edward Wright, quien tenía 19 años. Véase: Harold Hill, *Saved to Save and Saved to Serve* (Resource Publications – Eugene, Oregon, 2017) p.17.

“30 oficiales, 600 soldados uniformados...” John C. Waite, *Dear Mr Booth* (Territorial Headquarters, New Zealand, 1965) p.23.
 “después de que Maud cumpliera 21 años” Susan F Welty, *Look Up and Hope* p.57.
 “el Mariscal Ballington Booth y su esposa, llegaron a Nueva York” Ibid p.70.

25. “DIOS MÍO, ¿QUIÉN ME HA BESADO?”

Evangeline Booth. Las biografías de Evangeline Booth incluyen: *General Evangeline Booth* by P. W. Wilson (Charles Scribner’s Sons, 1948); y *The General was a Lady, The Story of Evangeline Booth* by Margaret Trouitt (A. J. Holman Co, 1980). Para el relato de un capítulo de extensión, vea mi libro *Those Incredible Booths*, chapter 11.
 “Dios mío, ¿quién me ha besado?” La historia la cuenta Margaret Trouitt en *The General was a Lady* p.180.
Cuerpo de Great Western. Ibid pp.41ss. Relato completo de la estancia de Eva Booth allí.
 “Tuvo que usar pelucas el resto de su vida” Ibid p.54.

26. LA CHICA ARMSTRONG

El caso Armstrong. La fuente más completa (y reciente) es: *The Armstrong Girl* by Cathy Le Feuvre (Lion Hudson, 2015). Todas las biografías de William Booth y las historias del Ejército de Salvación hacen referencia a este significativo acontecimiento y sus antecedentes. Un relato completo se incluye en el Volumen III of *The History of The Salvation Army* por Robert Sandall (Thomas Nelson and Sons Ltd, 1955) pp.25-47.

27. UN AÑO IMPORTANTE

El Congreso Internacional de 1886. El Congreso Internacional de 1886 es descrito por Robert Sandall en *The History of The Salvation Army* Volumen II pp.298-302; por R.G. Moyles en *Come Join Our Army* p.99; y es cubierto en detalle en las ediciones del 5 y 12 de junio de 1886 de *The War Cry*. Las imágenes son de la edición del 19 de junio.
 “El ejército permanente más grande del mundo” George Scott Railton, *Twenty-one Years’ Salvation Army* p.246.

28. VIVIENDO SIN POSTRE

El Esfuerzo de Abnegación. La historia del Esfuerzo de Abnegación se cuenta en *The History of The Salvation Army* Volumen 4, por Arch Wiggins (Thomas Nelson and Sons, Ltd, 1964) pp.214-220. La historia del postre (por *pudding* en inglés) se cuenta en un artículo del “Diario del Editor” en *All The World*, 1894, y en un artículo sin firma en el Anuario (*Year Book*) de 1926. En el Anuario de 1986 se incluye un amplio artículo escrito por el Comisionado Arthur Thompson con motivo del centenario del Esfuerzo.
 “Proponemos... que se establezca una semana...” *The War Cry* 14 August 1886.
 “un penique y medio penique” – Se necesitaban 960 peniques (farthings) o 480 medios peniques (halfpennies) para hacer una Libra (£1).
 “Cuando el ejército llegó a Colenso, Zululandia...” Richard Collier cuenta la historia de María en *The General Next to God* p.149.
Fondo Internacional de Abnegación: Los detalles financieros para 2017 están en el *Anuario del Ejército de Salvación* 2018.

29. UN CAMBIO DE MENTALIDAD

“William Booth había cruzado el Puente de Londres...” Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen III p.67.
 “Fui temprano a su casa en Clapton...” Bramwell Booth, *Echoes and Memories* pp.1-2
 “en 1875 abandonó las actividades de ayuda a los pobres de la Misión” Glenn Horridge, *The Salvation Army – Origins and Early Days* p.56.
 “El cambio de mentalidad del General – 1887-1890”. Ver el relato completo en Robert Sandall, *The History of The Salvation Army* Volumen III pp.63- 74.
 “Salvación para ambos mundos – Una retrospectiva” William Booth, *All the World*, Enero 1889.
 “Guerra en dos Frentes” Roger R. Green, *War on Two Fronts* (The Salvation Army Supplies, Atlanta, Georgia, 1989. Edición revisada publicada por Crest Books en 2017).

30. UNA VIDA MARCADA POR DOS ACONTECIMIENTOS

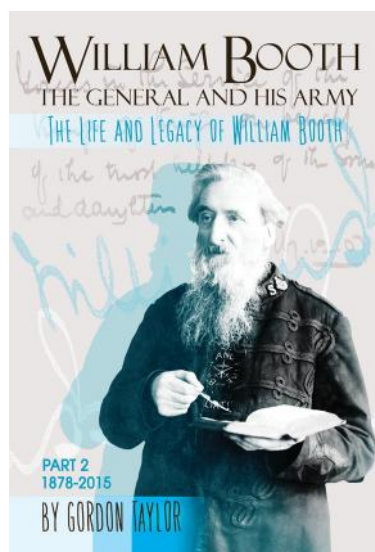
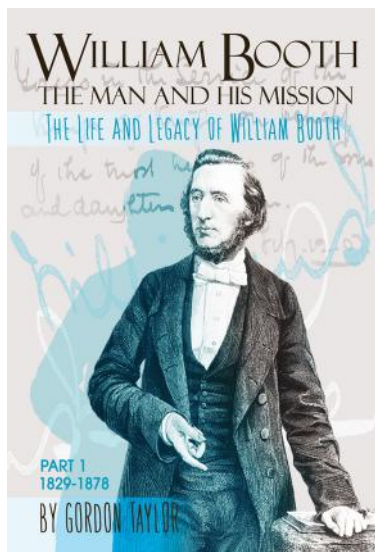
Samuel Brengle. La vida de Brengle es contada por Clarence Hall en *Portrait of a Prophet* (National Headquarters, New York, 1933) y por R. David Rightmire in *Sanctified Sanity – The Life and Teaching of Samuel Logan Brengle* (Crest Books, 2003).
 “El 9 de enero de 1885... Dios santificó mi alma.” Samuel Brengle, *Helps to Holiness* 1896 (Auxilios para la Santidad Ejército de Salvación 1961) Introducción.
 “Caminé por el parque Boston Common...” Clarence Hall, *Portrait of a Prophet* p.59
 “Brengle, usted pertenece a las clases peligrosas” Ibid p.87.
 “fue atacado por un matón” Ibid pp.107-108.
 “En 1936, las ventas ya habían superado el millón” David Rightmire, *Sanctified Sanity* p.63.
 “inscribió en él las palabras que José le dijo a sus hermanos...” Clarence Hall, *Portrait of a Prophet* p.108.

31. BUSCANDO AL MISMO SEÑOR

Mary Murray. La vida de Mary Murray se cuenta en *General’s Daughter – Soldiers’ Friend* por Dora V. Gilliard (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1943). Mary compartió su testimonio espiritual en un folleto de publicación privada titulado *Facts* (Hechos), una copia del cual se encuentra en el Centro del Patrimonio Internacional.
Lady Beatrice y Jimmy el Sucio. Esta historia está relatada en *The Old Corps* por Edward Joy (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1944 y 1975) pp.26-29.

32. DRAMA EN ZULULANDIA

Pioneros del trabajo del Ejército en Sudáfrica y Zululandia. Esto se describe en *The History of The Salvation Army* Volumen II pp. 287-292; y *The History of The Salvation Army* Volumen IV por Arch R. Wiggins (Thomas Nelson and Sons Ltd, 1964) pp. 129-134. El relato de orar por lluvia está tomado de *Zulu Crusade* por Allister Smith (Salvationist Publishing and Supplies Ltd, 1945) pp. 41-49.
El trabajo del Ejército en Zululandia no se inició oficialmente hasta 1891, pero, aunque el drama de la sequía relatado en este libro tuvo lugar antes de esta fecha, se consideró



A través de una meticulosa investigación, los dos volúmenes de Gordon Taylor pintan un cuadro preciso de la vida, obra y legado de William Booth. El autor trata de imaginar cómo era ser William Booth y, siempre que es posible, deja que Booth hable por sí mismo, a través de sus discursos públicos y sus escritos personales, además de reflejar lo que decían algunos de sus críticos y cómo respondía él a esas críticas. Basándose en los registros parroquiales y eclesiásticos para investigar los primeros años de Booth, el autor presenta una narración fascinante construida también en torno a cartas, diarios e informes periodísticos, para dar una sensación de inmediatez y vitalidad.

Los últimos capítulos del segundo Volumen, junto con un breve epílogo, tratan del legado de William Booth. Llevan la historia hasta la celebración de los 150 años desde que la Misión Cristiana (que se convertiría en el Ejército de Salvación), cobró vida a través de la predicación de Booth en la tienda de campaña en un cementerio cuáquero en Whitechapel, al este de Londres.

Los detalles de cada Volumen son los siguientes:

Parte 1: Trata de los años anteriores a 1878

ISBN 978-1-911149-97-2

Precio £15

e-book ISBN 978-1-911149-98-9

Parte 2: Trata de los años 1878-2015

ISBN 978-1-911149-99-6

Precio £16

e-book ISBN 978-1-912981-00-7